

TITIVS
FLAMINIUS
JEAN-FRANÇOIS NAHMIA
EL MISTERIO
DE ELEUSIS

EDELVIVES

TITVS FLAMINIVS

JEAN-FRANÇOIS NAHMIAS

EL MISTERIO DE ELEUSIS

Traducido por:
HERMINIA BEVIA

EDELVIVES

Directora de la colección:
M^a JOSÉ GÓMEZ-NAVARRO

Coordinación editorial:
PILAR CAREAGA

Equipo editorial:
VIOLANTE KRAHE
JUAN NIETO
LUPE RODRÍGUEZ

Dirección de arte:
DPTO. DE IMAGEN Y DISEÑO GELV

Diseño de la colección:
SPR-MSH.COM

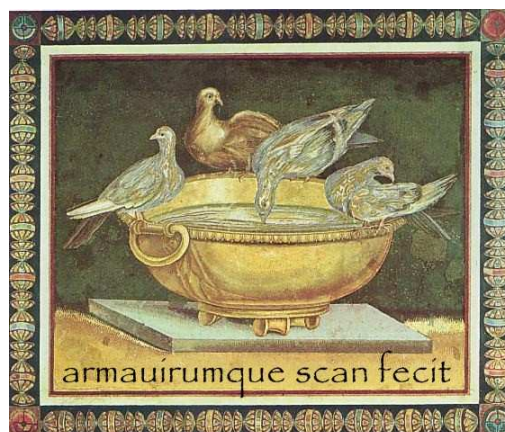
Título original:
TITUS FLAMINIUS. LE MYSTÈRE D'ELEUSIS

© Éditions Albin Michel, 2005

© De esta edición: Editorial Luis Vives, 2007
Carretera de Madrid, km. 315, 700
50012 Zaragoza
Teléfono: 913 344 883
www.edelvives.es

ISBN: 978-84-263-6213-1
Depósito legal: Z. 1053-07
Talleres Gráficos Edelvives (50012 Zaragoza) Certificados ISO 9001
Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial, o distribución de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos el tratamiento informático y la reprografía.



Título: **Los Misterios de Eleusis**

Autor: NAHMIAS, Jean-François

Colección: **TITVS FLAMINIUS**

Serie: N° Colección: 3

ISBN: 978-84-263-6213-1

Formato: 155 x 220

n° de Pág.: 288

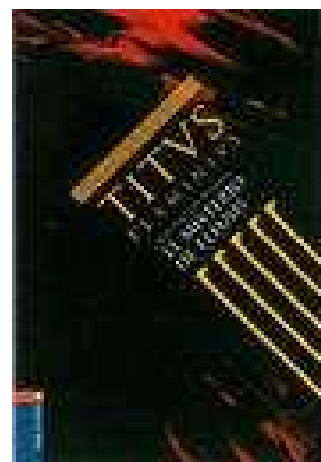
Encuadernación: Rústica plastificada

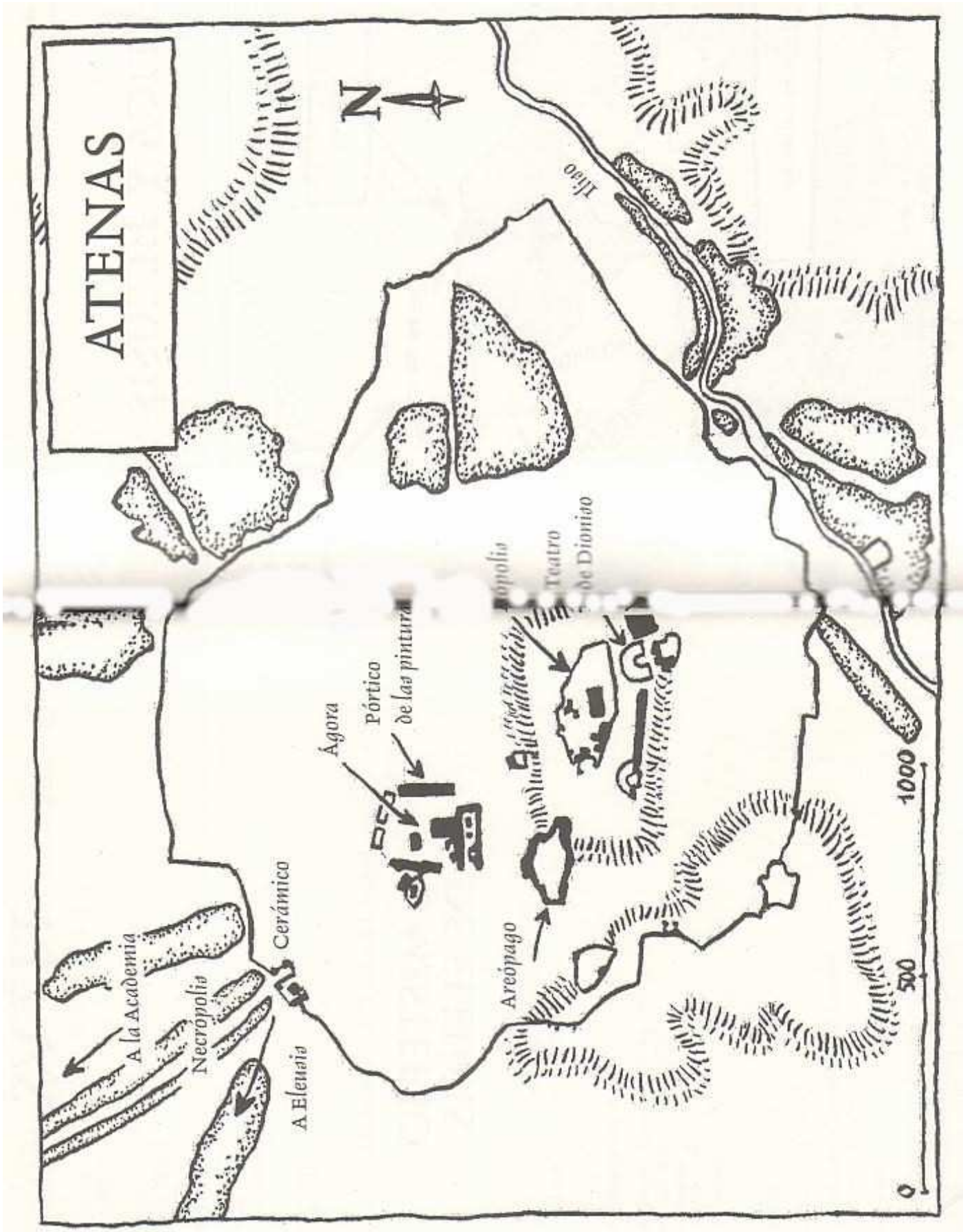
Titus Flaminus, un joven patricio abogado, ve como su mundo se derrumba tras el asesinato de su madre. Como la justicia romana no está obligada a investigar los delitos, decide buscar al culpable por su cuenta. A partir de entonces, se convertirá en investigador al servicio de los más desfavorecidos.

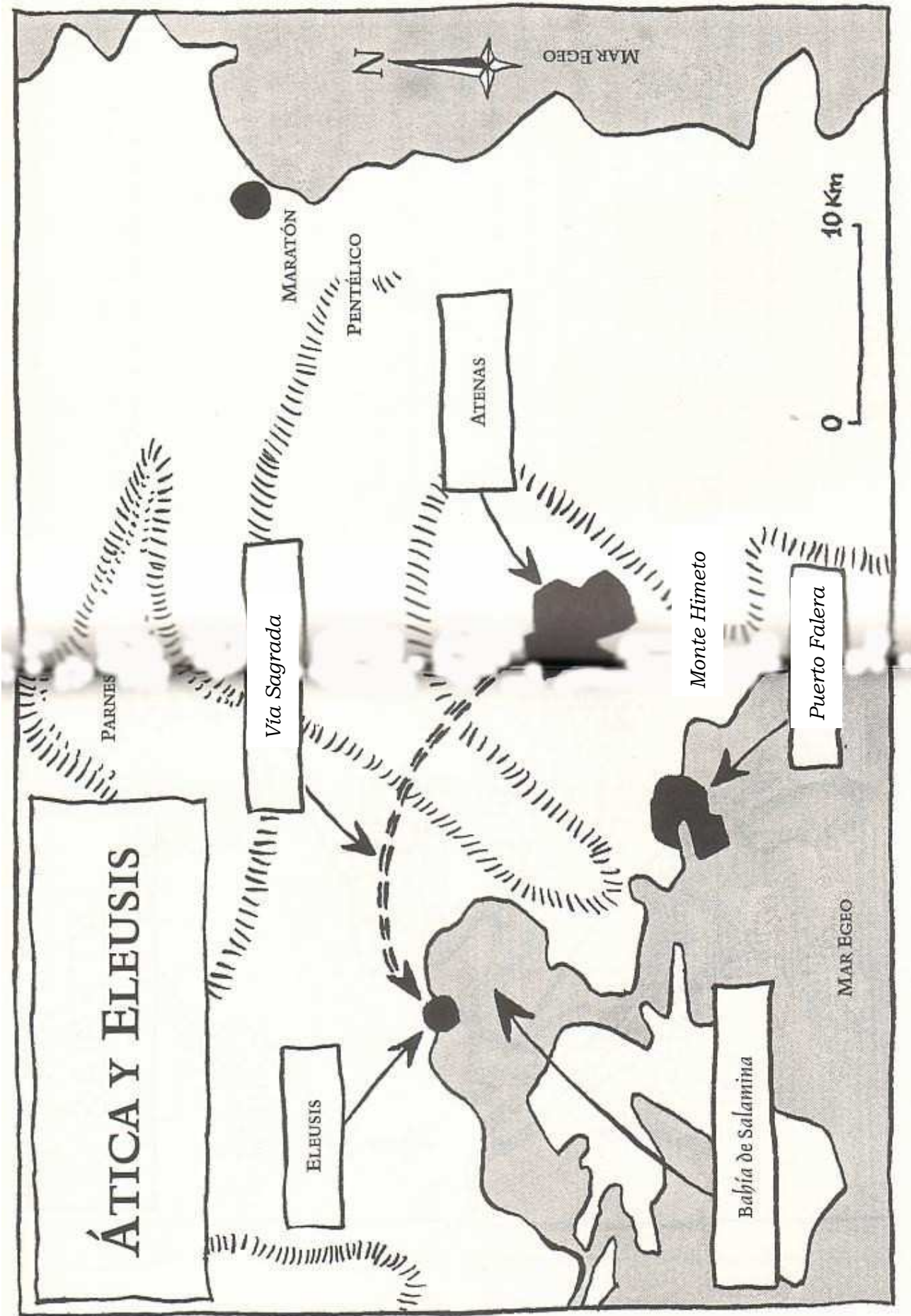
El misterio de Eleusis

Jean François Nahmias

En **El misterio de Eleusis**, Titus Flaminus se encuentra en Atenas estudiando en la famosa Academia que fundó Platón. A raíz del asesinato de una joven, vivirá una inquietante aventura que girará en torno a las secretas ceremonias de los Misterios de Eleusis.







Prólogo

GRECIA CONQUISTA ROMA

Grecia siempre ocupó un lugar aparte en el mundo antiguo. Fue allí, más concretamente en la región de Ática, donde nació, diez siglos antes de nuestra era, la civilización occidental. ¿Por qué en ese lugar y no en otro? Entre las hipótesis figuran el clima y la luz, pero no hay una verdadera respuesta a la pregunta. Simplemente, fue así.

Y los romanos eran muy conscientes de ello. Aquellos invencibles conquistadores, que sometieron a la práctica totalidad del mundo conocido bajo su poder, fueron conquistados a su vez por Grecia. Ellos llevaron la civilización recibida de los griegos a todas partes. Todo lo que tiene que ver con el arte y el pensamiento romano procede de Grecia, empezando por la religión. Los romanos adoptaron los dioses helénicos cambiándoles el nombre, y ni siquiera siempre, como testimonian los casos de Apolo y Plutón.

Curiosamente, corresponde a un auténtico antecesor de nuestro héroe de ficción y que respondía al mismo nombre, Titus Quintus Flaminius, el honor de haber liberado Grecia mientras ésta se encontraba bajo dominio macedonio. En una brillante campaña, Flaminius aplastó al rey de Macedonia, Filipo V, en 197 a. C., en la batalla de Cinocéfalo.

Además, este Titus Flaminius histórico era un personaje sorprendente. Aunque poseía los títulos de general y cónsul, antes que militar o político, era, sobre todo, un espíritu lúcido, decididamente filoheleno. Después de su victoria, proclamó solemnemente la libertad de las ciudades griegas durante los Juegos Ístmicos que se celebraron en Corinto en 196 a. C. Por supuesto, se trataba de una libertad simbólica, pero el símbolo permaneció vivo mientras existió el Estado romano.

La conquista de Grecia por Roma no hizo sino acrecentar la dominación artística e intelectual de la primera sobre la segunda. Con la mejora de las comunicaciones, se liberalizó el comercio y, a partir de ese momento, las obras artísticas de los talleres atenienses (ánforas, bronce, estatuas) inundaron literalmente el mercado romano. También a partir de esa época, Atenas se convirtió en la universidad del mundo antiguo en la que todo joven cultivado debía concluir sus estudios. Sus prestigiosas escuelas gozaban de un renombre sin par: la Academia, fundada por Platón, y el Liceo, fundado por Aristóteles. Los romanos más ilustres se formaron en ella, como Cicerón, que asistió a las lecciones de Antíoco de Ascalón, escolarca de la Academia, o como el mismo Bruto, Virgilio, Horacio y tantos otros.

Durante su estancia, los estudiantes romanos no perdían la oportunidad de iniciarse en los Misterios de Eleusis, que se celebraban todos los años en dos periodos: los Pequeños Misterios, en febrero y en Atenas, y los Grandes Misterios, seis meses más tarde en Eleusis, a unos veinte kilómetros al oeste de la ciudad.

Los Misterios de Eleusis constituyen un fenómeno único en la antigüedad, sobre todo, por su temática. Tenían como argumento el mito de Deméter y su hija Core. Un día que ésta recogía flores, Hades, dios de los infiernos, hizo que se abriese la tierra y la raptó para convertirla en su esposa bajo el nombre de Perséfone. Conviene señalar que los infiernos a los que nos referimos no tienen nada que ver con los de la religión cristiana. No se trata de un lugar de castigo, de lo opuesto al paraíso, sino del más allá subterráneo que acoge indistintamente a todos los muertos.

Deméter intenta en vano encontrar a su hija desaparecida y en su desesperación decide que, como dueña y señora que es de la vegetación, no permitirá que crezca nada. La tierra se vuelve estéril, la especie humana está a punto de desaparecer y Zeus llega a un acuerdo con Deméter y Hades: Core permanecerá con éste en los infiernos durante cuatro meses al año y pasará con su madre los ocho restantes. Ese tiempo en que la tierra no produce por la ausencia de Deméter es el invierno, y así se explica el origen de las estaciones.

Como podemos ver por este relato del descenso a los infiernos, seguido de una vuelta a la vida, los Misterios de Eleusis representaban una reflexión sobre la muerte. ¿Es el alma inmortal? ¿Hay vida en el más allá? Éstas eran las profundas cuestiones que se planteaban en Eleusis. No hay ejemplos similares de tal espiritualidad en la época, lo que ha suscitado la admiración general. el dramaturgo Esquilo, que al igual que Aristófanes, Sófocles, Eurípides, Esopo, Herodoto, Euclides, Pitágoras, Tales, Sócrates, Platón, Aristóteles y muchos otros, fue uno de los iniciados, exclamaba: « ¡Deméter, tú que has alimentado mi espíritu, haz que sea digno de tus Misterios! ». Y Cicerón se hacía eco varios siglos más tarde: « Aunque Atenas ha engendrado tantas y tan admirables cosas, no ha creado nada mejor que estos ilustres Misterios, gracias a los cuales hemos sido apaciguados y conducidos de una vida salvaje y agreste a una vida civilizada, de modo que no solamente vivimos con mayor gozo, sino que morimos con mejor disposición ».

Los Misterios de Eleusis son, sin duda, la más extraordinaria manifestación religiosa de la antigüedad. Ni siquiera el triunfo de la cristiandad se atreverá a abolirlos. Habrá que esperar hasta el ataque de los godos de Alarico, en 395, para asistir a su desaparición. ¡Sobrevivieron veinte siglos desde la época micénica!

Pero, aunque eran excepcionales por su alto valor moral, los Misterios destacaban también por su cariz democrático. Estaban abiertos a todos, hombres y mujeres, adultos y niños, atenienses y extranjeros, ciudadanos libres y esclavos. Las únicas limitaciones eran no ser un asesino y entender el griego, lo que, estaremos de acuerdo, era muy poco. Además, fenómeno probablemente sin parangón para este tipo de ceremonias, los Misterios de Eleusis tenían otra singularidad: no eran obligatorios ni incompatibles con ninguna otra cosa, no conferían ningún privilegio y no integraban a ninguna comunidad. Uno se iniciaba en ellos si quería y cuando quería, en un acto de pura libertad.

Por último, y sobre todo, los Misterios de Eleusis (de donde procede el término *misterio*) se caracterizaban por el secreto del que estaban rodeados. Éste era absoluto. Se prohibía al iniciado, bajo pena de muerte, divulgar el contenido de la ceremonia y al profano entrar al santuario de Eleusis, rodeado de altos muros y vigilado por hombres armados. El respeto que suscitaba esta institución era tal que, durante siglos, nadie habló de ella. No fue hasta el periodo cristiano cuando los iniciados conversos cometieron algunas indiscreciones. Nuestro conocimiento de los Misterios viene de sus declaraciones y de inscripciones enterradas en ataúdes (y que, por consiguiente, nadie podía ver), y en esas fuentes se basa el relato de este libro. Ha sido necesario imaginar con la mayor verosimilitud posible las partes que nos siguen siendo desconocidas.

Partamos, pues, tras la pista de nuestro héroe, en ese país bendecido por los dioses en el que se hallan muchas de nuestras raíces intelectuales y culturales. Ya que fue allí donde surgió lo importante en el terreno de las artes y del pensamiento. La música, la poesía, el teatro (lo mismo la comedia que la tragedia), la filosofía, las matemáticas, la geometría, la historia, la política, la democracia: otro montón de palabras griegas que designan realidades que los griegos inventaron o llevaron a la perfección, hace dos mil quinientos años. Y aunque la palabra *deporte* no es griega, el deporte fue una de sus más originales creaciones, como nos recuerdan los Juegos Olímpicos cada cuatro años.

Grecia, como el resto del mundo, se rindió a las legiones romanas, pero supo imponerse de forma sorprendente a sus conquistadores, prueba manifiesta de la superioridad del espíritu sobre la fuerza. Y esa superioridad se ha transmitido a lo largo de los siglos. Aún hoy, el vocabulario científico y médico, el de la filosofía, el de la psicología, así como la mayor parte de las unidades de medida, se expresan con términos griegos en todos los idiomas. En ese sentido, Grecia conquistó el mundo.

LA VIDA DE HARINA

Los olivos de la Academia aún conservaban sus frutos a finales de aquel posideon de la magistratura del arconte Quinto de Ramnonte*. Eran doce y se decía que habían sido plantados por Atenea en persona. Muy pronto se recogerían las aceitunas para hacer el aceite sagrado destinado al culto de la diosa.

La Academia, un lugar situado en las afueras de Atenas, era conocida en el mundo entero. Fundada por Platón tres siglos antes, ofrecía una enseñanza sin parangón. Los edificios no se parecían a lo que se podría esperar de una universidad. Para los griegos, el cultivo del cuerpo era tan importante como el del espíritu, y en esa sublime sede de la filosofía, las instalaciones deportivas ocupaban la mayor parte del espacio. Había un estadio para las carreras a pie y un gimnasio para el resto de los ejercicios físicos; se daban las clases en una sala contigua o, más a menudo, al aire libre, ya que en Grecia el tiempo es suave casi todo el año.

Hay que añadir que los alrededores de la Academia tampoco carecían de atractivo. Además de los olivos de Atenea, grandes plátanos ofrecían su sombra, había grupos de adelfas y laureles y el resto estaba ocupado por un bosque de acacias y encinas. A lo lejos, un seto de álamos delimitaba ese recinto consagrado al saber. Los dioses también tenían allí su espacio. el mármol de cuatro pequeños templos se mezclaba con la vegetación: un santuario dedicado a Eros en la entrada del estadio; el templo de Hermes, dios de los gimnastas, a la entrada del gimnasio; un altar consagrado a Atenea bajo los olivos; y, cerca de donde se desarrollaban las clases, un templo a las Musas creado por el mismo Platón.

Hacía varios meses que Titus Flaminius frecuentaba aquellos lugares. Había decidido terminar su formación mediante el estudio de la filosofía. Y aquello únicamente era posible en Atenas: allí era donde residían los maestros más prestigiosos.

Titus Flaminius no había hecho solo el viaje de Roma a Grecia: le acompañaba su inseparable compañero Bruto. Bruto era más que un amigo, era el hermano que la naturaleza no le había dado. Además, habían nacido con unos días de diferencia y eran hermanos de leche.

En esa hermosa jornada del mes romano de diciembre, ambos disfrutaban bajo los olivos de Atenea de las enseñanzas que les dispensaba Apolodoro, el escolarca de la Academia. Éste se había propuesto pasar revista a los distintos sistemas de pensamiento. A Bruto, este procedimiento sólo le convenía a medias. Queriendo hablar de todo, decía, uno se queda en la superficie de las cosas. Hubiera sido mejor atenerse al pensamiento de un único filósofo, Platón, por ejemplo. Titus Flaminius observaba cómo se animaba su rostro delgado, con sotabarba, y cómo se encendía su semblante, como siempre que emprendía una discusión intelectual.

Él no compartía su opinión. A diferencia de Bruto, no conocía prácticamente nada de filosofía y ese resumen le ofrecía una excelente visión de conjunto. Además, nada era menos doctrinario que las enseñanzas de Apolodoro, y él lo agradecía. Aquel espíritu superior, que se confesaba abiertamente escéptico, no se decantaba por ninguno de los sistemas y animaba a sus alumnos a pensar. No sólo les ofrecía conocimiento, sino sabiduría. Titus Flaminius estaba defendiendo ese punto de vista cuando dos de sus condiscípulos se les unieron.

Publio Volumnio y Estratón los habían acompañado en el viaje desde Roma. Eran amigos de Bruto desde hacía mucho tiempo, pero Titus los había conocido en esta ocasión. Publio Volumnio era muy corpulento y algo mayor que el resto del grupo: entre treinta y cinco y cuarenta años. Era, ante todo, un esteta. De Grecia solamente le interesaba una cosa, el arte, y no le importaba repetir

* Posideon de la magistratura del arconte Quinto de Ramnonte: mes del calendario griego, equivalente a finales de diciembre de 57 a. C. en el calendario romano.

que estaba allí no tanto para instruirse en la Academia como para adquirir vasijas y estatuas. No era un simple aficionado, sino un especialista, y Titus Flaminius había podido constatar que poseía, a este respecto, una excepcional erudición.

Estratón era lo opuesto a Publio Volumnio, tanto física como moralmente. Aquel hombre delgado y de apariencia sombría, hablaba poco y se confiaba menos aún. Titus sólo sabía de él que era geómetra, y la geometría le era totalmente desconocida. En ocasiones, se le veía ensimismado en la contemplación de una columna o de algún otro detalle arquitectónico, de los que sin duda extraía información pero que no compartía con nadie.

Publio Volumnio se había enterado de algo y los cuatro se pusieron a comentarlo: a partir de ese día, Apolodoro iba a impartir una nueva materia. ¿De qué podía tratarse? Mientras hablaban, podían ver algo más lejos a sus condiscípulos griegos entregados a todo tipo de actividades físicas. Algunos practicaban la lucha, otros lanzaban el disco, saltaban con una pesa en cada mano o corrían por el estadio. Ellos, romanos y menos acostumbrados al ejercicio, se limitaban a practicarlo de forma ocasional.

Las clases no tardaron en reanudarse. Los cuatro se instalaron en uno de los bancos de la gran sala que había junto al gimnasio. Titus Flaminius siempre experimentaba un intenso placer cuando se encontraba con Apolodoro. el jefe de la Academia tenía unos sesenta años y un rostro delgado enmarcado por cabellos grises. Mostraba siempre una ligera sonrisa, como si invitase a su interlocutor a distanciarse de sus proposiciones. Titus no había conocido nunca a nadie con tanta superioridad intelectual. Apolodoro no sólo era inteligente, era la inteligencia misma, ésta impregnaba toda su persona. Tenía la habilidad de volver claras las cosas más oscuras.

La noticia de que el profesor iba a cambiar el tema de su curso había circulado entre los alumnos y la excitación se manifestaba en las conversaciones que se desarrollaban en todas partes en voz baja. Lejos de pensar en hacerles callar, Apolodoro parecía divertido mientras se paseaba entre los bancos. Se negaba a enseñar desde un púlpito y nunca tenía un texto en las manos. Sacaba sus citas, a veces largas, de su prodigiosa memoria. Al cabo de un rato, tomó la palabra:

—A partir de hoy, he decidido que nuestras clases estén bajo el auspicio de Deméter. Esta diosa, la más noble de todas, nos servirá de guía a partir de ahora.

Los asistentes escuchaban con toda atención. Algunos intercambian miradas sorprendidas: Apolodoro estaba allí para hablarles de filosofía, no de religión. De repente, Titus se dio cuenta de que le tenía justo delante, con una sonrisa en los labios.

—Por ejemplo, ¿qué sabe de Deméter el ilustre Titus Flaminius?

Titus sólo fue capaz de responder:

—Lo que sabe todo el mundo.

Esa réplica banal era la simple verdad. Titus nunca se había interesado especialmente por la Ceres de los romanos. Aquella diosa rubia de la vegetación y en particular del trigo, que había enseñado la agricultura a los hombres, seguía representando para él una figura borrosa. Sus preferencias, plegarias y sacrificios se dirigían a otras divinidades.

Apolodoro se alejó de Titus sin hacer comentarios y dio una palmada. Entonces se produjo un espectáculo asombroso: uno de los alumnos más jóvenes hizo su entrada con un curioso disfraz. Iba coronado con hierbas silvestres y bayas, y circuló entre los presentes con un cesto de panes diciendo:

—Escapé del mal. Encontré lo mejor.

Apolodoro les animó a que cogiesen cada uno un pan del cesto y explicó:

—He pedido a Lycos que evoque para vosotros el primer rostro de la diosa. La corona que lleva recuerda el alimento de los hombres primitivos: el pan es el regalo de Deméter. La diosa es la mayor bienhechora de la humanidad, porque hizo que ésta pasase de la vida salvaje a la «vida de harina».

Lycos estaba delante de Titus y le tendía el cesto sonriendo. Era todavía un adolescente: tendría quince años como mucho. Titus ya le había visto entre los alumnos, pero no se había fijado demasiado en él. Simplemente, había pensado que era muy joven para asistir a aquellas clases. Pero,

ahora que le veía de cerca, no dejaba de llamarle la atención su físico. Lycos parecía una estatua, en especial por aquel perfil griego tan fascinante, aquella nariz que compartía con tantos compatriotas, como si los dioses hubiesen querido distinguir con un signo a ese pueblo privilegiado. Tenía el pelo rizado, negro como ala de cuervo, los ojos, también negros y realzados por largas pestañas. Su cuerpo esbelto y delicado hacía pensar en algún animal veloz. Y Titus, que le había visto correr en el estadio, pudo constatar que lo hacía más rápido que nadie.

Titus cogió un trozo de pan del cesto y volvió a fijar su atención en Apolodoro, que proseguía su discurso. Explicaba que Deméter tenía dos rostros. Al enseñar la agricultura a los hombres, al ofrecerles la «vida de harina», había hecho que se volvieran sedentarios y se agrupasen en sociedades. Por eso se la consideraba la madre de las leyes y su primer apelativo era el de «legisladora». Pero la diosa no era sólo eso: estaba el terrible episodio de su hija Core.

Como todo el mundo, Titus sabía que ésta había sido raptada por Hades. El dios de los infiernos no había encontrado otro medio para obligarla a compartir su terrible morada. El dolor de Deméter por la desaparición de su hija fue tan grande que había impedido que creciesen las plantas y la humanidad había estado a punto de morir de hambre. Ante esta situación, Zeus intervino. No fue fácil alcanzar un compromiso, ya que Core, que había ingerido por imprudencia una pepita de granada, la flor de Hades, estaba ligada por un hechizo a las regiones infernales. Al final, Zeus consiguió que aceptaran un acuerdo. Core pasaría en la tierra ocho meses al año, y reinaría en los infiernos con el nombre de Perséfone los otros cuatro. En ese pacto está el origen de las estaciones.

Debido a las ausencias y a los retornos de su hija, prosiguió Apolodoro, Deméter estaba vinculada con la vida y con la muerte. Y por eso tenía acceso a los secretos del más allá. Era esta reflexión sobre las dos caras de la diosa la que intentaba plantear a sus alumnos. Primero les hablaría de la vida de harina, del hombre como ser social, luego de la desaparición y el regreso de Core, del hombre como ser inmortal. Concluyó:

—Sé que algunos de vosotros tenéis la intención de iniciaron en los Misterios de Eleusis. Ésta será la mejor preparación.

Los Misterios de Eleusis... Para Titus y sus compañeros romanos eran tan importantes como las enseñanzas de la Academia o, más bien, constituían un complemento indispensable. No podían concebir una cosa sin la otra.

Aunque protegidos por el más absoluto secreto, los Misterios de Eleusis estaban, como todos sabían, consagrados a Deméter. Fue en Eleusis donde la diosa, disfrazada de mortal, se detuvo mientras buscaba a su hija para reponer fuerzas. Fue recogida por sus habitantes, que la trataron bien y la distrajeron un momento de su dolor. Así que, tras encontrar a Core, Deméter ordenó que se construyese un santuario en Eleusis y que todos los años se celebrase allí una ceremonia en su honor. Ése era el origen de los Misterios, que desde hacía siglos atraían a peregrinos llegados no sólo de toda Grecia, sino del mundo entero.

Apolodoro se disponía a proseguir la clase, cuando no muy lejos de Titus Flaminius se escuchó una voz:

—¡Ya sabemos qué son los Misterios! ¡Un plan para embrutecer a la gente, eso es lo que son!

El que acababa de hablar, llamado Eufión, era alumno ocasional de la Academia. Lo menos que se podía decir era que resultaba poco atractivo. Era delgado, barbudo, iba vestido con harapos y sucio hasta decir basta. Titus había descubierto que, a pesar de su apariencia, era el representante más destacado en Atenas de la escuela cínica. Como su maestro Diógenes, fundador del movimiento, vivía en un tonel que desplazaba de un lado a otro. Su principal actividad consistía en insultar a los que pasaban, sobre todo a los ricos y poderosos. A pesar de eso, Apolodoro, que consideraba que todo el mundo debía expresar su opinión, le permitía asistir a sus cursos siempre que le apetecía.

Se produjo un revuelo. Uno de los alumnos agarró a Eufión por su túnica desgarrada e intentó echarle de la sala, pero un vigoroso brazo se lo impidió. Titus Flaminius le había cogido a él a su vez, al tiempo que exclamaba secamente:

—¡Déjalo tranquilo!

El hombre miró a Titus con expresión sorprendida y furiosa. Tenía unos treinta años y cierta prestancia, aunque su aspecto, demasiado cuidado, tenía algo de desagradable. Titus le conocía bien: era un personaje que intervenía con cualquier excusa durante las clases, para hacer observaciones normalmente sin interés. Se llamaba Agatón, afirmaba que era autor de tragedias y maestro de oratoria, y parecía estar dotado de una fatuidad inconmensurable.

—¿Vas a impedir tú que eche a este piojoso a la calle?

—Sí, o yo mismo te echaré a ti, si insistes.

Agatón le dirigió una mirada furiosa y fue a sentarse al otro extremo de la sala. Apolodoro, que había interrumpido un instante su discurso durante el altercado, hizo un leve gesto con la cabeza, que parecía mostrar su asentimiento, y siguió con su disertación.

Poco después, Titus Flaminius abandonó la Academia tras despedirse de sus amigos romanos, que se alojaban en ella. El lugar contaba con algunos dormitorios para los alumnos llegados de lejos. Lo normal habría sido que Titus se instalase allí, pero un ateniense había insistido en ofrecerle su hospitalidad. Y no se trataba de uno cualquiera, sino del primero entre ellos: Quinto de Ramnonte, el arconte epónimo.

El arconte era elegido por un año, que recibía el nombre de éste, como sucedía con los cónsules en Roma. Obedecía a una circunstancia extraordinaria que este ilustre personaje hubiese insistido en tener a Titus en su casa. Uno de sus antecesores directos, otro Titus Flaminius, o más concretamente Titus Quintus Flaminius, había conquistado Grecia en nombre de Roma, hacía más de un siglo, cuando el país estaba bajo dominio macedonio. Había derrotado a los macedonios y proclamado solemnemente la libertad de las ciudades griegas durante los juegos de Corinto al año siguiente.

Titus estaba al corriente del hecho, pero no le concedía particular importancia. No obstante, desde su llegada a Grecia, había descubierto que el recuerdo de Titus Quintus Flaminius no se había desvanecido con el tiempo y le habían recibido como a un héroe. Incluso Apolodoro, bromeando, hacía alusión a sus orígenes de vez en cuando.

Aparte de ser un raro privilegio, alojarse en casa del arconte epónimo tenía para Titus otros encantos. Quinto de Ramnonte era de ascendencia romana. Su padre se había exiliado en Atenas y había llegado a ser uno de los personajes más destacados de la ciudad. Quinto era viudo: su mujer había muerto al dar a luz a su última hija, Iris, que ahora tenía once años. Tenía otra hija de veinte años, Ariadna, que vivía con él en la hermosa casa que habitaban en la colina del Areópago, frente a la Acrópolis.

Titus disfrutó desde el primer momento de la compañía de Ariadna, como no podía ser de otra manera. Era tan bella como inteligente y dulce. Poseía un perfil griego, sus cabellos negros estaban peinados en bandas y sus ojos marrones eran profundos y serenos. Siempre vestía túnicas amplias, que ocultaban su cuerpo a las miradas, pero Titus lo imaginaba perfecto. Su inteligencia aumentaba su atractivo. Detrás de su pudor se adivinaba un tesoro de sensualidad.

Ariadna era una ergastina. Se llamaba así a las jóvenes de familia noble que tejían y bordaban el manto de Atenea con el que, cada cuatro años, con motivo de la fiesta de las Grandes Panateneas, se cubría la estatua de la diosa. La ceremonia debía celebrarse el verano siguiente y las ergastinas se ocupaban ya de la decoración. Junto a sus compañeras, Ariadna bordaba con hilo de oro sobre el tejido de lino blanco dibujos que representaban los combates entre dioses y gigantes.

Titus contemplaba fascinado a las jóvenes, cada una afanándose en una esquina del peplo sagrado. Al principio, todas se ruborizaban por encontrarse en presencia de un extranjero tan guapo, que además descendía del liberador de Grecia. Permanecían calladas, con los ojos clavados en su trabajo. Pero, poco a poco, se acostumbraron a él. Le hacían mil preguntas sobre Roma, bromeaban y se reían.

Las ergastinas terminaron marchándose y dejándole a solas con Ariadna. Titus sospechaba que habían recibido alguna consigna del arconte en ese sentido, ya que éste deseaba secretamente casar a su hija con el prestigioso representante de la familia Flaminius. Titus no tenía ninguna intención al respecto, se mostraba totalmente respetuoso, pero le encantaban aquellos encuentros a solas. Además, gracias a ella, descubrió las maravillas de Grecia.

Ariadna quiso que leyese juntos a Homero. Él había aceptado por darle gusto, aunque la iniciativa no le agradaba demasiado. Guardaba muy malos recuerdos del poeta griego. Aún podía ver al profesor con el que lo había estudiado: un viejo de voz desabrida, con las uñas sucias, que le daba con la tablilla cada vez que se equivocaba. Sin embargo, con Ariadna, lo que había sido un castigo se convirtió en una delicia.

Inclinado a su lado, sobre el mismo rollo de papiro, Titus tenía la impresión de leer por primera vez aquellos versos de fórmulas tan sencillas, aquella poesía inimitable: «La aurora de los dedos de rosa... La barrera de sus dientes...». La barrera de los dientes de Ariadna era resplandeciente y nacarada. De ella salía una voz cálida que le embrujaba. Cuando no leían, ella bordaba el velo. Era Ariadna, la de los dedos de rosa, adornando con oro el manto blanco de la diosa.

En ese mes de diciembre, habían llegado al pasaje de la *Odisea* en el que la ninfa Calipso retiene a Ulises prisionero en su isla. Titus leía aquellos versos con emoción. También él tenía la sensación no de ser prisionero, sino de estar con Ariadna muy lejos del resto de los hombres. ¿Era ella consciente? ¿Estaba al corriente del propósito que él atribuía a su padre? No lo creía. Le parecía más bien que, sin que ninguno de los dos hiciese nada especial, entre ellos se iba estableciendo una intimidad.

Al entrar ese día, encontró a todas las ergastinas trabajando. Su tarea avanzaba: progresivamente, el peplo se cubría de figuras doradas. Las compañeras de Ariadna no se quedaron mucho tiempo. Saludaron a Titus y desaparecieron como una bandada de pájaros. Los dos jóvenes se quedaron solos. Titus explicó a la hija de su anfitrión las novedades en el curso de Apolodoro. Le mencionó el arranque de violencia de Eufión y le preguntó lo que pensaba de los Misterios de Eleusis. Ella sonrió como disculpándose.

—Si no fuese una iniciada, te respondería, pero ahora lo soy y debo guardar silencio.

Él no insistió. Le habló de Deméter. Le contó cuánto había ignorado a esa diosa y cómo estaba impaciente por descubrirla gracias a Apolodoro. La aventura de Core, en especial, le parecía de una profundidad que antes nunca había imaginado. Ariadna estuvo de acuerdo: sabes hasta qué punto lo es! Hay dos días singulares en el año: el primero del invierno, conocido como el día de Perséfone», y el primero de la primavera, que recibe el nombre de «día de Core».

—¿Quién te enseñó eso?

Mi madre, cuando yo era pequeña. Me dijo que hiciese lo que hiciese, respetase siempre esas dos fechas, que me acompañarían toda la vida. Tenía razón.

—¿Y cómo las reconoces?

—No tiene nada de especial. Se dejan sentir por sí mismas. Una mañana, al levantarte, notas algo triste y pesado en el aire. La naturaleza parece decaída, resignada: es el día

Perséfone. Y entonces hay que esperar hasta la primavera. Y, al contrario, una mañana descubres que todo renace, que despierta de golpe. Core está de nuevo entre los hombres y se festeja su vuelta.

Titus le señaló el cielo puro en el que brillaba el sol.

—Estamos en diciembre y hace un tiempo primaveral. ¡Yo diría que Perséfone se hace esperar!

—Core se entretiene. Todavía hay muchas flores, a ella le encantan. Ha olvidado a su triste esposo.

—¿Y si le olvidase para siempre? ¿Y si el día de Perséfone no llegase?

—Llegará. Siempre llega.

—¿Crees que yo lo reconoceré?

—Estoy segura.

Titus no pasaba todo el tiempo con Ariadna. La casa de Quinto era una de las pocas construidas sobre la ladera del Areópago y aprovechaba para asistir, siempre que podía, a las sesiones del tribunal del mismo nombre, que no quedaba muy lejos.

El Areópago, la más alta jurisdicción ateniense, juzgaba los crímenes de sangre. Estaba integrado por antiguos arcontes y presidido por el arconte en ejercicio, es decir por Quinto de Ramnonte. Titus experimentaba una gran emoción cuando acudía allí. Aunque aquí no ejercía, no olvidaba que era abogado y para todos los de su profesión, el Areópago era un lugar sagrado. No era un tribunal

como los demás, sino el primero y más ilustre de ellos, instituido por los mismos dioses. Ares, Atenea y Poseidón habían descendido hasta ese mismo recinto. Allí habían administrado su justicia a los hombres.

El Areópago se encontraba al borde de la colina, justo delante de la Acrópolis. A uno y otro lado de la entrada se alzaban dos templos. El primero estaba consagrado a las Euménides, las diosas de la venganza, cuyo odio perseguía a los asesinos. En aquel sitio terrible se habían erigido estatuas a Plutón, Hermes y Gea. Enfrente, un templo dedicado a Atenea, tradicional protectora de los acusados, recordaba que los derechos de la defensa era tan honorables y respetables como los de la acusación.

Una vez que se penetraba en la estancia, se tenía la impresión de encontrarse en un teatro. El público tomaba asiento en gradas dispuestas en semicírculo y delante se sentaban los areopagitas en una tribuna de mármol. La asamblea resultaba impresionante. Los antiguos magistrados de la ciudad eran, en su mayoría, ancianos. Con sus cabezas canas y sus barbas blancas encarnaban la imagen misma de la sabiduría.

Los debates eran más emocionantes aún. Vista la gravedad de los delitos juzgados, el castigo era la muerte y la sombra de ésta planeaba sobre todo el proceso. El acusador se sentaba en un banco de mármol, conocido como la Piedra del Resentimiento», y el acusado se colocaba frente a él, en un asiento similar, llamado «Piedra del Ultraje».

En ocasiones, eran los mismos adversarios quienes intervenían, pero lo más habitual era que estuviesen acompañados por un abogado que hablaba en su nombre. Cuando los escuchaba, Titus imaginaba que era él mismo quien pleiteaba en ese lugar asombroso. Pensaba también en la diosa Atenea, que bajó del Olimpo para participar en un litigio, el del proceso de Orestes, que había matado a su madre Clitemnestra, asesina a su vez de su esposo Agamenón. Las opiniones de los jueces estaban divididas y ella apareció para votar la absolución. Desde aquel día, cada vez que I Labia empató en el tribunal, el acusado era absuelto, ya que creía que la diosa se había pronunciado a su favor.

Después de las sentencias, Titus saludaba siempre a los areopagitas, y la reputación de su apellido era tal que aquellos eminentes personajes le manifestaban las mayores muestras de respeto. Entre las atribuciones del Areópago figuraba el derecho a conceder distinciones a los extranjeros que Atenas deseaba honrar, la más prestigiosa era sin duda la ciudadanía ateniense. Todos los areopagitas, con el arconte Quinto a la cabeza, quisieron otorgársela, pero Titus la había rechazado: no podía aceptar una recompensa que no recibía por sus propios méritos y que debería a su antepasado. Esta respuesta había impresionado a los miembros del tribunal y acrecentado la estima que le profesaban.

Así transcurría la estancia de Titus en Atenas, en un ambiente de estudio y entusiasmo a la vez. Cada día le seducía más lo que descubría. La superioridad de los griegos era aplastante en todos los campos de las artes y del pensamiento. Se sentía intimidado por ser romano; ellos eran los maestros y él su alumno.

Si reflexionaba sólo se le ocurría una cosa que reprocharles: no apreciaban a las mujeres. No se las veía por las calles, a excepción de aquellas de condición inferior como, por ejemplo, las vendedoras del Ágora. Atenas era una ciudad de hombres. Se preguntaba cómo un pueblo que homenajeara de tal modo la femineidad con estatuas admirables, que podían verse por todos lados, podía despreciarlas hasta ese punto en la vida. Pero así era: en Grecia, las mujeres eran de mármol, no de carne y hueso.

EL DÍA DE PERSÉFONE

Había transcurrido una semana. Comenzaba el nuevo año y los cuatro romanos habían decidido inaugurarlos yendo a Eleusis. No contaban, claro está, con entrar en el santuario, pero pensaban recorrer los alrededores, así como la ciudad, que no conocían.

Era el día de Perséfone. No había que estar muy atento para descubrirlo; el cambio de tiempo nunca había sido tan brutal. Titus Flaminius, Bruto, Publio Volumnio y Estratón salieron temprano de Atenas a lomos de mula. Llevaban alrededor de una hora de camino cuando de golpe se levantó viento. Aparecieron nubes que rápidamente ocuparon todo el cielo. La temperatura descendió de repente y empezó a nevar.

No obstante, los cuatro discípulos continuaron su viaje, aunque en condiciones cada vez más difíciles. Debido al buen tiempo que reinaba en el momento de su partida, iban vestidos con túnicas ligeras y tiritaban. Temieron, incluso, no llegar a su destino. Sus monturas se hundían en una capa de nieve cada vez más espesa, se resbalaban y estuvieron a punto de caerse en varias ocasiones. Había momentos en los que, a causa de las ráfagas, no veían nada en absoluto.

Llegaron, sin embargo, hasta el santuario, del que apenas distinguían las altas murallas almenadas, y se preguntaron qué hacer. No podían entrar. ¿Dónde refugiarse? Fue entonces cuando divisaron una posada al otro lado de la explanada. Dando gracias por su inesperada suerte, corrieron hacia allí.

Se encontraron en una amplia sala llena de gente, quizá viajeros a los que había sorprendido, como a ellos, el mal tiempo. La patrona acudió a recibirlos. A Titus le chocó su aspecto. Al igual que en Roma, en Grecia ese tipo de locales eran frecuentados por gente poco recomendable. A menudo eran lupanares y antros, a veces incluso peligrosos. Pero aquella mujer, de unos cuarenta años, parecía muy respetable. Era rubia, algo poco habitual en el Ática, alta y de apariencia elegante. Se presentó con el nombre de Filis y comentó con una sonrisa:

—¡Menudo tiempo! Hacía veinte años que no veíamos algo así. Venid rápido a resguardaros y tomad algo. Les señaló una mesa y añadió:

—Mi hija Cloe os servirá.

Ésta no tardó en llegar. También era rubia y mostraba un aire reservado y educado. Era muy joven, de no más de quince años. Les propuso cebollas, judías, aceitunas y pescado a la brasa, que aceptaron encantados.

Mientras esperaban a que les sirviesen, discutieron lo que harían. Estuvieron de acuerdo en que no era razonable volver a Atenas con semejante tiempo. Si éste persistía, preguntarían a la dueña si podían pasar la noche allí.

Tras esto, Bruto, cuya debilidad eran los temas serios, guió la conversación hacia la inmortalidad del alma, que Apolodoro abordaría en la segunda parte de su curso. Sería interesante confrontar sus puntos de vista. Así pues, los cuatro se pronunciaron. Bruto, estoico convencido, creía en la inmortalidad del alma; Publio Volumnio y Estratón eran ateos; en cuanto a Titus, seguía la religión tradicional, según la cual el difunto llevaba en el más allá una existencia limitada.

No eran capaces de hablar tranquilamente, porque había mucho ruido en el comedor. Una de las mesas, ocupada por un grupo de jóvenes que regresaban de las Dionisias rurales, en honor a Dioniso, estaba particularmente animada. Aquella fiesta, propia de Grecia, tenía lugar en cada pueblo y cada barrio de las grandes ciudades al principio del año. Había que mantenerse en pie sobre un pellejo de vino untado de aceite, el que permanecía más tiempo ganaba el odre. Uno de los presentes, que había sido el vencedor, compartía el vino con sus compañeros, así que es fácil

imaginar el ambiente que reinaba. En un momento dado, uno de ellos gastó una broma a Cloe y ésta, que estaba sirviéndoles, se echó a reír. Titus se sintió transportado: aquella risa tenía un sonido cristalino, armonioso; era el frescor y la juventud misma.

Pero se cortó en seco. Como si acabase de recordar algo, la joven abandonó precipitadamente la mesa. Titus vio que se echaba por encima una capa y salía de la posada. Al abrir la puerta, una violenta corriente de aire se coló en la sala.

Titus se sorprendió. ¿Qué tenía que hacer tan importante y tan urgente aquella muchacha para dejar así a sus clientes y salir con ese temporal?

Además, no regresó. Su madre la sustituyó y fue ella quien les sirvió el postre: pasteles con miel. Titus no era capaz de contener su curiosidad. Le preguntó qué hacía correr así a su hija. La posadera le respondió con un deje de orgullo en la voz:

—Tiene que participar en la ceremonia con los sacerdotes del santuario. Representa el papel de Core.

Bruto, que continuaba con su discusión filosófica, se interrumpió, súbitamente interesado. Filis prosiguió:

—Es un rito que tiene lugar el primer día frío del año. Mi hija interpreta a Core y la sacerdotisa de Deméter encarna a la diosa. Debe desaparecer en el pozo de Callichoros y la sacerdotisa irá a llorarla a la Piedra Triste.

A Titus le sonaban esos sitios por haber leído con Ariadna el Himno *homérico a Deméter*. La Piedra Triste era una roca a la que se había bautizado con ese nombre después de que Deméter se sentase en ella para llorar la desaparición de su hija. El pozo de Callichoros estaba situado justo enfrente. Tras el retorno de Core, las mujeres de Eleusis habían bailado alegres a su alrededor. Pero lo importante era que ambos estaban en el exterior del santuario y que, normalmente, se permitía el acceso a todo el mundo. Pidió a la posadera que se lo confirmase:

—¿Pueden asistir los no iniciados?

—Por supuesto. Es un rito que no forma parte de los Misterios.

—¿La ceremonia se celebrará pronto?

—No tardará mucho en empezar.

No fue necesario que se pusiesen de acuerdo. Era una ocasión inesperada. Titus Flaminius, Bruto, Publio Volumnio y Estratón se levantaron a una, pagaron y salieron.

Por suerte, había dejado de nevar. Titus y sus compañeros descubrieron un espectáculo que, según la dueña de la posada, no se había producido desde hacía veinte años: una gran capa blanca cubría el espacio delante del santuario de Eleusis. La parte superior del muro estaba cubierta por el mismo manto blanco. A pesar del clima, comenzaba a reunirse el público, prueba de que la ceremonia era conocida y apreciada por muchos. De momento, no se veía a ningún sacerdote, pero Cloe ya estaba allí. Se la reconocía de lejos por su melena rubia. Estaba parada cerca de un montículo nevado, sin duda el pozo de Callichoros.

Mientras esperaban, Titus quiso ver la Piedra Triste. A diferencia de Bruto, que no creía en los dioses tradicionales, y de Publio y Estratón, que no creían en los dioses en absoluto, él estaba convencido de que Deméter había estado realmente en aquel sitio y que había llorado por su hija arrastrada a los infiernos. Ver el lugar exacto en el que había derramado sus lágrimas le resultaba muy emocionante.

La Piedra Triste, que los piadosos espectadores limpiaban de nieve, era una roca que se alzaba solitaria en medio de un terreno uniformemente plano, como caída del cielo. Tenía la forma de un banco tosco. Un abultamiento en uno de los lados hacía de único brazo. Titus se imaginaba a la diosa, de luto, con la cabeza cubierta por un velo fúnebre, llamando a la desaparecida con la frente inclinada hacia el suelo.

Buscó el pozo con la mirada. Estaba cerca, en dirección a la entrada del santuario. Ahora podía ver el contorno, que los espectadores estaban despejando de nieve con las manos desnudas. Se fijó en uno de ellos, vestido con una capa negra con capucha que le cubría por entero, que destacaba claramente sobre el paisaje. Cloe les ayudaba. Titus decidió hacer otro tanto y llamó a sus

condiscípulos para que acudiesen. No pudo verles entre la multitud, que no dejaba de crecer, y no insistió.

Se encaminó al pozo. La nieve caía de nuevo, pero pudo apreciar perfectamente la escena. Como sucede a menudo cuando se produce un drama repentino e imprevisible, lo presencié casi con indiferencia, limitándose a registrar los detalles. La conmoción vino después. La persona de negro se apartó de las otras. Se situó a una decena de pasos, se volvió y sacó algo de debajo de su capa. Titus no comprendió que se trataba de un arco hasta que escuchó el silbido. Un instante después, Cloe se desplomaba al tiempo que la silueta huía corriendo.

Titus corrió a su vez. La muchacha se había derrumbado sobre la boca del pozo. La tomó en sus brazos. No era médico, pero no era necesario para darse cuenta de que estaba muerta. Había recibido un flechazo en el cuello, del que manaba un chorro de sangre. Tenía los ojos muy abiertos. No expresaban dolor, únicamente sorpresa. Titus la soltó, y empujando a los hombres y las mujeres que se habían quedado mirando sin hacer nada, salió en persecución del arquero.

Pensó que sería fácil atraparlo, pero por mucho que buscó en todas direcciones, no vio a nadie. Había desaparecido por el lado del santuario, en cuya entrada montaban guardia hombres armados. Sobre el muro, dos inscripciones, en latín y en griego, proclamaban la prohibición de entrar bajo pena de muerte para los no iniciados. Si el agresor había tomado esa dirección, no podría seguirle. Regresó al pozo.

Vio a sus compañeros, que acababan de llegar alertados por los gritos y el tumulto. Les pidió que fuesen a avisar a Filis, mientras él interrogaba a los que les rodeaban. Fue una pérdida de tiempo: no habían visto nada. Todos conocían a la joven Cloe, que ya había encarnado antes el papel de la hija de Deméter. Respecto al arquero vestido de negro, nadie había prestado atención, nadie podía decir nada sobre él.

Entonces, hicieron su aparición una serie de hombres y mujeres con largas túnicas de gala. Todo el mundo se apartaba a su paso. Titus comprendió que eran los sacerdotes de Eleusis. Una mujer con un peinado alto y complicado y brazaletes de oro en ambos brazos se precipitó hacia la muerta. Era evidente que se trataba de la sacerdotisa de Deméter. Soltó un dramático grito:

—¡Cloe! ¡No puede ser cierto!

Ante la situación, Titus experimentó un doloroso sentimiento. La sacerdotisa había acudido para simular su llanto por la joven después de su fingida desaparición en el pozo, y he aquí que vertía lágrimas verdaderas y que la muchacha estaba realmente muerta. ¡Sí, muerta! Contemplaba aquel rostro apoyado sobre la nieve, y que se había vuelto casi tan blanco como ella; aquella boca de la que, poco antes, escapaba una risa que era la juventud y la vida mismas, cerrada ahora para siempre. ¿Qué había hecho a los dioses aquella criatura de quince años para sufrir un destino tan trágico?

Titus oía a su alrededor conversaciones desoladas. Se enteró de que Cloe era muy conocida en Eleusis. Había sido iniciada de pequeña y prestaba servicio a los sacerdotes y sacerdotisas del santuario. Estos niños eran conocidos como «los iniciados del altar», y a cambio de su trabajo, recibían una pequeña parte de las ofrendas.

Los instantes que siguieron fueron terribles. Filis, a la que habían ido a buscar los compañeros de Titus, llegó corriendo, apartó a la sacerdotisa de Deméter y cogió a su hija en brazos con un aullido de animal herido. Durante unos minutos interminables, la mujer fue incapaz de pronunciar una sola palabra y expresó su desesperación con grandes gritos. Los sacerdotes de Eleusis, horrorizados, permanecían ante ella, y un poco más lejos, la muchedumbre que debía asistir a los festejos. Por fin, Filis consiguió preguntar:

—¿Qué ha pasado? ¿Quién lo ha hecho? ¿Alguien ha visto algo?

Como no contestó nadie, Titus comprendió que era el único testigo del asesinato y se acercó para contar lo que sabía: una persona vestida de negro, que no había podido identificar, había sacado un arco y había disparado. La posadera agitó la cabeza con desesperación y exclamó:

—¡Pero eso no tiene sentido!

—¿No tienes idea de quién puede ser?

—Ni la más mínima.

Filis se echó sobre el cuerpo de su hija y lo estrechó.

—Hija mía, hace un momento estabas viva y ahora estás en los infiernos, por los que errarás como alma en pena para siempre.

Titus se acercó a ella.

—¿Por qué dices eso?

—¿Por qué no podré vengarla, por eso! ¿Crees que tengo dinero para llevar a cabo una investigación? ¿Crees que tengo tiempo? Debo ocuparme del negocio...

Como abogado, Titus Flaminius sabía que la posadera tenía razón. Al igual que en Roma, en Atenas los asuntos criminales pertenecían al ámbito privado. Si alguien era víctima de un homicidio, correspondía a la familia encontrar al asesino por sus propios medios y llevarlo ante el tribunal. Por supuesto, esto no era posible para las personas modestas que no tenían, literalmente, más que sus ojos para llorar. Titus posó su mano en el brazo de la mujer.

—Encontraré al asesino.

—¿Por qué harías tú algo así?

—Porque dispongo del tiempo y de los medios. Estaré en Grecia ocho meses. Te juro que antes de mi partida habré localizado al asesino de tu hija.

La mujer le miró desconcertada.

—¿Quién eres?

A Titus no le gustaba llamar la atención. Ya descubriría quién era más adelante.

—Poco importa. ¿Aceptas mi oferta?

—¿Cómo podría rechazarla?

La mujer se deshizo en agradecimientos y bendiciones. Titus procuró rehuirlos. No podía evitar sentirse turbado. Como en el mito, una madre lloraba a su hija, que había partido hacia los infiernos el día de Perséfone. Y no sólo eso, además, la muchacha muerta iba a representar precisamente la desaparición de Core. Por un momento, tuvo la extraña sensación de que no se trataba de una coincidencia, que aquella correlación entre la historia divina y la realidad era uno de los elementos de su indagación, si no el más importante. Pero volvió a la realidad: aquello carecía de sentido.

La sacerdotisa de Deméter se acercó a Filis y le dijo dulcemente:

—Tu hija ha muerto en parte por nuestra culpa. La llevaremos al santuario y allí la velaremos.

—No. Quiero velarla yo.

—Entonces, la trasladaremos a la posada. Organizaremos los funerales para mañana. Acudiremos todos.

Unos esclavos del santuario transportaron el cadáver. Mientras les seguían, Titus intentó interrogar a la madre sin más demora:

—¿Puedes contestarme a unas preguntas? Puede que tenga que actuar de inmediato.

Filis asintió apenada.

—¿Tenía enemigos Cloe? Piénsalo bien.

—¡Claro que no, eso es absurdo! Era una muchacha responsable y sin problemas, que hacía todo lo que podía por ayudarme.

—¿Y tú los tienes? Regentas una posada en la que pueden suceder cosas. Una discusión con unos clientes...

—Son todas historias sin importancia. No se mata a una chiquilla por eso.

Titus cambió de tema:

—Perdona, pero tengo la impresión de que vives sola. ¿Qué fue del padre?

—No le conoció. Murió de una enfermedad antes de que ella naciese. No he querido volver a casarme. Consagré mi vida a mi hija, y ahora...

Filis se echó a llorar otra vez. Titus esperó a que recuperase el control de sí misma para seguir preguntando:

—¿Es cierto que fue iniciada en los Misterios siendo muy pequeña?

—Sí, tenía cinco años. Lo decidí porque en esa época estaba en la miseria. Cloe hacía tareas domésticas en los templos. A cambio, recibía carne de los sacrificios, pasteles de las ofrendas...

Titus había reflexionado ya sobre la cuestión y opinaba que la verdad probablemente se encontraba dentro del santuario. Decidió sincerarse con Filis.

—¿Crees que yo podría acceder al santuario sin estar iniciado?

—Eso es imposible.

—¿Cómo reconocen los guardias a los iniciados de los que no lo son?

—Hay una contraseña.

—Y tú la conoces. ¿Crees que yo podría...?

Siguiendo el cuerpo de la desdichada muchacha, Titus había llegado delante de la posada de la que había salido poco antes, tan excitado por asistir a su primera ceremonia en Eleusis. Filis se volvió hacia él y le miró con expresión seria.

—Lo siento. Aunque por eso mi hija tuviese que pasar penando toda la eternidad, no puedo traicionar el secreto.

La posada estaba casi vacía. Los clientes se habían marchado al enterarse de la terrible noticia. Sólo se habían quedado los jóvenes que volvían de las Dionisias, demasiado bebidos para darse cuenta de la situación. Seguían bebiendo y bromeando. El trágico cortejo les sacó de su estado de embriaguez de golpe. Se levantaron y desaparecieron pronunciando confusas palabras.

El cadáver fue depositado sobre una de las mesas, que había sido despejada rápidamente. Titus se encargó de retirar del cuello la flecha mortal. Era un modelo curioso; estaba pintada en rojo y negro y las plumas eran de un amarillo vivo. Se la mostró a Filis.

—¿Has visto alguna vez una parecida? ¿Algún cliente de tu negocio?

Filis negó con un gesto enérgico de la cabeza y se dio la vuelta para no verla. Titus la guardó: era la primera prueba material de su investigación. Filis puso en marcha de inmediato los preparativos fúnebres. Deslizó un dracma en la boca de la joven, el óbolo para Caronte, guardián de los infiernos, que era el encargado de cruzar a los muertos en su barca. Fue a recoger también tres pasteles de miel, que introdujo entre los dedos de la muerta. Eran para apaciguar a Cerbero, el perro de tres cabezas que vigilaba la entrada a los infiernos. A continuación, Filis se ocupó de poner en orden los hermosos cabellos dorados de su hija y su ropa.

Había mucha gente en el local: vecinos, amigos y clientes que venían a dar sus condolencias. Fuera, la nieve seguía cayendo. Titus preguntó a la posadera si él y sus amigos podían pasar allí la noche. Filis aceptó sin dudarle. Añadió que, como agradecimiento, les dejaba su propia habitación.

Ella no dormiría porque iba a pasar toda la noche velando a Cloe.

Titus se fue a la cama temprano. Había ofrecido a Filis quedarse con ella y con la difunta, pero la mesonera había rehusado. Otros habitantes de Eleusis le habían hecho la misma proposición y también la había rechazado. Deseaba estar a solas con su hija, necesitaba meditar.

En mitad de la noche, a Titus le despertó un ruido que venía de la sala. Corrió hasta allí y se encontró un trágico cuadro: Filis estaba inconsciente y tenía sangre en la parte superior de la cabeza. Pero lo más impresionante era el cadáver de la joven: lo habían tirado al suelo. Afectado ya por la rigidez cadavérica, se mantenía en la posición en la que lo habían dejado sobre la mesa, con la boca cerrada que contenía el dracma y los dedos crispados sobre los pasteles para Cerbero. La puerta estaba abierta; en el exterior nevaba y las ráfagas de viento se colaban en la habitación. Se precipitó afuera, sin muchas esperanzas. No había nadie, estaba muy oscuro y no se veía nada. Volvió a cerrar la puerta, subió con cuidado el cuerpo a la mesa, lo dejó en el lugar exacto en el que se encontraba antes y se inclinó sobre la posadera.

En ese momento, ella abrió los ojos con un gesto de dolor. Titus fue a buscar un paño húmedo y le limpió la herida, que no parecía profunda. Ella consiguió incorporarse y preguntó con dificultad:

—¿Qué ha pasado?

—Te han atacado. ¿No has visto nada?

—No. Debí de dormirme. Sentí un fuerte golpe, eso es todo. ¿Qué ha sucedido?

—Cuando llegué, el cadáver de Cloe estaba en el suelo y la puerta abierta. Ha sido alguien de fuera.

—¿Para atontarme y tirar el cuerpo de mi hija? ¡Es algo monstruoso y absurdo!

—Yo tampoco entiendo nada. ¿Puedes revisar la habitación? Quizá te han robado algo.

La posadera se puso en pie con esfuerzo y empezó a inspeccionar la habitación. Al cabo de un rato, afirmó que no faltaba nada. Repitió:

—¡Es absurdo!

—Seguramente tiene algún sentido. En todo caso, significa que el asesino sigue por aquí. Ve a descansar. Yo ocuparé tu puesto.

—Ni hablar. Yo me quedo.

Titus no replicó nada y se sentó a su lado. Tras un largo silencio, ella le preguntó:

—Aún no me has dicho tu nombre.

—Titus Flaminius.

—¿Como el gran Titus Flaminius?

—Era mi antepasado.

La mujer se volvió hacia él. En su rostro marcado por el dolor apareció un amago de sonrisa.

—Entonces, los dioses no son del todo malos. Estoy segura de que mi hija será vengada.

—Lo será, Filis.

LA PIEDRA TRISTE

El resto de la noche transcurrió sin incidentes. Mientras velaban a la víctima, Titus Flaminius intentó pasar revista a los primeros elementos de su investigación. Filis, cuyos apagados sollozos percibía a su lado, era sin duda una excelente madre que había querido a su hija por encima de todo, pero con frecuencia una madre ignora quiénes son realmente sus hijos. A la edad de Cloe, una adolescente cambia muy deprisa. Basta un encuentro o cualquier otro suceso imprevisto.

Durante un rato, Titus contempló a aquella muerta abatida en la flor de la vida. De no ser por el agujero rosado rodeado de azul en el cuello, se habría podido creer que estaba dormida. ¿Qué pensamientos habría albergado aquella frente pura y lisa? ¿Qué palabras habrían pronunciado aquellos labios pálidos cerrados para siempre?

¿Habrían besado ya a alguien? Había podido ver que por la posada pasaba mucha gente y aún acudía más al santuario. Seguramente, se habría encontrado en uno de esos dos lugares con su asesino o su asesina, ya que no podía descartar que fuera una mujer. De todas formas, estaba claro que no se trataba de una confusión. El arquero de negro se había tomado su tiempo antes de actuar.

Faltaba el móvil. Desde luego, Titus no tenía la menor idea al respecto, pero había un elemento que podía orientarle: la agresión que acababa de producirse. El asesino había vuelto junto a su víctima para buscar o hacer algo. Aparentemente, no había tenido éxito: no faltaba nada en la habitación y el hecho de arrojar el cadáver al suelo podía ser interpretado como un gesto de rabia. Todo aquello seguía siendo muy misterioso, pero había algo claro: el asesino no se conformaba con su crimen. Había algo más que no había podido acabar...

Titus no se arrepentía de la promesa que le había hecho a Filis, pero no se le ocultaba que el asunto tenía mala pinta. La principal dificultad residía en el hecho de que él no era un iniciado y tal vez una parte del misterio, si no la totalidad, tendría que buscarla en el santuario. ¿A quién podía pedir ayuda? Pensó en la sacerdotisa de Deméter, que parecía sentir mucho afecto por la desaparecida. Lo mejor sería entrar en contacto con ella cuanto antes, en los funerales.

Y luego estaba la coincidencia entre el mito de Deméter y la realidad. Una madre que lloraba a su hija en el mismo sitio en el que la diosa había llorado a la suya, dos jóvenes que se parecían, ambas rubias y con nombres similares: Cloe y Core. Resultaba muy intrigante, pero habría sido absurdo sacar la menor conclusión. Simplemente, era así. Además, existía una terrible diferencia: Cloe no era, por desgracia, Core. Los infiernos no le abrirían sus puertas para que regresase a la tierra en primavera. Nunca más se ocuparía de los templos del santuario, nunca más serviría a los clientes de la posada, nunca más volvería a reír. Nadie se la devolvería a su madre; sólo se podía confiar en encontrar al asesino, y eso ya sería mucho.

Por la mañana, Titus salió a tomar el aire. Había dejado de nevar, pero había caído mucha nieve durante la noche y el manto era increíblemente espeso. Titus no recordaba haber visto nada similar en Roma y el fenómeno debía de ser excepcional en Ática, donde el clima era todavía más suave. Se acordó del episodio que acababa de vivir. Buscó con la mirada una silueta negra, pero no descubrió a nadie y decidió regresar.

Cuando entró en la posada, comprobó que Filis no estaba allí. Habría ido a prepararse para el funeral. Mientras esperaba, aparecieron Bruto y sus amigos romanos. Ninguno había escuchado el escándalo de la noche y les puso al corriente de los acontecimientos.

Les interrumpió la llegada de Filis. La visión que ofrecía resultaba inquietante. Se había cortado

el largo cabello rubio; ahora era tan corto como el de un hombre y estaba cubierto de ceniza. También había cubierto con ceniza su velo y había desgarrado la parte inferior en varios puntos. Pero lo más sorprendente era la lanza que llevaba en la mano, un arma impresionante, más grande que ella. Se acercó a Titus y se la tendió. Él reaccionó con sorpresa.

—No comprendo...

—Es nuestra costumbre. Quien venga a un muerto asesinado, debe blandir una lanza en su funeral. ¿Aceptas?

—Te lo he prometido. ¡Dámela!

Titus cogió la lanza. Nunca había visto una parecida. Era un modelo antiguo que no se usaba desde hacía tiempo, hecha de un metal dorado tirando a rojizo, quizá bronce. Se diría que era una de las que utilizaban los héroes en la *Ilíada*. Se preguntaba cómo podía estar en poder de Filis, pero no se atrevió a preguntárselo, por encontrarlo fuera de lugar en aquellas circunstancias. Tal vez pertenecía a algún cliente de la posada.

Interrumpió sus pensamientos. La puerta acababa de abrirse y los sacerdotes de Eleusis hicieron su aparición. Reconoció a la sacerdotisa de Deméter, que destacaba por su alto peinado y sus pulseras de oro. A su lado, había un personaje al que no había visto la víspera. Probablemente, se trataba de un dignatario importante, ya que su túnica lucía un bordado de hilo de plata tan abigarrado que parecía de metal. Una sotabarba enmarcaba la cara del hombre, delgado, alto y muy moreno. A diferencia de la sacerdotisa de Deméter que, nada más llegar, expresó su emoción y fue a abrazar a Filis, él permanecía inmóvil y dio varias órdenes breves a los que le acompañaban.

Su séquito estaba integrado por los niños que se ocupaban del mantenimiento del santuario y cuyo nombre ya había escuchado Titus: los iniciados del altar. Llevaban el pelo peinado con bucles, cubierto por una corona de ramas de olivo. Vestían una túnica plisada, ajustada en la cintura, que les llegaba por encima de la rodilla. Llevaban uno de los pies descalzo y el otro con una sandalia. Los más pequeños eran niños, los mayores, adolescentes.

Al igual que la sacerdotisa de Deméter, los iniciados del altar expresaron abiertamente sus sentimientos. Se acercaron a la mesa en la que reposaba la que había sido de los suyos, llorando y llamándola. El sacerdote de la barba y la túnica plateada les hizo callar:

—No estáis aquí para llorar, sino para cumplir con vuestra tarea. ¡Moveos!

Los esclavos al servicio del santuario se acercaron con unas parihuelas y colocaron en ellas el cuerpo. Cuatro iniciados del altar, dos chicos y dos chicas de entre los mayores, las alzaron y se pusieron en marcha. El sacerdote quiso encabezar el cortejo, pero Filis le detuvo.

—No. Titus Flaminius ha decidido vengar a mi hija. ¡Sólo él irá delante de ella!

El hombre lanzó una mirada sorprendida y un poco hostil a Titus y se apartó para dejarle pasar. Lanza en ristre, éste fue el primero en franquear la puerta de la posada.

Al salir, no pudo evitar un escalofrío, no tanto a causa del frío como del sobrecogedor cántico que empezó a sonar. Doce mujeres vestidas de gran duelo, con un velo que les cubría parte del rostro y les caía hasta los pies, entonaban el treno, la antigua lamentación fúnebre que se remontaba a la noche de los tiempos. Era una melopea solemne, cruzada a veces por un agudo clamor, como una sacudida, que volvía a una modulación sorda. No había nada más trágico, más estremecedor. El coro, dividido en dos grupos de seis, se situó a ambos lados de la muerte. Luego ocuparon sus lugares el religioso de la túnica plateada, la sacerdotisa de Deméter y el resto del clero, a los que Titus no pudo ver porque había encabezado la marcha, con la lanza en la mano.

No conocía el lugar de los funerales, pero no podía equivocarse: numerosas personas bordeaban el camino que conducía hacia el cercano mar. A medida que avanzaba con paso lento, al ritmo del cortejo fúnebre, Titus dejó de pensar en el trágico suceso. Volvió a recordar el episodio de la pasada noche. Eso significaba que el asesino seguía cerca. Y se dio cuenta de que él mismo iba solo en cabeza, proclamándose vengador de la víctima. Constituía un blanco fácil y el arquero había demostrado, al acertar en el cuello con su flecha, que era un gran tirador. A partir de ese instante, se olvidó del sepelio y permaneció alerta, buscando a derecha e izquierda cualquier figura vestida de negro. Lamentaba no prestar suficiente atención a la ceremonia, pero para vengar a Cloe, la primera

condición era seguir vivo.

Sin embargo, no ocurrió nada especial durante el corto trayecto y la comitiva alcanzó finalmente su destino. En la playa se había levantado una pira: un montón de ramas de pino sobre la arena blanca de nieve. El mar estaba gris, salpicado de espuma, el cielo era plomizo y un inclemente viento silbaba de manera lúgubre. Parecía que los elementos también guardaban luto por Cloe. Lloraban a la desaparecida con el resto del cortejo, con todos los que la habían querido.

Ayudados por los esclavos del santuario, los cuatro jóvenes colocaron el cuerpo de la joven en la pira. Los gritos de Filis se superponían a la salmodia del treno. La sacerdotisa de Deméter puso una corona de mirto en la cabeza de la muerta. Titus, que estaba a su lado en ese momento, la oyó murmurar:

—Tú conoces el camino...

En torno a la pira sólo estaban presentes Filis y los sacerdotes de Eleusis. Los otros asistentes, entre ellos los tres romanos, se mantenían a cierta distancia en la playa, no sabiendo muy bien qué actitud adoptar, Titus seguía al pie de la pira, sosteniendo la lanza en la mano derecha. Como nadie le había dado instrucciones, concluyó que era eso lo que debía hacer.

Otra sacerdotisa, en la que no se había fijado hasta entonces, hizo su aparición. Nunca había visto nada igual. Su ropa, a diferencia de la de los otros, era de color negro: una túnica larga que le caía hasta los tobillos. Sólo llevaba un adorno, un collar de plata en forma de serpiente que se mordía la cola. Pero lo más llamativo era su aspecto físico. ¡No tenía en absoluto el típico perfil griego! Por el contrario, su larga nariz le daba una apariencia de ave de presa. Sus cabellos morenos le llegaban a los hombros.

Arrastraba una cabra negra, atada por una cuerda. Ocupó su lugar delante de la pira funeraria, justo al lado de Titus, que se movió para dejarle sitio. Éste sabía que iba a llevar a cabo un sacrificio a las deidades infernales, ya que sólo a ellas se inmolaban bestias de color negro. Éstas eran ofrecidas en holocausto, es decir, quemadas por completo mediante el fuego, mientras que el resto de los animales volvía a los sacerdotes, que consumían las partes comestibles y dejaban el resto a los dioses.

Llegó un sacrificador armado con un enorme cuchillo. Con rapidez, le cortó el cuello al animal. La sacerdotisa lo depositó luego encima de la hoguera, al lado de la muchacha muerta. Después, el hombre de la túnica plateada se acercó con una antorcha y la lanzó sobre el montón de leña. Había sido impregnada con resina y, a pesar de la humedad reinante, una llama se elevó bruscamente en el aire helado, mientras resonaba un nuevo grito de Filis. Titus levantó su lanza. Las doce mujeres con los velos fúnebres continuaban entonando el treno.

La sacerdotisa de negro había empezado a recitar incomprensibles plegarias, pero también esta vez Titus pudo captar algunas palabras:

—Bienvenida, te estábamos esperando...

La cremación de un cuerpo es siempre larga y es el momento que más pone a prueba los nervios en un funeral. Titus procuraba no mirar a la difunta. Las llamas devoraban su carne y dejaban ver el esqueleto. Decidió que ya era hora de interrogar a la sacerdotisa de Deméter. Se dirigió hacia donde estaba, pero no pudo iniciar la conversación porque fue ella quien le interpelló:

—Te agradezco que te ofrezcas como vengador de Cloe. Filis me ha contado quién eres. Estoy convencida de que harás honor a tu apellido.

—Precisamente tú podrías ayudarme.

La sacerdotisa mostró una expresión de sorpresa, con la que se mezclaba la desconfianza.

—No veo cómo.

—Es posible que algunos elementos de mi investigación se encuentren en el santuario. Si pudieses contestarme a unas preguntas...

—¿Eres un iniciado?

—No, pero...

—Pues lo siento. No tengo nada que decir a un profano.

Y le dio ostensiblemente la espalda. Estupefacto y decepcionado, Titus se alejó a su vez.

Entonces, vio venir hacia él a otra mujer, que había permanecido, como los demás religiosos, cerca de la pira, pero separada de los otros. Tenía un aspecto diferente, abierto, más afable. También era más joven. Se fijó en su bonito pelo castaño y sus pecas.

—Ella no te dirá nada. No te quedes ahí. Yo puedo ayudarte.

Titus la siguió al otro lado de la hoguera. Cuando se detuvieron, le preguntó:

—¿Quién eres?

—La daeiritis.

Titus se disculpó. Nunca había escuchado esa palabra.

—Perdona, pero no sé a qué te refieres.

—Soy la sacerdotisa de Daeira. ¿Sigues sin saber?

—Lo siento mucho.

—No es grave. Te explicaré... Eres muy valiente al hacer eso por Cloe. Yo la quería mucho. Venía a menudo a bañarse en esta playa. Yo la acompañaba en alguna ocasión. Mi templo está cerca.

Señaló hacia el grupo de los asistentes.

—Ellos no te ayudarán. Representan un peligro para ti.

—¿De quiénes hablas?

—De los sacerdotes del santuario.

—¿No formas parte de ellos?

Soltó una risa, que cortó en seco al ver la pira.

—No exactamente. Más bien al contrario. Te explicaré eso también.

Titus entendía cada vez menos, pero estaba dispuesto a satisfacer su curiosidad:

—¿Quién es el sacerdote de la túnica plateada, ese que parece el jefe?

—Calias, el daduco. Pero no es el más importante, sino el segundo en rango. El hierofante es el que preside a los sacerdotes de Eleusis y dirige los Misterios.

—¿Por qué no está aquí?

—Está enfermo. Dicen que va a morir.

—¿Y la mujer de negro?

—Es Mirto, la sacerdotisa de Hades o, si lo prefieres, de Plutón. Es la sacerdotisa de la muerte, la única de toda Grecia. Te contaré todo lo que quieras y te diré lo que puedes esperar de ellos. Ahora, si no te importa, me gustaría recogerme.

Titus también deseaba meditar en silencio. Permaneció callado durante el resto de la ceremonia. Cuando el cuerpo hubo ardido por completo, se pasaron las cenizas a las parihuelas en las que lo habían transportado y los mismos cuatro iniciados del altar fueron a dispersarlas en el mar. A continuación, todo el mundo se marchó en silencio.

Titus fue a encontrarse con Bruto, Publio Volumnio y Estratón. Como el tiempo parecía mejorar, los tres habían decidido partir sin tardanza para Atenas. Titus les anunció su intención de quedarse unos días. Era indispensable para interrogar a unos y otros. Pensaba volver en breve, en cualquier caso antes de los Pequeños Misterios, que tendrían lugar en el plazo de un mes.

Poco después, observó cómo se alejaban a lomos de sus mulas desde la explanada. Sus siluetas se iban empequeñeciendo poco a poco en el homogéneo paisaje blanco. Al mirar hacia el santuario, vio a Filis. Había ido a llorar sobre la Piedra Triste y, pese al frío, estaba inmóvil, absorta en su duelo y su dolor. Titus no se atrevió a acercarse a ella. Regresó directamente a la posada, con la cabeza llena de aquellos extraños nombres que hasta entonces nunca había oído. «Daeiritis», «hierofante», «daduco», aquellos nombres que encerraban todo o parte del misterio que debía resolver.

LA DAEIRITIS, EL HIEROFANTE Y EL DADUCO

Filis logró no dejarse arrastrar por su pena. Al día siguiente volvió a abrir la posada. Había hecho correr la noticia y, para expresarle su simpatía, había más clientes que nunca. Uno de los iniciados del altar, un muchacho de la edad de Cloe, se ofreció a sustituir a ésta. Desempeñaba tan bien su trabajo que la mesonera le preguntó si quería convertirse en su empleado, cosa que él aceptó de inmediato.

Por la noche, cuando se marcharon los últimos comensales, Filis se reunió con Titus en la mesa que ocupaba. Se había limpiado la ceniza del pelo y se había puesto otro velo distinto del que había desgarrado, pero haberse desprendido de los signos exteriores de duelo no había puesto fin a su dolor. Aquel brutal drama la había marcado profundamente, para siempre. Con voz muy emocionada, dijo:

—¡Que los dioses te bendigan! No sé si encontrarás al asesino de mi hija, pero lo que has hecho vale más que todo.

—Aún no he hecho nada. No he comenzado la investigación.

—Sí. Me has salvado la vida.

—¿Por qué dices eso?

—Si no te hubieses ofrecido a ser el vengador de Cloe, no habría tenido fuerzas para seguir viviendo. Me habría dejado morir de tristeza o incluso me habría quitado la vida yo misma.

Esta vez, el emocionado fue Titus. Ni por un instante había imaginado que su iniciativa pudiese tener tales consecuencias. Se sintió estimulado por la confesión. Aunque fracasase, su acción no habría sido inútil. A su lado, Filis continuó:

—Ahora quiero vivir para saber quién mató a mi hija y por qué. ¡Quiero que el culpable sea conducido ante el Areópago y que pague su crimen!

El Areópago... Titus tampoco había pensado en eso, pero Filis tenía razón: allí eran juzgados todos los delitos de sangre. Eso significaba que, si llevaba a buen puerto su tarea, tendría el honor de pleitear como representante de la acusación en ese lugar, el más venerable entre todos. Regresó a la realidad. Antes de conseguirlo, habría que resolver el enigma del asesinato. Y para eso tenía que preguntar a Filis:

—Háblame de los clientes de la posada. Por lo que he podido ver, son muy numerosos.

No tanto. Hoy ha sido un día excepcional, y lo mismo sucedió el día que llegaste. Muchos eran, como vosotros, personas que se habían refugiado aquí por la nieve. Si el tiempo es bueno, apenas se llena el local, excepto durante los Misterios, pero sólo duran unos días. Están, más que nada, los habituales. Los conozco a casi todos.

—¿Y no hay viajeros?

—Sí, pero son raros.

—¿Conoces a los jóvenes que venían de las Dionisias?

—Sí, son de Eleusis. Un poco alborotadores, pero buenos chicos.

—Cloe también les conocía. ¿Piensas que podía tener una historia con alguno de ellos?

—Imposible. Era virgen. Lo sé, porque me lo contaba todo.

Titus tenía aún presente la risa de Cloe, tan espontánea, tan libre, a raíz de las bromas de uno de los jóvenes. Como muchas madres, puede que Filis se engañase. Sin embargo, no insistió.

¿Con quién se relacionaba, aparte de con ellos? ¿Tenía amigas? ¿Alguien de la familia?

—No, no tengo hermanos ni hermanas y mis padres están muertos. Sólo me tenía a mí y tampoco

tenía amigas. De hecho, cuando no estaba aquí, pasaba todo su tiempo en el santuario.

—¿Qué tal se llevaba con los sacerdotes?

—Todo el mundo la quería. Ya has podido verlo... —su voz se quebró un instante— en sus funerales.

Se rehizo enseguida y siguió con tono firme:

—En mi opinión, se trata de un error. No existe otra explicación.

—No es un error, Filis. La persona vestida de negro la observó un rato antes de tirar. Quería matarla a ella y a nadie más.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué?

—Eso es lo que intentaré averiguar. Creo que cuando tengamos la respuesta a esa pregunta, habremos descubierto todo, o casi todo.

Titus pasó los días siguientes interrogando a unos y otros en Eleusis, con la intención de confirmar las declaraciones de la posadera. De esta forma, conoció la bonita ciudad a la orilla del mar, frente a la isla de Salamina, donde los atenienses habían logrado una famosa victoria naval frente a los persas.

No le extrañó escuchar sólo elogios sobre Filis y su hija. La sincera compasión que había apreciado en el funeral, el hecho de que el establecimiento no estuviese desierto después del drama, mostraban bien a las claras el aprecio que se les tenía a ambas. Según todos, la madre llevaba una vida irreprochable y la hija era un modelo para cualquier muchacha de su edad: no corría tras los chicos, era piadosa y sentía verdadera veneración por Deméter.

Titus les enseñaba la flecha mortal. También en este particular, las respuestas fueron unánimes. Nadie había visto jamás una parecida. Además, no conocían a ningún arquero en Eleusis. La práctica de esa arma no era común en el Ática. Seguramente se trataba de un extranjero...

Tras recoger estos testimonios, Titus Flaminius decidió interrogar a la daeiritis, aquella curiosa sacerdotisa de una divinidad que él no conocía y que, al parecer, tenía muchas cosas que explicarle. Le había dicho que su templo estaba cerca de la playa en la que habían incinerado a Cloe. Lo encontró sin problema.

Le sorprendió su aspecto. Esperaba una obra armoniosa construida encima de las olas, como la que se podía distinguir enfrente, en la isla de Salamina, pero se encontró con algo que recordaba más a un barracón que a un templo. Era de pequeñas dimensiones. Con el tiempo, las columnas de mármol, roídas por la sal y la espuma, habían adquirido un color indescifrable. En realidad, no eran macizas, sino que estaban recubiertas por una delgada placa de mármol que, en más de un punto, había desaparecido, dejando ver un ladrillo grisáceo. Al lado se pudría una barca desfondada.

Cuando llegó, se estaba celebrando un sacrificio. Un hombre barbudo, de aspecto mísero, un marino sin duda, llevaba en brazos una cabra escuchimizada que depositó a los pies de la sacerdotisa. Ésta fue a recoger un montón de algas en un hueco entre las rocas cercanas y coronó con ellas al animal. Luego pronunció algunas palabras en voz baja. Titus esperaba que apareciese el sacrificador, ya que los sacerdotes nunca mataban ellos mismos a las víctimas. Pero no fue así: la daeiritis cogió un largo cuchillo y degolló rápidamente al animal. A continuación, con idéntica destreza, le abrió el vientre. Extrajo las entrañas y las colocó sobre un fuego que había prendido. Después de examinar el humo unos instantes, se dirigió al hombre:

—Puedes hacerte al mar con plena confianza. Cuentas con la protección de Daeira.

El marinero pronunció unas palabras de agradecimiento y se fue. Entonces se acercó Titus. La sacerdotisa le recibió con una gran sonrisa.

—¡Sé bienvenido, Titus Flaminius! Desde la última vez que nos vimos, he descubierto quién eras. Me honras al visitar mi humilde templo. Aunque más que humilde debería decir miserable.

Ella le señaló el animal abierto, aún coronado de algas, que yacía a sus pies.

—Con esto habré de alimentarme los próximos diez días al menos. Y como has podido ver, no puedo permitirme un sacrificador. He de matar a los animales yo misma.

—Te das buena maña.

—Falta me hace.

Lanzó una ojeada circular a su templo.

—¡Qué desgracia! Y, sin embargo, la divinidad a la que sirvo, Daeira, es hija de Océano, esposa de Hermes y madre del héroe Eleusis, que dio nombre a nuestra ciudad. En otro tiempo, parece ser que tenía un templo magnífico y era honrada por todos. Hasta que llegó esa plañidera...

—¿Te refieres a Deméter?

—A ella me refiero. Tras construir su santuario, no se atrevieron a echar a Daeira, se limitaron a relegarla a un lugar aislado, como si transmitiese una enfermedad contagiosa. Y así, poco a poco, todos la fueron olvidando, salvo algunos marineros. Supongo que pretendes iniciarte en los Misterios.

—Te confieso que sí.

—A mí no se me concede ese derecho. Daeira es considerada enemiga de Deméter y su sacerdotisa también. Todo el mundo puede ser iniciado, menos yo. ¡Soy el único ser humano que lo tiene prohibido!

De repente, recuperó la sonrisa.

—Pero no quiero ponerme amarga, no soy así. Además, tengo una noticia importante que darte. A menos que ya la conozcas: el hierofante ha muerto.

—No lo sabía. Sólo me habías dicho que estaba enfermo.

—Te lo dije por comodidad, pero estoy segura de que ha sido envenenado. Y eso está directamente relacionado con el asunto que te traes entre manos. Creo que Cloe había averiguado algo y que por eso la mataron.

La información era trascendental. Titus tenía al fin la impresión de avanzar en sus indagaciones, de haber dado un gran paso. La cuestión del móvil, que parecía insoluble hasta entonces, podía tener ya una respuesta.

—¿Te dijo algo Cloe sobre ese tema?

—Desgraciadamente, no. Pero, créeme, ésa es la razón por la que está muerta. Siempre estaba en el santuario. Conocía a todo el mundo y todo el mundo le hacía confidencias. Además, era lista, desenvuelta, y le encantaba mezclarse en los asuntos ajenos. Descubrió quién era el asesino del hierofante y quisieron hacerla callar.

—¿Quien es, según tú?

Ella soltó una risita.

—Tienes donde escoger. Primero, la sacerdotisa de la plañidera.

—¡No es posible! Estaba muy afectada por la muerte de .loe.

Es una hipócrita. Es de dominio público que ella y el hierofante se detestaban. Siempre andaban con historias de jerarquías y enfrentamientos. Esta vez, la disensión debió de ser más seria que de costumbre y tomó medidas drásticas.

—Me cuesta creer que fuese ella. Se presentó de inmediato después del asesinato y con todos los sacerdotes.

—Si no lo hizo ella misma, utilizaría a un intermediario. Eso no la exime de responsabilidad. Pero no es la única sospechosa. El daduco viene el segundo en la lista.

En este caso, Titus estaba más dispuesto a creer en las acusaciones de la daeiritis. El personaje era, en efecto, desagradable. Se acordó de qué manera tajante había impedido que los jóvenes iniciados del altar llorasen a la desaparecida. Recordó también que, a raíz del asesinato, había visto acudir a la sacerdotisa, pero no a él. Hizo un gesto con la cabeza.

—¿Y por qué motivo mataría él al hierofante?

—Para ocupar su lugar, claro está. Habrá una elección y ya verás quién será el elegido.

Pero la daeiritis no había terminado, prosiguió:

—No obstante, si tuviese que apostar por el culpable, no lo haría por ninguno de ellos, sino por la sacerdotisa de Plutón. ¡Ésa sí que es mala de verdad!

—¿Cuál sería su móvil?

—Ninguno en particular. Simplemente, desea la muerte de todo el mundo. Se alegra cada vez que alguien muere, porque es una presa más para su amo. ¡Con mayor motivo un hierofante!

Titus no dijo nada. Volvió a ver el perfil de ave de presa de la sacerdotisa vestida de negro y escuchó las terribles palabras pronunciadas por ella en las exequias: «Bienvenida, te estábamos esperando...». No podía descartar la acusación de la daeiritis. El tono de ésta cambió bruscamente. Se volvió grave:

—¿Me harías una promesa?

—Por supuesto.

—Pienso que yo puedo ser la siguiente después de Cloe. Jura que me vengarás si es así.

Aunque desconcertado por semejante petición, Titus aceptó. Luego, viendo el sórdido panorama del templo y la cabra destripada que se convertiría en el sustento de la sacerdotisa en los días siguientes, añadió:

—Para añadir solemnidad a mi promesa, haré un sacrificio a Daeira.

De camino al templo, se había cruzado con un rebaño cuyos animales le habían parecido especialmente hermosos. Se dirigió hasta allí, compró la oveja más gorda y regresó con ella. La sacerdotisa se apresuró a buscar algas entre las rocas. Explicó a Titus que, dado que Daeira era una divinidad marina, las algas sustituían a las bandas con las que normalmente se adornaba a las víctimas. A continuación, con la misma habilidad de antes, cortó la garganta del animal y le extrajo las entrañas, que depositó sobre el fuego. Examinó el humo y declaró alegremente a Titus:

—Daeira predice tu triunfo. ¡Vengarás a Cloe!

Satisfecho, Titus le hizo otra pregunta:

—¿No dice nada sobre ti?

La daeiritis volvió a contemplar las volutas grises que ascendían hacia el cielo. Su rostro se ensombreció un instante, después se recuperó y declaró sonriendo:

—¡Me dice que tendré comida mucho tiempo!

Dos días más tarde, fue elegido un nuevo hierofante por los notables de Eleusis. Como el acceso era libre para todo el inundo, Titus asistió a la ceremonia que marcaba la asunción de funciones.

No esperaba encontrarse con semejante ceremonial. El hierofante, maestro de los Misterios, era la primera personalidad religiosa de Grecia y habían llegado delegaciones de todo el país. Las festividades, presididas por el arconte epónimo, no se desarrollaban en la explanada del santuario, sino en el puerto de Eleusis, más concretamente ante el templo de Poseidón situado encima de los muelles.

Gracias a Quinto de Ramnonte, que se mostró encantado de poder hacerle ese favor, Titus ocupó un sitio entre las personalidades y no se perdió nada del espectáculo. Al contrario de lo que había predicho la daeiritis, el nuevo hierofante no era el daduco. Era un hombre mayor de larga barba blanca e incontestable prestancia. Llevaba una túnica similar a la del daduco, con la diferencia de que los hilos de los bordados eran de oro y no de plata. Su corona era asimismo de oro y representaba unas espigas entrelazadas, los atributos de Deméter.

Durante un rato, los sacrificios se sucedieron frente al templo de Poseidón, al son de los cantos acompañados por flautas y liras. Luego se produjo el gran momento de la ceremonia. El hierofante poseía una característica única: su función era tan importante que sobrepasaba su persona y, una vez designado, perdía su nombre. Por esta razón, en un acto simbólico, con motivo de su investidura, debía, de acuerdo con la fórmula tradicional, «arrojar su nombre al mar».

Titus le vio trazar despacio unas letras sobre una tablilla de cera. Con ella en la mano, abandonó el templo a paso lento y se dirigió hacia el muelle. Allí le esperaba una barca. Ocupó su lugar, en pie en la proa, mientras dos remeros ponían la barca en movimiento. La embarcación se detuvo en aguas del puerto, a una distancia de unas cien brazas. Entonces, con un amplio gesto, el hierofante lanzó la tablilla a las olas al tiempo que estallaba una ovación.

Poco después, se encontraba de vuelta en el templo de Poseidón y recibía el homenaje de las personalidades presentes. Quinto de Ramnonte le presentó a Titus. También en esta ocasión, el prestigio de su apellido hizo que el importante personaje quisiera charlar unos instantes con él.

Titus le felicitó y le anunció que muy pronto tendría el honor de hacerse iniciar por él. el hierofante le dio las gracias y añadió:

—Si necesitas cualquier cosa, estaré encantado de serte

Titus no lo dudó. Tenía que aprovechar la buena disposición del hierofante. Brevemente, le contó que había sido testigo del asesinato de la joven Cloe y que se había ofrecido para llevar adelante la investigación en nombre de la madre, ya que ésta carecía de medios. El alto dignatario religioso elogió su conducta. Tenía una voz profunda y bien timbrada.

—Es muy generoso de tu parte. Haces honor a tu nombre. Pero no veo en qué puedo ayudarte.

Titus prefirió no mencionar a la daeiritis.

—Según algunos rumores que he oído tu predecesor podría haber sido envenenado. Cloe pudo descubrir algo al respecto y quizá por eso la mataron.

El hierofante hizo un leve gesto de asentimiento.

—Me informaré sobre el tema. Hablaremos de ello cuando nos volvamos a encontrar en los Pequeños Misterios.

Titus hizo una inclinación.

—Te doy las gracias desde lo más profundo de mi corazón...

Se interrumpió.

—¿Cómo debo llamarte, ahora que no tienes nombre?

—Debes llamarme Hierofante. Es lo que dicta la etiqueta.

—Te doy las gracias desde lo más profundo de mi corazón, Hierofante.

El nuevo dignatario religioso pasó a responder a las felicitaciones de los otros invitados. Después, el cortejo se encaminó al santuario a través de las calles de Eleusis. La sacerdotisa de Deméter iba al lado del hierofante y Titus se fijó en que era la única que parecía descontenta. Iba pendiente de que el sacerdote no la adelantase y procuraba mantenerse exactamente a su misma altura. Se acordó de las palabras de la daeiritis relativas a las cuestiones de jerarquía. En ese punto, tenía razón, pero no podía creer el resto. No se mata por una cosa así.

Aparte de que no servía de nada. Si faltaba un hierofante, otro le sustituía. Como ahora.

Se hacía estas reflexiones cuando una voz le devolvió a la realidad:

—¿Cómo es que el hierofante ha hablado tanto tiempo contigo? No eres más que un extranjero.

Titus se sobresaltó: tenía junto a él a la sacerdotisa de Plutón, con su túnica negra y, en torno al cuello, su collar en forma de serpiente. Le observaba con expresión indescifrable. Como respuesta a su pregunta, se presentó. Ella inclinó su cabeza con perfil de ave de presa.

—Es un honor conocerte, Titus Flaminius. ¿Sabes quién soy yo?

Titus recordaba haber escuchado su nombre a la daeiritis.

—Te llamas Mirto, creo.

—No es a eso a lo que me refiero. ¿Sabes de qué dios soy sacerdotisa?

Titus se sintió muy incómodo. A pesar de que era menos supersticioso que años atrás, había algo que le aterrizaba como a casi todo el mundo. Tenía la impresión de que si nombraba al dios de los infiernos, atraería la muerte sobre sí. Por eso los griegos nunca llamaban a su dios Hades, sino Plutón, que en su idioma quería decir «el rico», se sobreentendía que en almas. En cuanto a los romanos, habían convertido ese apelativo en el nombre de su divinidad infernal, aunque tampoco lo pronunciaban, empleando en su lugar todo tipo de perífrasis. Mortificado, Titus respondió:

—Eres la sacerdotisa de aquel en cuya morada habita mucha gente.

— ¿Y qué más?

Era un auténtico suplicio para Titus, pero no se atrevía a desairar a su temible interlocutora. Insistió:

—Me refiero a aquél al que se conoce por numerosos nombres.

En esta ocasión, Mirto se mostró francamente irritada. En su anguloso rostro, apareció una mueca.

—¿Pretendes insultar a mi señor, negándote a decir su nombre?

—No. Eres la sacerdotisa de Plutón.

—Entre nosotros, se llama Hades.

—Eres la sacerdotisa de Hades.

Titus esperaba ver abrirse la tierra a sus pies, pero no ocurrió nada parecido. Miró a Mirto, que exhibía una sonrisa irónica. No pudo evitar preguntarle:

—¿Por qué me exiges esto?

—Porque la muerte constituye el centro de tu búsqueda y debes acostumbrarte a ella.

—¿Qué quieres decir?

Mirto ignoró la pregunta y continuó:

—Supongo que has estado con la daeiritis y que te ha hablado mal de mí.

Le pareció inútil negarlo.

—No simpatiza con los sacerdotes del santuario.

—Es mi turno de hablar de ella y de darte un consejo: no juzgues a las personas por su apariencia.

Con estas palabras, se alejó. Mientras tanto, el cortejo había llegado a la explanada del santuario. Titus se rehizo de sus emociones. Creía haber acabado con los sacerdotes y las sacerdotisas, pero se equivocaba. Tan pronto como se alejó Mirto, Calias, el daduco, le abordó a su vez:

—¿Con qué derecho diriges tú, un no iniciado, la palabra a los sacerdotes? ¡Primero el hierofante y ahora la sacerdotisa de Plutón!

Un malévolo rictus hacía aún más antipática la expresión del hombre de la túnica plateada. Estaba visiblemente lleno de ira por no haber sido elegido y su despecho era tal que no conseguía disimular sus sentimientos. Titus contestó con tanta deferencia como pudo:

—Yo no les he dirigido la palabra. Han sido ellos los que han querido hablar conmigo.

Desdeñando su respuesta, el daduco le señaló las dos inscripciones sobre los muros que, en griego y en latín, prohibían el acceso a los profanos bajo pena de muerte.

—¿Ves lo que está ahí escrito? Has de saber que entre mis atribuciones está la de policía del santuario. Si sigues con tus artimañas, te haré detener y ejecutar sin juicio alguno. ¿Está claro?

Titus consideró que no servía de nada discutir. Se limitó a replicar, poniendo buen cuidado en mencionar el nombre de su interlocutor, para señalar la diferencia que existía entre éste y el hierofante:

—Muy claro, Calias.

El juramento que ahogó éste mientras se daba la vuelta le demostró que había tocado un punto débil.

Poco después, de camino a la posada, Titus pensó que ya era hora de regresar a Atenas. No hacía grandes progresos en Eleusis y echaba de menos las lecciones de Apolodoro, al igual que —debía confesarlo— la compañía de Ariadna. Si acontecía algo nuevo, lo sabría por boca del hierofante durante los Pequeños Misterios. Estaba deseando volver a encontrarse con él. Lo malo era que también se encontraría con la sacerdotisa de Plutón y el daduco, lo que resultaba mucho menos agradable.

LOS PEQUEÑOS MISTERIOS

Había llegado el mes de antesterion para los griegos, febrero para los romanos, cuando Titus Flaminius volvió a los jardines de la Academia. Antes, había estado en casa de Quinto de Ramnonte y le había puesto al corriente de sus pesquisas. Lomo esperaba, éste le confesó que no podía hacer nada por ayudarle. Las fuerzas policiales de las que disponía se dedicaban a mantener el orden, incluso a detener a un delincuente atrapado en flagrante delito, pero en ningún caso podían ser utilizadas para una investigación judicial.

Al llegar a la Academia, Titus vio a Bruto, que meditaba a solas bajo los olivos de Atenea, y se apresuró a reunirse con él. Le contó las conversaciones que había mantenido en Eleusis con todos aquellos religiosos y religiosas que eran, de momento, los únicos protagonistas de la historia, por no decir los únicos sospechosos. Como de costumbre, Bruto habló poco, limitándose a solicitar precisiones sobre tal o cual punto.

Finalmente, ambos llegaron a la misma conclusión: habría que esperar a ver qué decía el hierofante durante los Pequeños Misterios, que tendrían lugar dentro de quince días. Hasta entonces, no podían hacer nada más que seguir los cursos de Apolodoro. Bruto informó a Titus de que este último se ocupaba ahora del hombre en sociedad y pasaba revista a los distintos regímenes políticos.

Fueron a reunirse con los demás alumnos. Por el camino, Titus se fijó en que ya se alejaba el invierno. La vegetación, más precoz en Ática que en Roma, empezaba a despertar tímidamente. En algunos sitios habían brotado unas florecidas amarillas que no conocía. Aún no era el día de Core, pero se aproximaba. Se sumió en sus ensoñaciones. Debía admitir que, desde el comienzo de aquella aventura, las estaciones habían entrado en su vida. Hasta entonces, constituían un decorado más o menos indiferente; ahora se sentía íntimamente ligado a ellas y, como había dicho Ariadna, a partir de ese momento, lo estaría siempre.

Cuando se encontró con sus condiscípulos, a Titus le sorprendió que le pidiesen novedades acerca de la investigación. Sus compañeros romanos habían hablado del asunto al volver de Eleusis y todos estaban interesados. Incluso Apolodoro hizo una alusión, un poco irónica como de ordinario, dando la bienvenida «al defensor de las viudas y los huérfanos».

Las clases continuaron. Apolodoro comparaba ese día la democracia y la tiranía. Según su costumbre, como escéptico que era, se negaba a tomar partido y a conceder ventaja a ninguno de los protagonistas. Por una vez, Titus no estaba de acuerdo con él. Aprobaba la distancia que mantenía el director de la Academia respecto a los sistemas filosóficos, pero no podía secundarle tratándose de la política. La vida en sociedad decidía la fortuna o la desdicha de los hombres y no era posible permanecer neutral, y todavía menos indiferente, en ese terreno.

Titus veía como bullía Bruto a su lado. Estaba aún más implicado que él en política. Era su pasión, una pasión familiar, se podría decir. Uno de sus antepasados, Lucio Junio Bruto, había derrocado al tirano Tarquinio el *Soberbio*, último rey de Roma, y había fundado la República convirtiéndose en uno de los dos primeros cónsules. En cuanto a Bruto, se había hecho un juramento: si un romano, fuese quien fuese, aspiraba a la tiranía, le mataría. En estos tiempos agitados, en ocasiones dramáticos, que vivía Roma, no parecía en absoluto imposible que un día tuviese que poner en práctica aquella promesa.

Tras concluir su exposición, Apolodoro tenía la costumbre de dejar que su auditorio se expresara. Ni qué decir tiene que Bruto tomó enseguida la palabra para hacer un vibrante elogio de

la democracia. El maestro de la Academia escuchó sin hacer comentarios y otro alumno se levantó a su vez. Se trataba de Agatón, un griego engreído al que Titus ya había tenido que poner en su lugar.

Con un aire prepotente, declaró que la democracia era el mejor de los regímenes, ya que se fundaba en la palabra. Era en las asambleas donde se tomaban las decisiones. Él era un maestro de la elocuencia, incluso capaz de hacer que se impusiera la causa errada sobre la justa. Se volvió Lacia los romanos:

—Entre vosotros, en el Foro y el Senado, se dirime la suerte del mundo. Tomad lecciones conmigo y no desperdiciareis vuestro dinero. ¡Puedo hacer de vosotros los dueños de toda la tierra!

Continuó con una breve demostración, en la que enseñó la manera de ridiculizar a un adversario, de sostener un razonamiento errado, de disimular los propios fallos y debilidades mediante consideraciones ajenas al tema, etc. Concluyó afirmando que una vez que uno se había impuesto de este modo a los otros, podía permitirse todo, incluida la instauración de la tiranía.

En esta ocasión, fue Titus el que saltó. Replicó con rudeza a Agatón. Como abogado, consideraba que la palabra era sagrada. Utilizar la inteligencia y el talento para enmascarar la verdad le parecía un insulto a todos los que estaban allí presentes, empezando por Apolodoro. el maestro de la Academia procuraba enseñarles la forma en que las mentes más preclaras habían intentado explicar el mundo y ahora él pretendía que aprendiesen a mentir. ¡Con semejante disposición de espíritu, Agatón no tenía nada que hacer allí!

Esta salida fue muy apreciada por los asistentes, que manifestaron ruidosamente su aprobación. Se escucharon, incluso, algunos aplausos. Por su parte, Apolodoro no se desprendía de su eterna sonrisa, que a Titus le resultó esta vez exasperante.

Desde su llegada a la Academia, Titus no había acudido nunca a las instalaciones deportivas. No desdeñaba el esfuerzo físico, pero no estaba acostumbrado a practicarlo justo después del estudio. Ese día, sin embargo, bajo el efecto de la agitación producida por el altercado verbal, decidió ir a relajarse al gimnasio.

Quedaba a unos pasos del lugar en el que transcurrían las clases. Era una construcción imponente precedida de un pórtico. En la entrada se alzaban un altar y una estatua de Hermes. Representaba al dios alzando el vuelo, apoyado sobre uno de sus pies alados. Llevaba su tradicional casco y el caduceo en la mano derecha.

Tras atravesar la puerta, Titus accedió al vestíbulo. Era una sala muy grande, con un estanque circular de mármol verde en el centro. Unas canalizaciones captaban el agua del Cefiso, el río que riega Atenas, y ésta caía en cascada antes de deslizarse por el suelo.

Lo primero que se hacía al llegar era quitarse la ropa y quedarse totalmente desnudo —de hecho, gimnasia significa «lo que se practica desnudo»—. Titus había reparado en que los griegos, en general, se encontraban más a gusto que los romanos de esta guisa. Así que imitó su proceder y fue a lavarse en el agua de la fuente. A continuación, de acuerdo con la costumbre, se dirigió hacia una de las vasijas llenas de aceite, tomó un recipiente y se frotó todo el cuerpo. Luego se encaminó a un contenedor con arena y arrojó sobre sí unos cuantos puñados. La práctica estaba destinada a proteger el cuerpo de los excesos del clima durante el ejercicio, después del cual había que lavarse de nuevo.

Cruzó la segunda puerta del vestíbulo y penetró en la parte principal del gimnasio, la palestra, el terreno deportivo propiamente dicho. Era un enorme cuadrilátero al aire libre, rodeado de altos muros para evitar que los aparatos arrojados pudiesen herir a alguien. Ya había varios alumnos. Le sorprendió la presencia de un flautista que interpretaba su música al ritmo de los ejercicios. El acompañamiento les otorgaba cierto aire de ballet.

Titus no sabía qué modalidad escoger. Renunció a las que precisaban una técnica más complicada. Admiraba la maestría de sus condiscípulos griegos en éstas. Observó dos discóbolos que giraban sobre sí mismos con destreza y un lanzador de jabalina, cuyo lanzamiento, realizado con ayuda de un propulsor de cuero enrollado en la empuñadura, le pareció más difícil aún. Seguía dudando cuando sonó una voz cerca de él:

—¿Quieres luchar conmigo?

Reconoció a Lycos, el joven al que Apolodoro había hecho pasear con una cesta de pan el día en que les había hablado por primera vez de Deméter. Le sonreía con timidez. Titus sopesó la propuesta. Aunque bien formado, era todavía un adolescente; al lado de Titus, que poseía una constitución atlética, parecía casi delgado.

—Eres demasiado joven; no sería un combate equilibrado. ¿Qué edad tienes?

—Quince años. Pero soy rápido. Y, en cualquier caso, no peharemos de verdad.

Titus aceptó. Después de todo, la lucha sería una excelente manera de desfogarse. Las reglas eran las mismas en Grecia que en Roma: se trataba de colocar los dos hombros del adversario en tierra. Los contrincantes se enfrentaron. Titus había pensado que le ganaría fácilmente, pero Lycos tenía razón: era ágil. Tenía problemas para agarrarle y se le escapaba continuamente, tanto más porque el aceite que le cubría le volvía escurridizo como una anguila. Al final, con una zancadilla inesperada, Lycos consiguió tirarle. Su error fue continuar el combate en el suelo, gracias a lo cual Titus pudo imponerse con facilidad.

Se levantaron y Titus felicitó a su adversario. Lycos exclamó alegremente:

—Vamos al estadio. ¡Seguro que en una carrera te gano!

Titus aceptó de nuevo. Abandonaron el gimnasio y se dirigieron al estadio, que se hallaba un poco más lejos, detrás de un bosquecillo de acacias. el tiempo era cambiante y el cielo, como ocurría a menudo en invierno, estaba cubierto de nubes blancas que empujaba el fuerte viento. Titus, que no estaba acostumbrado a ir desnudo, se estremeció.

El estadio, en forma de anillo alargado de unos ciento veinte pasos, estaba recubierto de una mezcla en buen estado de ceniza y arena apisonadas. En el extremo de la pista se alzaban dos columnas truncadas que había que rodear.

Ambos se colocaron en la línea de salida y salieron disparados. En realidad, no hubo carrera. Aunque Titus era rápido, se vio irremediamente sobrepasado. Hizo acopio de todas sus fuerzas para reducir la distancia, pero no le sirvió de nada. El muchacho dio la vuelta al estadio con casi medio recorrido de ventaja. Sin aliento, Titus le felicitó de nuevo. Lycos no parecía afectado por el esfuerzo.

Titus descubrió que estaban cerca del templo de Eros, al que hasta entonces no había prestado atención. Le pareció precioso. Tenía forma redondeada, estaba rodeado por una columnata y apenas superaba la altura de un hombre. Dentro, el joven dios del amor permanecía sobre un pie, como el Hermes del gimnasio, y con aire malicioso apuntaba con su flecha. El donante que mandó construirlo había hecho grabar una inscripción en el pedestal: «Eros de las mil artimañas, Charmos te ha consagrado este altar cerca de los sombreados límites del estadio».

De pronto, Titus se volvió hacia Lycos y descubrió que tenía una expresión extraña y triste. Pensó que se debía a que estaba más cansado de lo que aparentaba por la carrera. Pero, precipitadamente, Lycos soltó:

—¿Quieres ser mi erastes?

Como Titus no decía nada, prosiguió:

—Estar ante el templo de Eros me ha dado valor para hablar, pero hace tiempo que quería decírtelo. Te admiré desde el primer momento y no porque seas descendiente del héroe que nos liberó. ¡Eres tan noble y generoso! ¡Has hablado tan bien hace un momento! Nadie me puede enseñar la vida mejor que tú.

Titus contemplaba desconcertado al joven, que se expresaba con vehemencia. Le traía a la memoria viejos recuerdos. Cuando tenía doce años, su padre, para protegerle de eventuales tentativas de seducción, le había prevenido frente al «amor griego». Entre los griegos, la relación ideal comprendía un hombre adulto, el erastes, y un muchacho de doce a dieciocho años, el erómeno. El adulto instruía y protegía a su efebo, unido a él por la admiración y el agradecimiento. Titus no había prestado mucha atención a aquellas lecciones, ya que desde muy joven le habían gustado las mujeres. Nunca se había sentido atraído por los chicos, ni él les había atraído a ellos. Y acababa de pasar: Lycos se había enamorado de él.

El adolescente aguardaba su respuesta con el corazón saliéndosele del pecho. Tan suavemente

como pudo, ya que no tenía motivos para ser brusco con él, Titus le contestó por fin:

—No puedo, Lycos.

—¿No te gusto?

No es eso. No me gusta ningún chico. No es mi estilo. Sencillamente es así, no puedo explicártelo.

Lycos no esperaba semejante rechazo. Su rostro estaba pálido y parecía a punto de echarse a llorar. Haciendo un visible esfuerzo, logró sonreír.

—No importa. Querría pedirte otra cosa. He sabido que estás investigando la muerte de una chica. Permíteme ayudarte. Puedo serte útil, ya verás. Solamente eso. Te juro que no volveré a mencionar lo de antes.

Titus no tuvo dudas. Lycos era muy joven para correr ese riesgo y, pese a todo, la situación habría resultado incómoda. Una vez más, tuvo cuidado de no herirle:

—Lo siento mucho, Lycos; no es posible.

El muchacho soltó un profundo suspiro, regresó a la pista y se puso a correr. Titus se quedó mirándole un momento; luego desvió la mirada y, desconcertado, echó un vistazo al templo de Eros. El pequeño dios de las mil artimañas, como decía la leyenda del pedestal, era sin duda el más impredecible de todos. En ese momento, se dio cuenta de que la flecha estaba dirigida directamente a él. El arquero le recordaba así la muerte de Cloe. Más aturdido de lo que le habría gustado, volvió al gimnasio para lavarse en la pileta y recuperar su ropa.

En aquella mañana del 19 de antesterion, los Pequeños Misterios, que se desarrollaban en Atenas a diferencia de los Grandes, que tendrían lugar en Eleusis seis meses más tarde, estaban a punto de comenzar. No era necesario estar personalmente implicado en el acontecimiento para darse cuenta. Un especial revuelo se había apoderado de la ciudad desde la víspera. Miles de hombres y de mujeres habían llegado de la región de Ática y de toda Grecia para participar. Se podía reconocer a los beocios con su sombrero de anchos bordes, a los arcadianos con túnicas de lana de color amarillo pálido, a los espartanos vestidos de simple paño... Había, además, muchos romanos, incluso militares venidos de Corinto, donde se encontraba la principal guarnición.

El punto de reunión era el Iliso, un pequeño afluente del Cefiso, que atravesaba la capital. Titus fue acompañando a Quinto de Ramnonte, que como primer magistrado acudía en representación de las autoridades civiles. Al llegar al lugar, Titus experimentó una emoción particular. En aquellas orillas, Sócrates tenía costumbre de dialogar con unos y otros. Desde luego, Grecia era un país aparte. Prácticamente en cada sitio surgía el recuerdo de los dioses o de los grandes hombres.

No se podía decir que en aquel instante reinara una serenidad propicia para los intercambios filosóficos. Las orillas estaban invadidas por una multitud pululante y gesticulante. Nada difería más de la idea que uno podía hacerse de una ceremonia iniciática situada bajo el signo del secreto. A Titus le asombró, sobre todo, la gran cantidad de niños. Toda una patulea de críos que reían y se peleaban. Le resultaba inconcebible: ¿qué podían comprender de los Misterios a esa edad? Lo cierto era que Cloe había sido iniciada a los cinco años. Era la tradición impuesta por Deméter y había que respetarla.

Titus avanzó por la ribera buscando a sus condiscípulos. Mientras miraba hacia otro lado, chocó con un hombre que venía en su dirección. Se disculpó y se fijó en la curiosa apariencia del individuo. Vestía únicamente una especie de falda corta, botas y un grueso collar de cobre rojo. Titus no pudo contener su curiosidad:

—¿De dónde procedes que vas así vestido?

—De Cefisia, no lejos de aquí. Llevo botas porque trabajo en el campo y el collar me lo puso mi amo.

—¿Eres esclavo?

—Sí, pero ni mi dueño ni nadie puede impedirme estar aquí. Lo dijo la diosa.

Titus continuó su marcha, pensativo, cruzándose en el camino con otros niños, otros esclavos, también con mujeres. Le sorprendía ver tan pocas por las calles de Atenas, pero allí eran tantas como hombres. Había de todo: madres de familia, muchachas, ricas burguesas cubiertas de joyas,

campesinas de piel quemada ataviadas con las telas más bastas... Titus paseó largo rato entre la muchedumbre. Una vez superada la sorpresa inicial, no le desagradaba lo que veía. el abigarrado cuadro que tenía ante sus ojos, no sólo no restaba valor a los Misterios, sino que significaba que estaban abiertos a la humanidad entera. Su respeto por ellos se acrecentó aún más.

—¡Titus!

Bruto acababa de verle y le llamaba alegremente. Corrió hacia él y le saludó, así como a Publio Volumnio y a Estratón.

También se encontraban allí varios alumnos griegos de la Academia. Un poco más lejos, divisó al joven Lycos, que no se atrevía a mirar en su dirección y bajaba la cabeza incómodo. Creyó que debía mostrarle su aprecio y fue hacia él para darle una amistosa bienvenida. También estaba entre ellos Agatón, pero juzgó inútil saludarle.

En ese instante se produjo una gran algarabía. A una señal del arconte, los soldados formaron un cordón que separaba el grupo de los candidatos a la iniciación del resto de los atenienses, que no tenían derecho a acercarse ni a escuchar nada. Al mismo tiempo, hicieron su aparición los sacerdotes de Eleusis. Titus sintió una punzada en el corazón. Todo lo que iba a suceder era desconocido para el resto de los mortales. Los Misterios acababan de comenzar.

Una serie de ayudantes al servicio del santuario instalaron un estrado en una de las orillas. La multitud permanecía en el lecho del río, ya que el Iliso, que estaba casi seco, no representaba ningún peligro. Sucesivamente, ocuparon su posición en la tribuna el hierofante, con su túnica de oro y la corona en forma de espigas de trigo, el daduco, con sus ropas plateadas y su aire de eterno segundón, la sacerdotisa de Deméter, que sobresalía por su alto peinado, y finalmente, Mirto, una silueta negra de perfil inquietante. La multitud, tan agitada y ruidosa un momento antes, enmudeció de golpe. En medio de un silencio religioso, se elevó la voz profunda del hierofante.

—Todos los que aquí estáis para iniciaros, escuchad los preceptos a los que deberéis someteros tanto hoy como el día de los Grandes Misterios. De no acatarlos, deshonraríais a la diosa y os expondríais a su castigo.

Entre el público, la atención llegó a su punto álgido. Con los pies en el agua y los ojos fijos en aquel que había perdido su nombre, Titus no se perdía una palabra.

—Absteneos de probar la granada, ese execrable fruto que perdió a Core. No toquéis las judías: Deméter, que dio a los hombres todas las verduras, la considera aborrecible. También os rechazaría como impuros si comieseis esos miserables pescados que son la anguila y la lamprea. Por el motivo opuesto, renunciad al salmónete, ya que su abundancia es agradable a ojos de la diosa. Respetad los huevos y las aves domésticas: están bajo su protección y vela por su propagación. Pero esto no es todo. Lo que viene a continuación es aún más importante...

El hierofante elevó un tono su hermosa voz grave:

—Desde ahora hasta los Grandes Misterios, no podréis cometer homicidio. Y no hablo sólo de crímenes, sino de arrebatar la vida a alguien, sea cual sea la razón, aunque sea para proteger vuestra vida o en la guerra. Me dirijo en particular a los soldados romanos que veo allí. Si les espera un combate, deberán renunciar a la iniciación. No olvidéis que al mismo Heracles se le negó el acceso a los Misterios porque había matado a los centauros, por muy noble y valerosa que fuese su acción.

Las últimas palabras provocaron una intensa contrariedad en Titus Flaminius. Le concernían directamente. A causa de su investigación, se veía inmerso en una empresa que podía ser arriesgada. Existía la posibilidad de que en algún momento su vida corriese peligro. En tal caso, tendría que procurar no matar a su agresor. Eso hacía las cosas más delicadas. No se planteaba echarse atrás en su promesa a Filis, pero tampoco deseaba renunciar a los Misterios.

El hierofante casi había concluido. Señaló el río en el que se agolpaba la gente.

—Ahora os pido que procedáis a las abluciones rituales en las aguas del Iliso. Así purificados, podréis participar en las ceremonias que os aguardan.

Estas palabras tuvieron el efecto de liberar al gentío, que en medio de alegres gritos se precipitó hacia el río. Se produjeron empujones, ya que no quedaban más que algunas pocas charcas y los finos regueros de agua que las unían entre sí. Los ayudantes del santuario, que circulaban entre los

peregrinos, les explicaban que sólo se trataba de una aspersión simbólica. Después de mojarse más o menos las manos y la cara, cada uno ocupó su sitio en el cortejo, que se puso en marcha siguiendo a los sacerdotes de Eleusis.

Los candidatos a los Misterios atravesaron en procesión una parte de Atenas. Iban escoltados a distancia por los soldados de Quinto de Ramnonte, encargados de alejar a los curiosos. No obstante, era tanto el respeto que rodeaba los Misterios que nadie osaba acercarse.

Aunque Titus no conocía los ritos que vendrían a continuación, sabía como los demás adónde se dirigían: al templo de Deméter y Core, que se encontraba en Agra, un barrio de Atenas. Decidió que era el momento de abordar al hierofante. Resuelto, se colocó a la cabeza del cortejo. Al verle aproximarse, el daduco se dirigió hacia él furioso, pero su superior le detuvo con un gesto e invitó amablemente a Titus a colocarse a su lado:

—Has hecho bien en venir a mi encuentro. Quizá haya descubierto algo, pero necesito hacer una comprobación.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Es un hecho preocupante, pero como no está confirmado prefiero no hablar del tema. Todo lo que puedo decirte es que hasta ahora he estado ocupado con mis nuevas funciones. Me consagraré al asunto, que me interesa tanto como a ti, porque también nos concierne.

—¿Cuándo crees que tendrás alguna novedad?

—Pronto. Te lo haré saber.

No había nada que añadir. Titus hizo una profunda reverencia a su interlocutor y volvió a ocupar su lugar entre la multitud. Debía convertirse de nuevo en un simple aspirante a la iniciación, ya que estaban cerca de Agra y el templo de Deméter y Core no quedaba muy lejos.

Como el de Eleusis, el templo de Agra estaba cerrado al público. Estaba rodeado por murallas con pesadas puertas de bronce que aparecían abiertas de par en par. La muchedumbre se agolpó en el recinto, apenas lo bastante amplio para dar acogida a todo el mundo. Los presentes siguieron la ceremonia ligeramente apretados.

Los sacerdotes se habían situado en la escalinata del templo, cuyas puertas, también de bronce, permanecían cerradas. Primero, hubo un largo intermedio consagrado a los sacrificios a Deméter, Core y Plutón. Al son de la flauta y de la lira, vacas y terneros blancos fueron inmolados sucesivamente a la diosa y a su hija. Luego, llegó el turno de las tres cabras negras en honor a la sombría morada de Hades. Por fin, después de examinar las entrañas y tras juzgar favorable el resultado, el hierofante tomó de nuevo la palabra para desvelar la primera enseñanza secreta de los Misterios.

Ésta concernía a Dioniso. Según una tradición, conocida sólo por los iniciados, Dioniso, dios de la viña, era el hijo secreto de Deméter, y su madre y él estaban inextricablemente unidos. Era fácil comprenderlo, ya que el pan y el vino eran los dos principales alimentos de los hombres. Pero Dioniso no era sólo el dios del vino, sino el del éxtasis y los delirios inspirados... Gracias a él, los futuros iniciados podrían emprender el camino al más allá y llevar a buen término su meditación sobre el destino del alma. Para concluir su discurso, el hierofante les explicó, además, que Dioniso dirigía la primera jornada de los Grandes Misterios bajo su nombre secreto, *taco*.

Después de pronunciadas estas palabras, a cada uno de los participantes se le entregaron dos pasteles hechos de avena, miel y agua del mar. El hierofante les aclaró que debían ofrendarlos a Deméter y Core depositándolos ante sus estatuas. Añadió:

—Seréis los primeros en ver la nueva estatua de Core encargada por mi predecesor. Es obra de Filebo.

El anuncio provocó un rumor en parte de la concurrencia. Publio Volumnio, que estaba justo al lado de Titus, soltó un auténtico grito. Titus se extrañó de su reacción:

—¿Conoces a Filebo?

—Claro que sí. Es el más grande de todos. ¡Un genio!

—¿Qué tienen de particular sus estatuas?

—¡Están vivos!

—¿Cómo?

Publio se animó de repente. A pesar de su corpulencia y su rostro un poco fatigado de vividor, bajo el efecto de la pasión adoptó una apariencia casi juvenil.

—¿Has visto planear un águila? A simple vista, está inmóvil, pero si observas bien el extremo del ala ves que tiembla levemente. ¡Así es Filebo! Si te fijas en una parte de una de sus estatuas, en los labios, por ejemplo, al cabo de un rato los ves moverse imperceptiblemente. ¡Están vivos!

A Titus le agradó la imagen. Estaba impaciente por descubrir a la nueva Core. Preguntó a su compañero:

—¿Tú le has comprado alguna estatua?

—Por desgracia, eso es imposible. Filebo trabaja en exclusiva para los templos. No vende a particulares. Podría ganar una fortuna si quisiese, pero el dinero no le interesa.

En ese instante se abrieron las puertas. En medio del desorden que siguió, Titus no podía ver nada. Se limitaba a avanzar con los demás. Impaciente, Publio Volumnio se abrió paso a codazos y le llevaba alguna ventaja.

No tardó en acceder al templo y, pese al ruido de la multitud, Titus le oyó soltar una exclamación. Al poco, volvió hasta donde estaba Titus con aire atónito. Titus no dejó de sorprenderse del efecto que podía provocar en su condiscípulo una obra de arte.

—¿Tan extraordinaria es?

—No, es que... En fin, tal vez me equivoque. Ve a verlo tú mismo.

Titus llegó delante de la estatua de Core y se quedó boquiabierto. No era a causa de su belleza por lo que Publio Volumnio había reaccionado así, aunque era en verdad admirable. ¡La estatua de Core representaba a Cloe! No había la menor duda: era la cara de la muchacha que les había servido en el mesón, la que había visto muerta en la nieve y había velado en compañía de su madre. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué prodigio era aquél?

Titus permanecía inmóvil, con los brazos caídos. Se había olvidado de los dos pequeños pasteles. Los que esperaban su turno detrás empezaban a impacientarse. Dejó de inmediato su ofrenda y se dirigió a uno de los servidores que había por allí.

—¿Dónde está Filebo?

—No lo sé. No ha venido. Y no es normal, porque tendría que estar aquí. Debe de estar enfermo.

—¿Sabes dónde vive?

—Seguramente en el barrio de Cerámico. Allí es donde viven todos los escultores.

Titus Flaminius no hizo más preguntas. Se abrió camino entre los asistentes y salió del templo de Deméter y Core. Los Pequeños Misterios habían concluido y ya no tenía nada que hacer allí. Debía encaminar sus pasos a Cerámico. Y tenía la sensación de que era urgente.

LAS INCERTIDUMBRES DEL ALMA

Había un largo camino de Agra a Cerámico. A Titus le llevó un rato llegar a aquel barrio residencial cercano a la Academia. Fue sencillo encontrar el domicilio de Filebo: todos conocían a un artista de su talento.

La vivienda se alzaba al fondo de un jardín descuidado en el que las malas hierbas alternaban con las piedras. Titus esperaba que le recibiese algún esclavo, pero no vio a nadie. La casa en sí era modesta, de una sola planta, aunque de techos altos, y con una gran abertura en la pared sin ventana. Llamó, pero no hubo respuesta. Entonces, empujó la puerta, que no estaba cerrada, y entró.

Se encontró en el taller del escultor. Había varios bloques de mármol blanco intactos de distintos tamaños y una única estatua empezada. Sólo estaba acabada la cara. Era la misma de la Core del templo, aún más hermosa, más resplandeciente, pero el cuerpo estaba apenas esbozado. Era difuso, indeterminado y producía una impresión cautivadora. Parecía una aparición...

Titus llamó de nuevo, sin resultado. Una sola habitación abarcaba todo el espacio. En un rincón se veía la cama, en otro, la mesa. El ocupante del lugar parecía estar ausente desde hacía algún tiempo. Una capa de polvo lo cubría todo, incluso la estatua. Hacía un mes, quizá más, que Filebo no aparecía por allí.

Titus salió de la casa. La única manera de averiguar algo más era interrogar a los vecinos. el más cercano estaba en su jardín, trabajando la tierra. Era un hombre mayor, de cuerpo contrahecho, que cojeaba.

—Busco a Filebo. ¿Sabes dónde está?

El tipo le echó una ojeada y siguió trabajando.

—No.

—¿Hace mucho que no le ves?

—Un tiempo.

—¿Iba acompañado de una joven de unos quince años?

—No lo sé. Yo no me entrometo en lo que hacen mis vecinos.

No valía de nada insistir. El hombre no hablaría y Titus habría jurado que no se debía a su mal carácter: por un breve instante percibió su mirada y pudo leer el miedo en ella. Sí, era miedo, sin duda. Titus lo confirmó tras interrogar a otros habitantes de la zona. Todos respondían con breves evasivas y mostraban la misma expresión inquieta. Pensó que tal vez averiguara algo mediante uno de sus colegas y preguntó dónde podía encontrar a algún otro escultor. Le señalaron la morada de Calímaco, que no quedaba muy lejos.

Su casa era lo contrario de la de Filebo: opulenta y ostentosa. Se accedía a ella por una escalinata con columnas. Un educado esclavo le recibió en el vestíbulo y Titus le dijo que quería ver a Calímaco. El criado hizo una profunda reverencia.

—Por tu voz veo que eres romano. Mi amo se sentirá honrado con tu visita.

Le hizo pasar a un enorme taller decorado con refinamiento. Dentro reinaba una intensa actividad. Tres jóvenes ayudantes esbozaban en el mármol estatuas de discóbolos. el escultor en persona se encargaba de rematar otro cincelandos las facciones. Al entrar Titus, abandonó su tarea para saludarle calurosamente.

—¿Qué deseas? Aquí encontrarás todo lo que quieras, todos los temas, todas las dimensiones, todos los colores del mármol. ¡Y mis precios son los mejores de Atenas!

—No se trata de eso. Busco a Filebo. He pensado que podrías decirme algo...

Al instante, el rostro de Calímaco se volvió hermético.

—¿Para qué le buscas? No vende a particulares. Sólo crea para los templos.

—Lo sé, pero vengo de su casa y ha desaparecido. ¿No sabes nada de él?

—¿Por qué iba a saberlo? No nos tratamos. Ahora, disculpa, tengo trabajo.

Titus regresó de Cerámico muy preocupado. De pronto, su investigación había dado un giro. Hasta ese momento se había centrado en Eleusis, pero ahora se orientaba hacia Atenas. Filebo conocía a Cloe, y desde hacía tiempo, ya que había hecho dos estatuas de ella. A menos, evidentemente, que se tratase de alguien que se le parecía. Al escultor le había sucedido algo grave: su prolongada ausencia y el temor que parecía reinar en torno a él no presagiaban nada bueno. ¿Había sido secuestrado, asesinado? ¿Había huido por una razón desconocida? Otras tantas preguntas que venían a sumarse a las que tenía ya planteadas. Además, no podía engañarse respecto a otro elemento que le desazonaba: Cloe había reaparecido en forma de estatua de Core. Se mantenían, e incluso se acentuaban, los extraños vínculos entre el crimen y el mito.

Al día siguiente, Titus Flaminius se presentó ante el santuario de Eleusis. Cuando se dirigió a los centinelas de la entrada, albergaba ciertas dudas. Las amenazas del daduco no debían ser tornadas a la ligera. ¿Le detendrían y encerrarían o quizá algo peor? En cualquier caso, no tenía elección. Drió su nombre y pidió ver al hierofante. Comprobó, aliviado, la deferente actitud de los soldados. Le informaron de que este último le esperaba y fueron a avisarle.

Poco después, el jefe religioso vino a su encuentro. Titus nunca le había visto sin su hábito de gala. Llevaba una larga túnica blanca, no carente de elegancia. Titus le puso al corriente de los sucesos de la víspera. Al enterarse, el sacerdote pareció preocupado.

—Lo que tenía que decirte se refiere precisamente a Filebo. Le vieron en el santuario el día de la muerte de Cloe. Ayer no estaba seguro, pero acaban de confirmármelo.

—¿Qué vino a hacer?

—Tenía que ver al hierofante. Debido a la enfermedad de éste, no pudo ser.

—¿Por qué quería verle?

—Supongo que por algo relativo a la estatua.

El religioso cambió de tema:

—Has mencionado el posible envenenamiento de mi predecesor, pero estoy convencido de que no hay nada de eso. Hacía mucho que estaba enfermo. Su muerte fue natural.

El hierofante concluyó que, en su opinión, la verdad no estaba en el santuario, sino en Filebo y el entorno de los escultores. No obstante, si se enteraba de algo nuevo, se lo haría saber.

Titus Flaminius no tuvo ocasión de reflexionar sobre lo que le acababa de contar el sacerdote. Instantes después, se encontraba en la posada de Filis. Ésta puso el grito en el cielo cuando escuchó que, a escondidas, Cloe servía de modelo a Filebo. Se lo habría dicho. ¡Su hija no le ocultaba nada! Titus decidió hacerla partícipe de algo que le rondaba la cabeza desde hacía tiempo:

—Muchas madres imaginan, equivocadamente, que conocen a sus hijas. Puede que hubiese una parte de la vida de Cloe que tú desconocías.

—¡Imposible!

—¿Qué sabes de lo ocurrido en sus viajes a Atenas?

—No iba nunca a Atenas, excepto para las Panateneas y algunas grandes fiestas, y yo la acompañaba.

—¿Cómo explicas entonces la presencia de Cloe en casa de Filebo?

—Es alguien que se le parece. No es ella.

—Y Filebo estaba presente el día de su muerte. ¿No te parece extraño?

—No lo sé... Pero sé una cosa: Cloe no conocía a ese escultor. ¡Es imposible!

Por mucho que Titus insistió, hizo sugerencias, pidió a Filis que reflexionase, ella se mantuvo firme. Era inútil obstinarse. De momento, no avanzaría más en Eleusis. Regresó a Atenas, donde ahora se situaba la mayor parte del misterio.

Titus Flaminius repartió los días siguientes entre los cursos de la Academia y sus indagaciones. Fue

varias veces al barrio de Cerámico, pero no sacó nada en claro. La casa de Filebo seguía abierta y desierta: la capa de polvo, intacta salvo en los lugares que él había tocado, indicaba que había sido el único en franquear la entrada. Había pedido ayuda al arconte para buscar al desaparecido. Aprovechando su posición, éste había realizado algunas pesquisas, aunque sin el menor resultado. No había rastro del escultor, ni vivo ni muerto. Había que rendirse a la evidencia: Filebo había sido visto por última vez en Eleusis el día de la muerte de Cloe, cuando había acudido a ver al hierofante. Luego, parecía haberse volatilizado.

Sin embargo, las incursiones de Titus en el barrio de los escultores aportaron un elemento nuevo, si bien poco alentador. Tenía el convencimiento de que le seguían y espiaban. En varias ocasiones, sintiendo una presencia detrás de él, se volvió y descubrió a unos individuos que le observaban desde lejos. Por un lado, eso probaba que estaba sobre una buena pista, pero no podía evitar acordarse de los Pequeños Misterios. ¿Qué haría si le atacaban? La sensación de peligro no le abandonó a partir de ese momento.

Se produjo un incidente aún más curioso. Un día que salía de casa de Filebo, vio a Publio Volumnio discutiendo con alguien. Le llamó, pero su compañero dejó allí a su interlocutor y huyó. De vuelta en la Academia, Titus le pidió explicaciones, pero el otro negó haber estado nunca allí. Titus no insistió y añadió aquel enigma a los que se acumulaban desde el principio de su investigación.

En medio de aquel torbellino de acontecimientos, la presencia de Ariadna representaba un factor de estabilidad y sosiego. Cuando no leían a Homero, hablaban de mil cosas, mientras ella bordaba el velo de la diosa. ¿Estaría enamorándose de él? Titus pensaba que sí. Estaba demasiado bien educada y era demasiado pudorosa para demostrarlo, pero algunos detalles, cierto azoramiento, parecían confirmarlo.

Mientras conversaban, él miraba los finos dedos que cubrían con oro el manto de lino blanco. Ariadna, como su tocaya mitológica, tenía por símbolo el hilo y Titus pensaba que lo mismo sucedía con todas las mujeres. Intentan atraer al elegido de su corazón utilizando todos sus encantos, todos sus sortilegios. En cierto sentido, todas son magas, como Calipso, que retuvo a Ulises en su isla. Los hombres, en cambio, sueñan con partir hacia otros horizontes, otras aventuras. Las unas aspiran a retener, los otros a escapar. A eso juegan los dos sexos desde que el mundo es mundo.

Poco después, ella pidió a Titus que la acompañara a la Acrópolis. Le explicó que su hermana Iris tenía muchas ganas de conocerle. Como arréfora, no podía abandonar el lugar donde se alojaba, cerca del Erecteión. Titus aceptó gustoso.

Experimentó una impresión extraña paseando al lado de Ariadna. Era realmente sorprendente verla fuera del entorno privado, femenino y un poco asfixiante, que constituían su habitación y la compañía de las ergastinas. Se comportaba de manera distinta, más libre, más alegre. Llevaba un ramo de olivo que quería ofrecer a Atenea y lo apretaba contra su pecho, en un gesto no carente de sensualidad.

No tardaron en subir la suave pendiente que llevaba a la Acrópolis y atravesaron la majestuosa entrada de los Propíleos. Titus los admiraba especialmente, porque eran únicos. Podían verse hermosos templos en otros lugares, pero aquella especie de avenida enmarcada por columnas y cubierta de mármol, que separaba el espacio profano del sagrado, no existía más que en Atenas.

Cuando estuvieron al otro lado, Ariadna le confió:

—¡Siempre que vengo tengo la sensación de estar en un barco!

Titus asintió con la cabeza. Era verdad. La Acrópolis se parecía a un barco que se desplazase sobre el Ática sin moverse. Además, la colina, esculpida de modo rectilíneo en la roca, tenía una forma un poco alargada. Hacia el sur, a la derecha, se extendía el mar; a la izquierda, los campos y el camino a Maratón, que, en la distancia, podrían haber pasado también por olas; y delante, el Licabeto dominaba el conjunto desde su altura, como una isla.

Ariadna señaló la enorme estatua en bronce de Atenea Promacos, justo delante de ellos. Sus

reflejos daban la bienvenida a los marineros cuando doblaban el cabo Sunion y les anunciaban que habían regresado con bien a puerto. Se expresaba de modo fervoroso y apasionado a la vez.

—Estamos en los dominios de Atenea. ¡Estoy en casa!

Le condujo hacia el Partenón, templo de la diosa virgen, en cuyo interior destacaba la inmensa estatua cubierta de oro y marfil, obra maestra de Fidias. Atenea estaba en pie, con la mano izquierda posada en su escudo mientras la derecha tendía una efigie alada de la Victoria. Nada igualaba aquella maravilla, que se alzaba en la penumbra del templo. Aunque había estado allí más de una vez, a Titus le costaba dejar de mirarla. Una vez se había visto aquello, todas las Minervas romanas parecían pobres copias.

Al salir, su mirada se dirigió hacia el frontón que representaba el nacimiento de la diosa. Se la veía surgir armada y con casco del cráneo de su padre Zeus. Nunca había presenciado una manifestación más clara del poder de aquel símbolo. Atenea, diosa intelectual, nacida de la cabeza de un hombre y no del vientre de una mujer, dominaba el mundo desde la Acrópolis y lo explicaba mediante la razón. Ariadna estaba contemplando el friso que rodeaba el templo y representaba el desfile de las Grandes Panateneas.

—El próximo verano encabezaré la procesión con Iris. ¿Te gustaría acompañarme?

Titus respondió que nada le produciría más placer, pero otro pensamiento cruzó su mente: ¿en qué punto estaría su investigación el próximo verano? ¿Mantendría la solemne promesa hecha a Cloe y a Filis mientras empuñaba la lanza? Ariadna seguía sosteniendo el ramo de olivo. Dijo sorprendido:

—¿No se lo has dado a Atenea?

Su amiga sonrió.

—No lo destino a la del Partenón, sino a la otra, a la que lleva el peplo.

Llegaron a un templo contiguo al Erecteión, que no tenía nada en común con el que acababan de dejar. Mientras que el primero era grande y majestuoso, éste era minúsculo y sencillo. En el centro se alzaba otra estatua de la diosa, la de Atenea Poliade, protectora de la ciudad.

Era de madera y apenas superaba la talla humana. Lucía un manto de lino, su actual peplo, que Ariadna y las ergastinas reemplazarían. Tenía ya casi cuatro años y estaba desgastado por el paso del tiempo y la intemperie. Y, sin embargo, era a sus pies donde los fieles acudían a depositar sus ofrendas. La colosal efigie de oro y marfil del Partenón suscitaba su admiración, pero la desmañada efigie de madera recibía sus plegarias y su fervor.

Ariadna se acercó con sus ramas. Titus le pidió alguna para sumarse a la ofrenda. Las depositaron juntos. el gesto hizo que se rozasen sus mejillas y él la sintió temblar. Con cierta brusquedad, sin duda para disimular su turbación, ella exclamó:

—¡Vamos a ver a Iris!

Le indicó una casita cuadrada, rodeada de un muro, que se levantaba detrás del Erecteión. Mientras hacían el corto trayecto, él preguntó:

—¿Tienes alguna divinidad predilecta, aparte de Atenea?

—No. Me basta con ella.

—No lo creo. Eres inteligente y prudente, pero también eres más que eso. No permanecerás siempre virgen como ella. Un día, desatarás tu cinturón...

A Titus le encantaba aquella expresión que los griegos utilizaban como equivalente de «casarse» en el caso de las mujeres. Le parecía mucho más bonita que la fórmula latina: «tomar el velo». Ariadna se puso colorada y no dijo nada. Él prosiguió:

—El hombre que esté a tu lado en ese momento será muy afortunado.

Para que ella no creyese que se trataba de una declaración encubierta, añadió:

—Y yo le deseo mucha felicidad.

Esta vez, Ariadna perdió toda su compostura. Una exclamación de alegría la libró de su embarazo. Estaban ante la casa de las arréforas. En el patio, rodeado por un muro bajo, cuatro niñas jugaban a la pelota. Una de ellas acababa de dejar a sus compañeras y corría hacia ellos.

Las arréforas constituían una de las peculiaridades más llamativas de la religión ateniense y,

como las ergastinas, estaban consagradas al peplo de Atenea. Eran ellas las que lo llevaban, cogiéndolo cada una de una esquina, durante la procesión de las Grandes Panateneas. Eran cuatro niñas de entre siete y once años. Como las ergastinas, eran seleccionadas entre las familias nobles de la ciudad, pero, a diferencia de las mayores, no podían salir de su morada en la Acrópolis.

Iris estaba delante de ellos. Era baja y no aparentaba once años, pero resultaba evidente que no se amilanaba. Tenía un aire pícaro, incluso impertinente. Observó a Titus sin reservas y concluyó su examen declarando:

—Sé bienvenido a Atenas. ¡Ariadna tiene mucha suerte! Titus le dio las gracias y la felicitó por formar parte de las arréforas. Pero ella hizo un mohín.

—Es horrible. ¿Te imaginas no poder salir durante cuatro años? Afortunadamente, se acabará el verano que viene. Cambió de tema:

—Háblame de tu investigación.

—¿Cómo sabes eso?

—Mi hermana me lo dice todo. ¡Cuéntame!

Prudentemente, Titus se limitó a algunas generalidades. Iris escuchó con avidez, hizo algunos comentarios y sugerencias y le preguntó:

—¿Cuándo te irás?

—En septiembre, después de los Misterios.

—¡Llévame contigo! ¡Quiero vivir en Roma!

Titus sonrió.

—No es posible.

—¿Por qué? ¿Deseas quedarte aquí? ¿Vas a casarte con Ariadna?

Esta vez, Titus se echó a reír abiertamente. Iris pareció ofendida.

—¿No te gusta?

—Sí, mucho. Pero las cosas no son tan sencillas...

Durante un buen rato, Titus estuvo charlando con aquel verdadero huracán que era la joven arréfora, mientras a su lado, Ariadna, incómoda por la espontaneidad y la franqueza de su hermana, intentaba en vano hacerla callar.

Su investigación y la compañía de Ariadna no impedían a Titus asistir con asiduidad a las clases de la Academia. Al poco tiempo, Apolodoro abordó la segunda parte de su curso: Deméter, señora del más allá, y los interrogantes sobre la inmortalidad del alma. Como era habitual en él, antes de embarcarse en su exposición, invitó a los alumnos que lo desearan a dar su opinión.

Bruto fue el primero en hablar para defender el punto de vista estoico. Titus, que le había escuchado comentar aquel tema cien veces, le escuchaba distraído. El alma es inmortal, de la misma naturaleza que la divinidad. Ésta no es múltiple, sino única e inmaterial. Al morir, regresamos a esa realidad espiritual de la que salimos...

Como de costumbre, Apolodoro no hizo ningún comentario y dio la palabra al siguiente alumno. Le tocó el turno a Estratón y, esta vez, Titus prestó mucha más atención. Si bien conocía por Bruto el pensamiento estoico, lo ignoraba prácticamente todo de la escuela epicúrea, de la que Estratón era adepto.

Con su voz un poco monocorde, éste enunció los principios de su maestro Epicuro. el alma es mortal, ya que es material, como el resto. De hecho, todo lo que existe está compuesto de partículas infinitamente pequeñas, los átomos. Es su combinación la que crea las distintas imágenes que creemos percibir. Los dioses no existen, nuestro mundo no es más que el resultado del azar, que hace que los átomos entrechoquen o no en su recorrido...

Estratón siguió hablando ante Apolodoro y la atenta audiencia. Titus estaba estupefacto, casi horrorizado. Siempre se había sentido cercano a la naturaleza y, desde que estaba en Grecia, con la importancia que habían cobrado las estaciones para él, ese lazo se había vuelto aún más fuerte. Y he aquí que Estratón estaba afirmando que nada de todo eso existe, que todo aquello que tiene color, aroma, sonido o movimiento, no es más que la unión de minúsculos cuerpos que no vemos.

Estratón, el geómetra, debía de sentirse encantado con aquella concepción rigurosa y matemática del mundo, pero nunca sería la de Titus. ¿Dónde quedaban los faunos y las ninfas que poblaban los bosques, las dríadas que habitaban en el corazón de cada árbol, las náyades de los mares, las fuentes y los ríos? Necesitaba escuchar a los dioses y diosas en los cantos de los pájaros, el silbido del viento o el rugido del trueno. La religión de sus padres, por tosca e ingenua que fuese, significaba una cosa: la naturaleza es divina. Pero eso no parecía comprenderlo nadie.

Estratón había terminado. Titus estuvo a punto de intervenir para expresar los pensamientos que acababan de ocurrírsele, pero temía hacer el ridículo hablando después de dos filósofos como Bruto y Estratón, así que se contuvo y fue otro de los discípulos romanos, Publio Volumnio, quien habló.

De nuevo, a Titus le sorprendió su discurso. Aquel a quien consideraba un curtido vividor dedicó un emotivo homenaje a la naturaleza. Para él, el alma era mortal, desaparecería con el resto a nuestra muerte, pero poseía un poder: el de entrever la eternidad en la obra de arte. Sólo esta visión imperfecta, fugaz, de la inmortalidad nos era accesible. La vida no tenía ningún sentido, únicamente tenían valor el arte y la belleza, ¡y debíamos disfrutarlos con todas nuestras fuerzas!

Publio Volumnio se animaba a medida que hablaba y su alocución adoptaba un tono ansioso, casi desesperado. Alentaba a sus compañeros a ser conscientes de la fragilidad de la existencia. Era preciso compensar su brevedad mediante la intensidad, porque todo se esfumaba muy deprisa, y si no lo hacíamos, lo lamentaríamos en la hora de nuestra muerte.

Cuando se calló, se instaló un malestar en la asamblea. Apolodoro fue consciente y, para disiparlo, dio la palabra a Eufión, que acababa de hacer su entrada, más sucio y descuidado que nunca:

—Supongo que el distinguido representante de la escuela cínica querrá también darnos su opinión sobre este asunto.

Eufión se encogió de hombros.

—Yo no sé si el alma es o no inmortal y no me puede importar menos. Todo lo que sé es que es un buen negocio para el clero. ¡Vive del miedo de la gente al más allá!

La réplica fue saludada por una risa general y Apolodoro despidió a sus alumnos con estas palabras. Titus salió serio y ensimismado. Pese al marco en que se había mantenido, la discusión era cualquier cosa menos académica. Él, que se codeaba con la muerte desde el comienzo de su investigación, sabía que constituía el núcleo de los Misterios de Eleusis. Durante los días y los meses siguientes, no podría ignorar esta realidad de la existencia que nos ocultamos a nosotros mismos lo mejor que podemos. Por una curiosa coincidencia, Grecia, tan maravillosa y encantadora, se había transformado también en el país de la muerte.

Reflexionaba sobre todo esto mientras cruzaba el bosque de acacias, cuyos brotes estaban a punto de abrirse, cuando fue testigo de una escena entre dos personas a las que conocía bien. Agatón intentaba acercarse a Lycos, que le rechazaba con brusquedad. Se encontraba demasiado lejos para escuchar lo que decían, pero el sentido de la disputa estaba claro: las insinuaciones del profesor de oratoria chocaban con el desdén del joven.

Titus se alejó para no parecer indiscreto. De repente, sus pensamientos adoptaron un giro diferente. Hacía un momento, habían hablado del alma después de la muerte. Pero también afectaban a la existencia las incertidumbres que pesaban sobre su destino final. En el fondo, sabemos poco de ella, de nuestra pequeña hoguera interior, de los deseos, pesares y remordimientos que la poseen. Puede que Ariadna le quisiese, Lycos le amaba y él... ¿A quién amaba él? ¿Quién era?

Apareció una mariposa, la primera del año. Eso significa-ha que el día de Core estaba próximo. Pero la mariposa era también el insecto de Psique, la viva representación del alma. Titus la siguió con la mirada hasta que desapareció. ¡Era tan hermosa! Blanca y brillante bajo la luz, pero tan frágil... Cuando pretendía acercarse a una flor, el fuerte viento la sacudía como a un esquiador en el mar y la empujaba hacia otra.

EL DÍA DE CORE

Aquel 10 de elafebolion, comienzo de marzo en el año romano, no era un día como los otros en Atenas. Era el primero de las Grandes Dionisias, la principal fiesta tras las Panateneas.

Las Grandes Dionisias —conocidas también como Dionisias urbanas o ciudadanas, para diferenciarlas de las Dionisias rurales— duraban cuatro días, en los cuales tenía lugar un concurso de teatro famoso en toda Grecia. Pero incluían también numerosas celebraciones, entre otras los desfiles y bailes con antorchas. Durante todo ese tiempo, los cursos en la Academia quedaban suspendidos. Por eso, Titus había pedido a Bruto que se reuniese con él en casa del arconte para acudir juntos a la procesión inaugural.

Quinto de Ramnonte le había propuesto ir con él y con Ariadna, ya que las ergastinas participaban en las festividades con las autoridades, pero Titus no había querido abusar de su hospitalidad. Además, necesitaba hablar con Bruto.

Quería comentar con su amigo el desarrollo de los recientes sucesos relacionados con su investigación.

Hacía un tiempo estupendo y una ligera brisa soplaba sobre la colina del Areópago. Bruto llegó puntual, como tenía por costumbre. En el momento en que abandonaban la residencia del arconte, Titus experimentó una sensación que no supo definir. Tenía la impresión de que sucedía algo especial e importante. De golpe, se hizo la luz: era el día de Core.

No había lugar a dudas: se percibía en la calidad del aire, en la de la luz, incluso en el aspecto de la gente. Sin embargo, hacía algún tiempo que se venía anunciando la primavera, que la temperatura se había vuelto más suave, que aparecían nuevas flores, que algunos árboles precoces se cubrían de hojas. A pesar de todo, Ariadna tenía razón: aquella renovación de la naturaleza se materializaba de repente. Hoy era el día de Core, no ayer, ni mañana. ¡Era hoy!

Súbitamente, Titus se sintió lleno de esperanza. Por supuesto, la trágica aventura que había comenzado el día de Perséfone no había finalizado. Por desgracia, Cloe no volvería a estar entre los vivos, no retornaría de los infiernos, pero el día de Core traía el más reconfortante de los mensajes. Significaba que el sufrimiento tenía un fin y que, para el que persevera, todo es posible.

Titus hizo partícipe a Bruto de sus reflexiones. Éste se limitó a comentar, sin mucha convicción, que era una manera poética de ver las cosas. Titus suspiró. Le entristecía ese desinterés por todo lo que no fuese estrictamente racional, esa ausencia de fantasía y, en ocasiones, de imaginación de su compañero. Aunque tal vez se entendían tan bien porque eran diferentes.

Titus no insistió. Mientras se dirigían a las laderas de la Acrópolis donde se desarrollaría el desfile, se dispuso a cambiar impresiones sobre la investigación.

Ambos intentaron enumerar sus certezas, pero llegaron a la conclusión de que eran menos numerosas de lo que suponían. En primer lugar, no estaba claro que Cloe conociese a Filebo y que hubiese sido su modelo. Además, debían tener en cuenta que Filis lo negaba categóricamente. Posar para cualquier estatua requiere tiempo y la muchacha habría tenido que ausentarse mucho tiempo a escondidas de su madre. Debían ser prudentes, aunque la identidad de aquella que aparecía representada en Agra y en el taller de Cerámico supusiese un enigma añadido.

De hecho, cuanto más hablaban sobre el asunto, más misterios se acumulaban: la identidad del arquero vestido de negro, el motivo por el que había vuelto a la posada y había tirado el cuerpo al suelo, el destino de Filebo y de su modelo, si es que no se trataba de Cloe, el peligro que parecía existir en Cerámico y los inquietantes personajes que rondaban por aquel barrio.

En este punto, Titus relató el extraño incidente con Publio Volumnio y pidió explicaciones a

Bruto sobre la personalidad del mismo. Éste le contestó que, por desgracia, no le conocía bien. Le apreciaba por su gran cultura, pero eso era todo. Publio vivía solo en una gran mansión de la parte alta de Roma, rodeado de obras de arte. Pasaba por ser un tipo original, de gustos extravagantes, incluso perversos en opinión de algunos.

Después de estudiar todas las posibilidades, Titus y Bruto tuvieron que rendirse a la evidencia. Disponían de dos pistas que no podían desechar: la de Eleusis y sus sacerdotes —seguían existiendo muchas cosas sospechosas de ese lado— y la de Filebo. Sólo el futuro les diría en qué dirección orientar sus pesquisas. Titus había estado tentado de hacer una última puntualización, la que en el fondo le inquietaba más: las coincidencias entre aquella historia y el mito de Deméter, pero Bruto, que no creía en los dioses tradicionales, se habría encogido de hombros o se habría burlado de él, así que se abstuvo.

Habían llegado al Pompeion, el lugar donde se formaba el cortejo. Las inmediaciones estaban a rebosar de gente, y se dispusieron a esperar con los demás la salida de la comitiva. A pesar de las pobres conclusiones de su conversación con Bruto, Titus se sentía optimista. Ante todo, era el día de Core y no era capaz de verlo todo negro en un momento semejante. Además, el simple hecho de hablar del tema le había supuesto un gran alivio. Desde el incidente con Publio Volumnio, había decidido no contar nada a nadie, ni siquiera a Ariadna. Percibía un riesgo y la experiencia le había enseñado a ser prudente y hasta desconfiado. Sólo se fiaba de Bruto y a él seguiría sin ocultarle nada.

La procesión no tardó en arrancar. Aunque Titus había presenciado algunas igual de fastuosas en Roma, llamaba la atención su riqueza. Delante iban los magistrados de la ciudad, con el arconte epónimo en cabeza. Luego venían los sacerdotes y diversos estamentos religiosos, entre ellos las ergastinas. A continuación, en medio del desorden propio de esa deidad, figuraba el cortejo de Dioniso propiamente dicho.

Personajes vestidos de púrpura, ataviados con pieles de pantera y plumas de pavo real, sus atributos tradicionales, portaban diversos objetos simbólicos y rituales: ánforas, pellejos de vino y cepas, por supuesto, pero también falos y cuernos de macho cabrío. Una serie de mujeres con el cabello revuelto, que representaban a las ménades víctimas del delirio sagrado del dios, lanzaban gritos estridentes, salvajes a veces.

Titus seguía el desfile con gran interés. Entre todos los habitantes del Olimpo, Dioniso era sin comparación el más complejo. Siempre le había producido fascinación y rechazo al mismo tiempo. Era el dios de la inspiración, alumbrada o no por la bebida, y el protector del teatro. Pero también era el dios de la locura, de delirios que podían desembocar en el asesinato. Encarnaba las fuerzas creadoras o destructoras que están en todos nosotros.

Y, como había aprendido en los Pequeños Misterios, Dioniso era, además, el hijo secreto de Deméter, que facilitaba el acceso a los secretos de su madre. Su mirada se detuvo en Bruto, que contemplaba muy atento la exhibición. Por mucho que despreciase la religión oficial, él también había comprendido la importancia de lo que tenía ante sus ojos. Aquella manifestación caótica y brutal era la imagen de la vida y de la muerte. La muerte, sobre la que no dejaban de reflexionar y con la que no dejaban de relacionarse durante su estancia en Grecia.

Titus y Bruto pasaron juntos el resto de la jornada en una Atenas en fiesta, una curiosa y al mismo tiempo inquietante fiesta, y al final del día Titus retornó a la casa de Quinto de Ramnonte. Esta vez, había aceptado su invitación. Asistiría con él y con su hija a la primera representación teatral de las Dionisias.

Al cruzarse con Ariadna, le anunció de inmediato la buena nueva:

—¡Es el día de Core!

La joven mostró una sonrisa radiante.

—Sí, es hoy. Lo sentí nada más despertarme. ¡Estoy tan contenta de que te hayas dado cuenta! Ya verás como el año que viene pasa igual, y también los otros.

—¡Y en cada ocasión pensaré en ti! Serás la única mujer en la que piense dos veces al año

durante toda mi vida, esté donde esté. No nos olvidemos del día de Perséfone...

Creía que el comentario le resultaría agradable a Ariadna, pero le sorprendió percibir un destello de tristeza en sus ojos. Sus palabras significaban que no pasaría su vida junto a ella. Esta vez ya no le quedaron dudas acerca de los sentimientos de la joven. Y, de golpe, acababa de arrebatarse toda esperanza.

Pero ella se repuso y exclamó alegremente:

—¡Vamos al teatro de Dioniso! Mi padre no puede acompañarnos debido a sus obligaciones. Se reunirá allí con nosotros.

El trayecto no era muy largo. Tomaron el camino de la Acrópolis. Al llegar, giraron a la derecha para dirigirse al teatro, situado un poco más lejos, en una ladera de la colina.

La calle estaba llena de gente y sembrada de curiosos edículos, una especie de templos en miniatura, más pequeños aún que el de Eros en la Academia. No se veía la estatua de ninguna divinidad, pero estaban rematados, de forma chocante, por unos cacharros metálicos. Titus comunicó su extrañeza a su amiga. Ella sonrió, encantada de poder satisfacer su curiosidad.

—La calle en la que estamos se llama calle de los Trébedes. Son eso que tú llamas «cacharros». Es el premio que se otorga a los ganadores del concurso teatral y muchos han levantado esos monumentos como agradecimiento a Dioniso.

Titus siguió charlando con Ariadna. Mientras lo hacía, observaba miradas furtivas y escuchaba comentarios a media voz alrededor de ellos. La hija del arconte era conocida, así como la presencia en su casa del descendiente de Titus Flaminius, y verlos juntos suscitaba muchas habladerías. Titus sospechó que la cosa había sido orquestada por Quinto de Ramnonte para crear un lazo entre ellos. Ariadna era consciente de la situación, que visiblemente la turbaba, y se calló y se mantuvo en silencio hasta que llegaron al teatro de Dioniso.

¡Era magnífico! Adosado a la roca de la Acrópolis, contaba con decenas de gradas que descendían hasta el colosal escenario de mármol. Estaba curiosamente rematado por una gruta excavada en la piedra que había sido transformada en templo, con un frontón y columnas. En el interior había unas estatuas femeninas, que Titus no pudo identificar debido a la distancia.

Ariadna no le condujo a las gradas superiores. La primera fila estaba compuesta por unos asientos de mármol reservados a los dignatarios de la ciudad, magistrados y sacerdotes, así como a algunos invitados selectos. A Titus le correspondía el honor de estar entre ellos.

Se sentó al lado de la ergastina. Mientras aguardaba el comienzo de la función, el público se mostraba alegre y bullicioso. Al ser las Dionisias una festividad religiosa, participaban las mujeres y eran tan numerosas como los hombres. También Titus se sentía feliz. La noche era casi cálida. Aunque se había ocultado el sol, seguía siendo el día de Core y la excitación que había experimentado desde la mañana no se había disipado. Sentía que eran muchas las personas que les observaban: Ariadna, sin duda, sentía lo mismo, ya que parecía más alterada que de costumbre.

De pronto, se hizo el silencio. El coro acababa de situarse en la parte baja del escenario decorado con bajorrelieves, que tenían como motivo la vida de Dioniso. Un actor avanzó para anunciar el nombre de la primera pieza a concurso. Proclamó con fuerte voz:

—*El rapto de Core*, de nuestro compatriota Agatón de Atenas.

Titus se sorprendió. No esperaba encontrarse allí con el que le había importunado en la Academia, pero sentía curiosidad por presenciar su obra. Después de todo, el detestable profesor de oratoria quizá se revelase como un buen dramaturgo.

La pieza comenzó. Relataba fiel, incluso llanamente, la historia de Deméter y Core. A Titus no dejaba de asombrarle el modo en que las réplicas de los actores alternaban con las declamaciones del coro. ¡Qué diferentes las cosas de como eran en Roma! Allí, para distraer a los espectadores, había músicos sobre el escenario que realzaban los diálogos con sus instrumentos y el público sólo seguía la obra a medias. Aquí estaba únicamente el texto y los asistentes permanecían tan mudos como el mármol de los asientos. Él escuchaba, atento. Aquí estaba la diferencia entre los griegos y los romanos: los primeros eran auténticos entendidos, aficionados al arte y el pensamiento; los segundos, por mucho que hubiesen conquistado el mundo, seguían siendo campesinos y soldados.

No obstante, el interés del público flojeaba y empezaron a manifestarse los primeros signos de impaciencia. No, Agatón no era mejor dramaturgo que orador y pensador. Su obra estaba construida a su imagen y semejanza: ampulosa y vacía. Tras perder a su hija, Deméter reiteraba su dolor en hinchados monólogos. Las expresiones que utilizaba eran tan exageradas que en ocasiones arrancaban risas. Ante semejante patetismo, Titus pensó en la definición de la daeiritis: «la plañidera». Era exactamente eso: Deméter lloriqueaba delante de ellos.

Lenta, interminablemente, la pieza de Agatón se encaminaba a su fin. Titus asistió con alivio, al igual que, sin duda, el resto del público, a la escena en la que Zeus concedía a la diosa la posibilidad de volver a ver a su hija: al fin dejaría de lamentarse. En efecto, en ese instante, Core apareció, gracias a un mecanismo, vestida de Perséfone en medio del escenario. Iba cubierta de los pies a la cabeza con un largo velo negro. Se lo arrancó y apareció una guirnalda de flores sobre su cabeza. Sin poder remediarlo, Titus dio un brinco en su asiento: ¡era Cloe!

Tenía sus mismos rasgos, tal y como habían sido representados en la estatua de Agra y en la del taller. Y se trataba de una mujer, cuando en el teatro todos los actores eran hombres, ya fuesen los papeles masculinos o femeninos. Sentado como estaba en la primera fila, Titus no podía equivocarse. Tras un primer momento de estupor, se apoderó de él una especie de sacrosanto terror: Cloe, muerta el día de Perséfone, reaparecía el día de Core, surgiendo ante él procedente de las profundidades de los infiernos. Ya había abandonado el escenario. Estuvo tentado de correr detrás de ella para ver quién era en realidad. Se contuvo, sin embargo, porque aquello habría supuesto un escándalo.

Pero apenas pronunciada la última réplica, mientras se escuchaban los tibios aplausos de los espectadores, no pudo dominarse. Pidió a Ariadna que le disculpase, dejó precipitadamente su asiento y se dirigió hacia las bambalinas situadas bajo el proscenio.

Casi chocó con Agatón, en pie delante de la entrada. Parecía haber desterrado cualquier animosidad hacia Titus. Le recibió con entusiasmo:

—¡Titus Flaminius! ¡Qué placer verte! Eres el primero en venir a felicitarme.

Para el acontecimiento, su condiscípulo se había vestido aún con más cuidado que de costumbre. Llevaba varias sortijas en los dedos, una túnica bordada en oro y, en la frente, una especie de ridícula diadema, también de oro, que imitaba los laureles. Retuvo las manos de Titus entre las suyas.

—¿Crees que conseguiré el premio? ¿Te ha dicho algo el arconte?

En vista de su excitación, Titus consideró que era mejor no atacarle de golpe. Pronunció algunas palabras de aliento y llegó a hacerle algún elogio. Luego fue directo al grano:

—Me gustaría ver a tu Core.

El dramaturgo no cabía en sí de gozo.

—¡Ah! Te has dado cuenta del parecido. ¿También a ti te ha llamado la atención? Quería que fuese exactamente igual que la estatua que vimos durante los Pequeños Misterios. ¡Creo que lo he logrado!

—¿Dónde está la muchacha?

—¿A quién te refieres?

—Te lo acabo de decir: la que interpretaba a Core. Agatón soltó una risita.

—¿Estás de broma? Era un actor. En el teatro sólo participan hombres.

—Era una mujer. Yo estaba en la primera fila y la vi perfectamente.

—Tu confusión me halaga, pero se trataba de un hombre. Le escogí por su parecido con la estatua de Agra. Antes de la representación, fui con él al templo. Le coloqué delante de la estatua de Filebo y le maquille yo mismo para que la ilusión fuese completa.

Titus consideró que no servía de nada perder el tiempo discutiendo.

—En ese caso, ¿dónde está el actor?

—No tienes suerte, acaba de marcharse.

—¿Sabes adónde iba?

—Seguro que al baile. Después del teatro comienza la danza de las antorchas.

—¿Dónde se celebra?

—En todas partes. En toda Atenas, por todas sus calles... Titus pretendía irse, pero Agatón le retenía por el brazo.

—Por favor, ¿podrías interceder por mí ante el arconte? Tu opinión tendría mucho peso...

Titus se liberó y abandonó las bambalinas.

Una vez fuera del recinto del teatro, Titus pudo comprobar que Agatón no le había mentido. Los bailes con antorchas habían empezado nada más acabar la representación. Brillaban en la calle de los Trébedes y se formaban aquí y allá alegres grupos. Notó una marcada diferencia con los espectadores que llenaban las gradas: en aquel jolgorio no participaban las mujeres. Ellas volvían a casa, escoltadas por sus esclavos, después de despedirse de sus maridos, hijos o hermanos.

Titus se encontró en el entorno masculino con el que tan familiarizado estaba desde su llegada a Atenas. En medio de la gente que bailaba y gesticulaba, inició la búsqueda del doble de Cloe, que podía ser una mujer o un hombre. Vagó largo rato por las calles de Atenas iluminadas por antorchas. Al igual que Roma, la ciudad estaba construida sin orden ni concierto. Era un autentico laberinto y enseguida se perdió, pero eso no le impidió continuar su búsqueda.

A medida que avanzaba la noche, el ambiente se volvía más enloquecido y también más tenso. Dioniso era el dios del vino y de todos los excesos. Los danzantes estaban cada vez más borrachos e insolentes, y se vio obligado a rechazar varias insinuaciones e incluso un intento de agresión, mientras buscaba, a la luz vacilante de las antorchas, la silueta de aquella a la que había visto muerta en la nieve el día de Perséfone.

Creyó divisarla al llegar a una calle tan estrecha que las casas casi se tocaban, pero estaba lejos. Marchaba con paso apresurado, iluminada por una antorcha que sostenía en la mano. Él le gritó que se detuviese, pero ella no hizo nada. Titus echó a correr y al poco llegó a una plaza estrecha en la que el baile había alcanzado su punto culminante.

Se había formado una orquesta improvisada con flautas y tambores. Miró en todas direcciones, pero la persona a la que perseguía había desaparecido. ¿Habría entrado en una de las casas? ¿O habría tomado una de las callejuelas negras como boca de lobo que partían de la pequeña plaza? Preguntó a unos y a otros. Le respondieron con risotadas y bromas; le invitaron a beber y a participar en el baile. Vio a un joven que estaba de espaldas y le hizo la misma pregunta. Cuando se volvió, descubrió que era Lycos.

Ambos se miraron sorprendidos. El adolescente estaba un poco bebido. Tenía los ojos brillantes y el paso algo vacilante. Al final, le contestó:

—¿De qué muchacha hablas? En las danzas de Dioniso sólo hay hombres.

—Quizá era un hombre maquillado. No sé... En todo caso, se parecía a la estatua de Agra. ¿No lo has visto?

—No he visto a nadie así. ¿Por qué le buscas? ¿Tiene algo que ver con tu investigación?

Titus no respondió. De repente, se sentía muy cansado. Mal que bien, había intentado mantener la cabeza fría frente a aquella sucesión de misterios que se acumulaban, pero este último sobresalto le dejaba impotente. Viendo que su pregunta no hallaba respuesta, Lycos le planteó otra:

—¿Sabes en qué barrio estás?

—No tengo la menor idea.

—En Koilé, lejos del Areópago. No creo que encuentres solo el camino de vuelta. Si quieres, puedo acompañarte.

Al principio, Titus estuvo tentado de rechazar la oferta, pero tomó conciencia del riesgo que corría, de noche, en aquella ciudad desconocida. Pensó en los personajes patibularios de Cerámico, se acordó del arquero de negro. Podía resultar absurdo, pero si había vuelto a encontrarse con aquella que tenía la apariencia de Cloe, ¿por qué no iba a cruzarse en las sombras de aquella callejuela, por ejemplo, con un arma invisible apuntada hacia él? Hizo un gesto de asentimiento.

—Gracias, Lycos. Me encantaría.

Éste cogió una antorcha y le guió por el laberinto de la ciudad. El recorrido fue largo y difícil. De vez en cuando, se daban de bruces con los danzantes y tenían que abrirse camino a través de un

grupo de borrachos. El resto del tiempo caminaban en medio de las tinieblas, percibiendo en la distancia los ecos de la bacanal. Durante mucho rato, un solo pensamiento ocupó la mente de Titus: Cloe había muerto el día de Perséfone y había retornado el día de Core. No era una coincidencia. Se enfrentaba a fuerzas que le sobrepasaban. Por una razón que no comprendía, los dioses habían decidido jugar con él. La aparición no era un hombre ni una mujer, no era un ser mortal, sino uno sobrenatural. ¿Acaso no se había esfumado hacía poco como por ensalmo?

Cuando llegaron al Areópago le sobrevino otra idea. El día de Perséfone, el día de Core... ¿Quién le había hablado de eso? Únicamente una persona: Ariadna. Ariadna, la del hilo, la del laberinto... Se le apareció de pronto bajo una luz completamente diferente, enigmática, incluso inquietante. Era una ergastina, era la hija del arconte, puede que supiese más de lo que había dicho. De todos modos, se reafirmó en su decisión de no contar nada más a nadie, ni a ella ni a los otros.

Se encontraban delante de la casa del arconte. Lycos, que hasta entonces había guardado silencio, habló en un tono tímido:

—Ya has visto que puedo serte útil. Podría prestarte otros muchos servicios, si quisieses.

—¿Cómo cuáles?

—En tu investigación. Tú eres romano y yo ateniense. Conozco la ciudad y a sus habitantes. Llévame contigo, por favor.

—Ya te he dicho que no.

—¿Por qué? ¿No confías en mí?

Titus no deseaba ofender al adolescente, pero fue más fuerte que él. La réplica le salió sola:

—No, Lycos.

LA DERROTA DE MARATÓN

Titus Flaminius no volvió a ver a Bruto hasta el comienzo de las clases en la Academia, el día después de las Dionisias. Nada más llegar, fue a hablar con él. Por discreción, se alejaron hasta los olivos de Atenea, lugar poco frecuentado generalmente. Aunque Bruto también había asistido a la representación, no había sacado las mismas conclusiones que su amigo.

—A mí me parece normal. Agatón ha querido dar a su actor los rasgos de la estatua de Agra. Es lógico.

—No era un hombre, era una mujer. Yo la vi. Estaba en la primera fila.

—No lo creo. Un hombre algo afeminado y maquillado puede dar el pego, incluso de cerca.

—¡No puede ser una coincidencia que haya reaparecido el día de Core!

—¿Qué es eso del día de Core? No figura en el calendario, que yo sepa. Eres tú quien se lo ha inventado.

Titus enmudeció. En ese aspecto, Bruto tenía razón. Más concretamente, el invento no era suyo, sino de Ariadna. Recordó las reflexiones que se había hecho respecto a ella y se sintió tan preocupado como entonces. Estaba a punto de replicar cuando vio que Publio Volumnio se acercaba. Parecía muy animado, incluso alterado. Pese a su corpulencia, venía corriendo. Al llegar junto a ellos, sofocado, se dirigió a Titus:

—Tengo algo muy importante que contarte, pero primero he de pedirte excusas. Te he mentado...

Recuperó el resuello un momento antes de proseguir:

—Fue a mí a quien viste en Cerámico. Me marché deprisa y luego te dije que no era yo porque me había reunido allí con individuos poco recomendables.

Y Publio Volumnio explicó que para adquirir algunas obras que normalmente no estaban a la venta, recurría a intermediarios poco escrupulosos. Su pasión por el arte le hacía cerrar los ojos ante la dudosa moralidad de aquellos tipos.

Titus le aseguró que todo aquello no tenía la menor importancia, lo que no era precisamente cierto, ya que, de hecho, estaba encantado con la confesión de su condiscípulo. Ahora entendía el motivo de su comportamiento. Era el primer enigma que encontraba respuesta desde que había iniciado su búsqueda. Pero Publio Volumnio no estaba allí por eso. Siguió hablando y su emoción era tan intensa que temblaba.

—¡Imagina que uno de ellos me ofrecía una estatua de Filebo!

—No puede ser, si sólo trabaja para los templos.

—¡Eso es lo extraordinario! Es un motivo profano, el primero que hace: el soldado de Maratón.

—Entonces te han tomado el pelo. Él no es el autor.

—Fue lo que pensé yo al principio, pero fui a verla y te puedo jurar que es suya. Posee esa expresión vital exclusiva de sus obras. O, más exactamente, una expresión de vida y de muerte, ya que el soldado está muriéndose. Vive y muere a la vez. ¡Es prodigioso!

Titus no salía de su asombro. Preguntó:

—¿Qué significa eso?

—No he dejado de pensar en ello desde ese día y no hay más que una respuesta. Filebo está vivo, encerrado en alguna parte, obligado a trabajar para sus secuestradores. Con esa estatua ha querido dar una pista para que le encuentren. Titus, Filebo está en Maratón. ¡Tienes que ir allí inmediatamente! ¡Debes salvarle!

—No es preciso ir hasta Maratón. La verdad quizá esté más cerca de nosotros...

Bruto acababa de intervenir. Titus se volvió hacia él.

—¿Qué quieres decir con eso?

—El Pórtico de las Pinturas está decorado con frescos que representan la batalla de Maratón. Fui a verlo al llegar a Atenas. Y allí me enteré de que, para abreviar, los atenienses también llaman Maratón a ese pórtico.

Titus afirmó con la cabeza. El Pórtico de las Pinturas era un famoso pasaje cerca del Ágora y conocía el motivo por el que su compañero había acudido allí a su llegada. Era donde Zenón, el fundador del estoicismo, había impartido sus primeras lecciones. Además, en griego, el término estoico significaba «hombre del pórtico».

—Tienes razón. Habrá que indagar allí. Pero ¿por dónde empezar?

Publio Volumnio intervino:

—¡Ve a Maratón, Titus! Yo no puedo hacerlo. Me ocuparé del Pórtico y sus inmediaciones.

—¿Por qué pretendes ayudarme en mi investigación?

—No es tu investigación lo que me interesa, sino Filebo. Es el mejor escultor vivo. Mi dios. Estoy dispuesto a arriesgarlo todo por encontrarle, hasta mi vida.

Bruto estuvo de acuerdo.

—Creo que tiene razón. Él se quedará aquí y nosotros iremos a Maratón. Yo te acompañaré. Muy cerca, en Ramnonte, existe un templo consagrado a Némesis. Tengo una particular veneración por esa diosa y hace mucho que quiero ir a honrarla.

El plan de acción fue adoptado por los tres hombres. Ese mismo día, Titus Flaminius fue a ver al arconte para comunicarle su intención de acudir a Maratón con Bruto. No mencionó una palabra acerca del descubrimiento de Publio Volumnio, pero esgrimió su deseo de contemplar el famoso campo de batalla en el que los griegos habían derrotado a los persas, así como el templo de Némesis. Quinto se mostró feliz de poder facilitarle las cosas. Podrían alojarse en Ramnonte, en casa de su cuñado Diocles, que estaría encantado de recibirles.

A la mañana siguiente, Titus y Bruto realizaron el trayecto que separaba Atenas de Maratón, al norte del Ática. Durante el viaje, examinaron una vez más la situación y sus deducciones no resultaron demasiado esperanzadoras.

Ahora tenían la sensación de que se habían embarcado en aquella excursión de forma muy imprudente. ¿Qué propósito les guiaba hasta allí, aparte de las palabras de Publio Volumnio? No habían visto aquella estatua, no sabían si era de Filebo, ni tan siquiera si existía. Su condiscípulo podía haberles tendido una trampa en la que se habían metido de cabeza... Todavía estaban a tiempo de desandar el camino.

Pero decidieron continuar. Publio Volumnio parecía sincero y no podían desperdiciar aquella pista, la más seria desde el comienzo de la investigación.

Ramnonte era un bonito puerto unido a la llanura de Maratón por un camino costero. Aunque era una localidad pequeña, reinaba en ella una intensa actividad. Titus se fijó en varios grandes navíos mercantes fondeados en el muelle. Los porteadores se afanaban descargando unos y cargando otros. Enseguida les indicaron la casa de Driócles, y no era de extrañar, porque era la más grande y más rica de la ciudad.

Tan pronto como fue informado de su llegada por los esclavos, el dueño del lugar se apresuró a darles la bienvenida. A Titus no le cayó simpático. Era un hombre a la vez engreído y obsequioso. De profesión, armador. Les hizo saber que todos los barcos que habían visto en el puerto eran suyos, lo que no impidió que multiplicase las fórmulas de cortesía hacia Titus, el «glorioso descendiente de nuestro libertador». Insistió en que se sintiesen como en su casa y en que podían quedarse todo el tiempo que gustasen.

A continuación, preguntó por el motivo de su viaje y, tras escuchar la respuesta, mostró entusiasmado su aprobación. El templo de Némesis era el orgullo de su ciudad. En cuanto al campo de batalla de Maratón era el orgullo de toda Grecia. Les previno a este respecto:

—¡No vayáis de noche! Suceden allí cosas extrañas.... Titus y Bruto quisieron saber de qué cosas se trataba. Bajó instintivamente la voz:

—Al parecer, se oyen ruidos de armas y gritos. Dicen que los muertos de ambos bandos vuelven para enfrentarse de nuevo.

Los jóvenes no hicieron comentarios. Se despidieron de su anfitrión y, sin más demora, tornaron la dirección del templo de Némesis. En el camino, se pusieron de inmediato de acuerdo. Irían a Maratón precisamente de noche, ya que los curiosos fenómenos quizá tuviesen algo que ver con lo que buscaban. Podía existir cierto peligro, pero eso no les detendría.

Antes de llegar al templo, Titus quiso satisfacer su curiosidad:

—¿Cómo es que veneras a Némesis, tú que no crees en los dioses?

Bruto sacudió su delgada cabeza.

—Porque encarna un principio según el cual todo exceso será castigado. ¿Sabes con qué fue hecha la estatua que vamos a ver? Con un bloque de mármol que los persas habían traído para levantar una estatua a su triunfo. Cualquiera que desprecie las leyes divinas o humanas merece ser vencido. Eso es lo que representa Némesis.

Más que un simple edificio, el templo era un verdadero santuario rodeado por un seto de cipreses, árbol fúnebre muy apropiado para aquella divinidad temible. En el espacio así delimitado se extendía un bosque sagrado con altares diseminados. La construcción en sí, de grandes dimensiones, albergaba la efigie de la diosa, otra obra de arte de Fidias, que algunos comparaban con la Atenea del Partenón. Se detuvieron en el umbral. Estaban completamente solos. No había ningún sacerdote presente y solían ser pocos los fieles que le rendían culto. La estatua se alzaba en la penumbra y su enorme tamaño, más de tres veces la altura de un hombre, la hacía aún más impresionante. Némesis llevaba una corona de bronce que reproducía las astas de un ciervo. Sostenía un cáliz de sacrificio en la mano derecha y una rama de manzano en la izquierda.

Mientras Bruto permanecía recogido a su lado, Titus le dirigió una ferviente plegaria. Él también tenía buenas razones para invocarla. Pidió a la diosa de la justa venganza que le ayudase a encontrar al asesino de Cloe, tal y como había prometido a Filis. Había cerrado los ojos y estaba profundamente concentrado cuando experimentó un brusco sobresalto. Un silbido acababa de desgarrar el aire, seguido de un golpe seco. Volvió a abrir los ojos y descubrió un objeto amarillo y rojo al pie de la estatua. Comprendió al instante que acababan de lanzarles una flecha similar a la que había matado a Cloe.

Bruto había pensado lo mismo y reaccionó antes que él. Echó a correr a través del bosque en busca del arquero. Titus le imitó, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Su agresor había desaparecido.

Volvieron al templo y Titus recogió la flecha. No había ninguna duda: era el mismo curioso modelo pintado en rojo y negro, con plumas de un amarillo intenso. Se aproximó a la estatua y la examinó. Se apreciaba claramente el impacto en la rodilla de la diosa, de donde se había desprendido un pequeño fragmento. Quedaba a la altura de la cabeza de un hombre y, vista la trayectoria, la flecha había sido disparada justo entre los dos mientras rezaban. ¡Estaban vivos de milagro!

Bruto y él intercambiaron impresiones largo rato. Esta agresión indicaba que se acercaban a su objetivo. Si no, ¿por qué iban a intentar eliminarles? O más bien intimidarles, porque no había que olvidar la destreza de la que había hecho gala el arquero negro cuando cometió su crimen. Así que era lógico suponer que había fallado adrede. En ese caso, se trataría de una advertencia para que no acudiesen a Maratón, donde no podían esperar la menor piedad.

Esta fue la conclusión que sacaron de lo ocurrido, pero como valor no les faltaba, decidieron esperar hasta la noche para dirigirse al campo de batalla.

Era una noche con luna llena, lo que suponía una ventaja y un inconveniente a la vez. La claridad podía ayudarles a descubrir alguna pista, pero les hacía vulnerables ante un eventual agresor. El campo de batalla de Maratón era una vasta llanura. Tres de sus lados estaban rodeados por colinas poco elevadas y el mar bordeaba el cuarto. Se veían a lo lejos sus reflejos bajo la luz de la luna.

Titus y Bruto habían imaginado que la llanura estaría cubierta de hierba rasa, o al menos poco alta, pero les sorprendió descubrir que estaba invadida de una vegetación densa, que les llegaba a la

cintura, a veces hasta los hombros. Examinándola más de cerca, comprobaron que se trataba de hinojo, lo que no tenía nada de raro: maratón significaba «hinojo» en griego. En este periodo del año se encontraba en plena floración, no como en el momento de la batalla, que había transcurrido en el mes de septiembre.

En aquel lugar plano y desértico, lo único que atraía la mirada era un montículo en el medio. Los dos sabían lo que era: el túmulo levantado en honor de los soldados griegos muertos en combate. Bajo esas piedras, descansaban desde hacía siglos centenares de valientes. Decidieron acercarse hasta él. Si había algo que descubrir, sólo podía estar allí. No obstante, se aproximaron con mucha prudencia, agachados entre el hinojo, cuyas plantas constituían un escondite ideal para un tirador emboscado.

Avanzaban paso a paso cuando sucedió. De golpe, se levantó viento procedente del mar y se produjo el más curioso de los fenómenos. El aire, al deslizarse entre el hinojo, emitía una especie de aullido. Titus y Bruto se quedaron clavados en el sitio. Ahora entendían el motivo de los rumores que circulaban a propósito de los fantasmas de los guerreros que regresaban para luchar. La impresión era, en efecto, sobrecogedora: un prolongado lamento, lúgubre y desolado. Se habría dicho que salía directamente del infierno.

Sobreponiéndose a la inquietud que se había apoderado de ambos, reemprendieron su marcha y no tardaron en alcanzar la base del túmulo. Allí decidieron separarse y rodearlo cada uno por un lado. Titus se encontró solo. Contemplando a la luz de la luna aquellas piedras desgastadas por el tiempo, volvió a pensar en lo que les había llevado hasta allí: la estatua del soldado de Maratón. Después de la batalla, éste había corrido hasta Atenas, que estaba a 28 millas romanas*, para anunciar la noticia. Lo logró, pero el esfuerzo había sido demasiado grande y murió con la palabra en los labios: «¡Victoria!».

La vida y la muerte, según parecía, se fundían en la estatua de Filebo, que inmortalizaba ese instante trágico y glorioso, del mismo modo que no dejaban de entremezclarse desde el comienzo de aquella aventura.

Era un tema que sonaba sin cesar, una música inquietante, semejante a la del viento en el hinojo. Los pensamientos de Titus se interrumpieron de golpe. Acababa de oír un grito detrás del túmulo. Acudió corriendo y se encontró a Bruto tumbado en la hierba. Su corazón se detuvo hasta que Bruto se incorporó con un objeto en la mano que acababa de recoger. Era una flecha, igual a la del santuario de Némesis y a la aparecida unos meses antes en la nieve, ante el santuario de Deméter.

—¿Qué ha pasado?

—¡Me han disparado, eso es lo que ha pasado!

—¿No has visto nada?

—No. He oído un silbido, eso es todo.

Ya no dudaron. Los dos jóvenes abandonaron aquel sitio en el que su vida corría peligro. Voluntaria o involuntariamente, el ataque había fallado dos veces. No ocurriría lo mismo la tercera. Sus exploraciones coincidían: no había nada sospechoso en el túmulo, no era más que la tumba gloriosa de los héroes allí caídos. Ocultándose lo mejor que podían entre el hinojo, Titus y Bruto dejaron atrás la llanura de Maratón.

Era de día cuando volvieron a casa de Diocles, que les recibió diciéndoles que le tenían loco de preocupación. Le respondieron que los sacerdotes de Némesis les habían dado cobijo durante la noche. A continuación, volvieron a revisar toda la información que tenían en el inmenso jardín que se extendía delante de la mansión. Sus opiniones eran diferentes. Ya estaba muy avanzada la mañana cuando vieron acercarse a alguien corriendo. Primero creyeron que se equivocaban, pero no había la menor duda: era Lycos.

El muchacho se paró ante ellos, sonriendo, pero incapaz, de momento, de pronunciar una sola palabra. Titus le cogió por los hombros.

—Pero ¿de dónde vienes?

* 42, 195 km.

—De Atenas.

— ¿Vienes corriendo desde Atenas?

— Sí, pero tranquilo. No pasa nada.

Titus y Bruto le hicieron sentarse, temerosos de que se desplomase ante sus ojos, pero el joven era un excepcional corredor y sólo parecía fatigado. Pronto estuvo en condiciones de hablar casi con normalidad:

—Tenéis que volver a Atenas cuanto antes. Aquí no encontraréis nada.

—¿Cómo lo sabes? ¿Encontrar qué?

—No lo sé. Sólo sé lo que me ha dicho Publio Volumnio.

—¿Es él quien te envía?

—Sí. Le he visto esta mañana. Estaba trastornado. Le pregunté si podía hacer algo por él y me dijo que estabais en Maratón y que tenía que contaros una cosa urgentemente. Así que le propuse venir corriendo hasta aquí.

—¿Cuál es el mensaje?

—Ya te lo he dicho. Tenéis que regresar a Atenas. Aquí no encontraréis nada.

—¿Ha descubierto él algo?

—No lo sé, no me lo ha dicho. Pero me dio la impresión de que sí. Además, parecía preocupado.

No había tiempo que perder. Titus y Bruto habían hecho el viaje en mula. Fueron en busca de su anfitrión y le preguntaron si podía prestarles unos caballos. Una vez más, se mostró dispuesto a ayudarles y volvieron a Atenas a galope.

En el camino de regreso, Titus no podía disimular su aprensión. Sentía que un peligro rondaba a Publio Volumnio y temía llegar demasiado tarde. Aquello le dejaba un sabor amargo. Publio Volumnio aseguraba que en Maratón no encontrarían nada, pero les habían atacado dos veces y no sabían quién ni por qué. No habían comprendido nada de lo ocurrido durante su breve estancia. Maratón, que para todo el mundo representaba el recuerdo de una victoria, para ellos lo había sido de una derrota. Escuchó una voz a su lado: Lycos había colocado su caballo a la altura del de Titus.

—Te dije que podía serte útil.

—Es verdad, Lycos. Has hecho mucho y has corrido grandes riesgos. Te lo agradezco.

—Puedo hacer aún más.

—Ya te he dicho que no.

El rostro del adolescente mostraba una expresión implorante.

—Por favor, Titus...

Titus Flaminius soltó un suspiro de contrariedad. Era cierto que la colaboración de alguien del país, que conociese las costumbres y a la gente, le podía servir de ayuda. Y, después de lo que acababa de hacer Lycos, ¿cómo podía negarle lo que pedía? Tras reflexionar brevemente, tomó una decisión:

—De acuerdo, pero a condición de que hagas únicamente lo que yo te diga.

El grito de alegría de Lycos resonó por la colina en la que se encontraban, que se elevaba sobre Maratón, y puede que se oyese hasta en la llanura repleta de hinojo.

LOS SERVIDORES DE LA MUERTE

Titus, Bruto y Lycos, que habían partido por la mañana, llegaron a la Academia a mediodía. La clase había comenzado, así que se dirigieron al aula. Por mucho que le buscaron no hallaron el menor rastro de Publio Volumnio, así que se encaminaron al dormitorio que tenía en la Academia.

Los alojamientos de los estudiantes eran muy acogedores: grandes habitaciones en pabellones diseminados por el bosque. La de Publio Volumnio ocupaba la parte baja. La puerta estaba entreabierta y sólo tuvieron que empujarla.

Titus se quedó clavado en el umbral. Bruto y Lycos le imitaron. Ante ellos estaba Publio Volumnio tendido en el suelo en medio de un charco de sangre. Estaba muerto, le habían aplastado la cabeza. Titus se arrodilló. Había recibido un golpe terrible, en plena frente, con un objeto pesado, del tipo de un martillo. La muerte debió de ser instantánea. Tocó el cuerpo: todavía estaba caliente, luego el asesinato era reciente.

A Titus se le encogió el corazón. Aquello que más temía, sin atreverse a confesárselo, había sucedido. Su compañero había pagado con la vida su descubrimiento. Aún podía oír su voz vehemente y emocionada mientras les hacía partícipes a todos de su amor por la belleza y su terror a la muerte. Bajo su apariencia hastiada, había una mente lúcida, sutil y apasionada. Se reprochó haber desconfiado de él, aunque todo pareciese estar en su contra. Ahora había quedado libre de sospechas, por desgracia de la manera más infortunada.

Sólo al incorporarse reparó Titus en el cuarto, al que hasta entonces no había prestado atención a causa de la tragedia. ¡Era extraordinario! A su alrededor se amontonaban las obras de arte que su condiscípulo había adquirido en Atenas. Eran tantas que costaba abrirse paso y había de todo, desde encantadoras miniaturas a imponentes estatuas, pasando por cuadros y vasijas. De pronto, en medio de aquella acumulación de maravillas, descubrió la más admirable de todas: el soldado de Maratón.

Se acercó a examinarla, cosa que ya estaba haciendo Bruto. ¡Era realmente magnífica! Representaba a un soldado sin resuello, de tamaño algo más grande que el natural. El realismo de sus facciones era estremecedor. Expresaban el gozo por la victoria y la extenuación que acabaría con él. Como había dicho Publio Volumnio, la estatua parecía vivir y morir al mismo tiempo ante sus ojos. No había confusión posible: aquella obra maestra era de Filebo.

Titus Flaminius dejó de interesarse por sus cualidades artísticas para buscar en ella algún indicio. Después de todo, cuando Publio les había hablado de la estatua aún no la había comprado. Una vez en su poder, habría podido examinarla desde todos los ángulos y quizá entonces había hecho su descubrimiento. Pero, por mucho que Bruto y él la inspeccionaron de arriba abajo, no encontraron nada de particular. Volvieron junto al cadáver, cerca del cual permanecía Lycos. Éste se dirigió a Titus:

—Le han golpeado de frente. Es extraño.

—¿Por qué?

—Porque no hay rastros de que haya intentado huir o contraatacar. Mira cuántas obras de arte. Son tantas que hay que tener cuidado al moverse. Sin embargo, ninguna está rota ni caída, aparte de esa vasija que se partió al desplomarse él.

—¿Y qué deduces de eso?

—Que conocía a su agresor. Este debió de esconder el arma tras él entre los pliegues de su túnica y atacarle por sorpresa.

Titus mostró una admiración que no era fingida.

—Para estar empezando, demuestras mucho sentido común. ¡Si sigues así llegaremos lejos!

Bruto aprobó también las deducciones de Lycos y concluyó:

—Lo que tenemos que buscar no está aquí sino en el Pórtico de las Pinturas. Vamos allí. Yo iré a ver a Apolodoro y a los otros. Hay que darles la noticia.

Titus estuvo de acuerdo. Mientras Bruto se dirigía a la clase, él salió con Lycos y empezó a explicarle el motivo por el que el Pórtico de las Pinturas podía contener una posible pista. De repente, Lycos le interrumpió:

—¡Mira!

Se inclinó sobre la hierba que bordeaba el paseo y recogió un objeto de pequeño tamaño. Se trataba de una pesa, como las que los saltadores y otros gimnastas sostenían en la mano mientras hacían sus ejercicios. Una de las dos bolas estaba cubierta de sangre: la que había golpeado a Publio Volumnio en la frente. La otra estaba intacta: la que el criminal había sostenido en su mano.

Titus tomó el objeto. Era, sin duda, el arma homicida, que el asesino había abandonado allí después. A priori, parecía indicar que se trataba de alguien que pertenecía a la Academia, pero, pensándolo mejor, aquello no probaba nada. El lugar no estaba cerrado y el gimnasio era conocido en toda Atenas. Cualquiera habría podido acudir allí para llevar a cabo el crimen. Una vez más, Titus felicitó a su compañero, cuyo sentido de la observación y de la deducción resultaban asombrosos.

A diferencia de Bruto, Titus no había visitado jamás el Pórtico de las Pinturas. En efecto, destacaba por su decoración. Estaba adornado a lo largo por un fresco que ocupaba la pared del fondo. Consagrado a la batalla de Maratón, estaba compuesto de tres escenas que ilustraban tres etapas del conflicto. En la primera, los ejércitos griego y persa aparecían frente a frente antes de la lucha. La segunda mostraba la furiosa confrontación entre los combatientes. En la tercera, por último, los persas derrotados huían hacia el mar intentando alcanzar sus barcos; los griegos los perseguían, excepto uno, que corría en dirección contraria: el soldado de Maratón, que iba a anunciar a Atenas la noticia de la victoria.

Ni que decir tiene que Titus examinó la última escena con especial minuciosidad. Palpó la pared buscando un escondrijo o una pista cualquiera, pero fue en vano. Allí no había nada, ni tampoco en el resto del fresco.

Entonces se fijó en las personas que los rodeaban. No resultaba sencillo, porque el sitio estaba lleno. Lycos le contó que los habituales del Pórtico pertenecían a tres grupos diferentes y que era raro encontrarlos mezclados en un mismo lugar: los filósofos, los hombres que se prostituían y los comerciantes de armas.

Sobre los primeros no había nada que decir. Lucían expresiones circunspectas y conversaban con pasión y compostura. Titus no encontró ninguna pregunta que hacerles y, además, nadie se les acercaba. Permanecían juntos, aparte, sin preocuparse del resto del mundo.

Por el contrarrio, era difícil ignorar a los prostitutas. No cesaban de importunarles a Lycos y a él. Maquillados y frívolos, daban vueltas a su alrededor como avispas. Si rechazaban a uno, otro se acercaba. Titus pidió a su amigo que se ocupase de ellos y él se dedicó a los vendedores de armas.

Les enseñó una de las dos flechas de Maratón, que había llevado por si acaso. Nadie había visto otra parecida. Entre ellos no había ningún comerciante de arcos, arma que, como ya le habían dicho, no se utilizaba en Ática. Al cabo de un rato, decidió poner fin a sus pesquisas, ya que tenía la impresión de que no le llevarían a ningún lado. Como Lycos tampoco había sacado nada en claro, Titus salió del Pórtico de las Pinturas muy decepcionado.

Iba serio mientras volvían a la Academia para anunciar a Bruto el desalentador resultado y quizá, para recibir alguna novedad de su parte. La muerte de Publio Volumnio había aportado una dimensión trágica al asunto y, además, estaba su fracaso... Caminaba perdido en sus pensamientos cuando una voz cavernosa le gritó:

—¡Detente, Titus Flaminius!

Titus se sobresaltó y miró alrededor. No había nadie. Se preguntaba qué prodigio era aquél,

cuando, al bajar la vista, vio un tonel en el suelo y a un ser humano que salía de él. Eufión, el cínico, estiró su delgado cuerpo y se acercó a él, más sucio y maloliente que nunca.

—Así no encontrarás lo que buscas.

—¿Tú sabes lo que busco?

—Sé más de lo que todos imaginan. Instalo mi tonel en distintos lugares. Forma parte del paisaje y nadie se fija en mí. Y como todo el mundo sabe que no me importa ni lo más mínimo lo que hagan mis contemporáneos, nadie se cohíbe en mi presencia. el resultado es que lo veo todo.

—¿Y qué has visto?

—A los servidores de la muerte llevándose a Filebo.

Titus contempló al hombre de aspecto repulsivo que tenía ante él y que, sin alzar la voz, le acababa de ofrecer una información decisiva. Instintivamente, siempre le había inspirado respeto; ahora que le veía de cerca, la impresión persistía. Si uno conseguía olvidarse de su aspecto físico, se percibía en él auténtica nobleza: su mirada era despierta y profunda y sus finos labios dibujaban una sonrisa que recordaba a la de Apolodoro.

—¿Quiénes son los servidores de la muerte?

—Los enterradores de Atenas. Si quieres averiguar más, pregunta al arconte. Los conoce mejor que nadie.

—¿Dónde fue?

—En su casa, en Cerámico. Hace ya algún tiempo, a comienzos de año.

—¿Le acompañaba una joven?

—Puede que sí, puede que no.

—¿Qué quieres decir?

—Dos de ellos cargaban un objeto alargado envuelto en un trapo. Pensé que era una estatua, pero podría ser una muchacha. ¡Hasta la vista!

Eufión se disponía a meterse en su tonel, pero Titus le retuvo por el brazo.

—Una última pregunta, Eufión: ¿por qué haces esto por mí?

—Porque me defendiste de un imbécil. Porque no eres como los otros: no estás repleto de certezas, no recitas una lección, tú buscas. Sigue buscando, Flaminius, y no encuentres nunca.

—Sin embargo, he de dar con el asesino de Cloe. La última réplica de Titus se perdió en el vacío. el cínico había vuelto a su tonel.

Los funerales por Publio Volumnio tuvieron lugar dos días más tarde. De común acuerdo, sus compañeros romanos decidieron que fuera enterrado en Atenas, en aquella tierra griega que había amado por encima de todo. Cuando regresasen a Roma, se llevarían las obras de arte que había comprado y se las entregarían a la familia.

La tumba se encontraba cerca de la Academia, en medio de un amplio cementerio, el de la buena sociedad ateniense. El lugar no tenía nada de siniestro, más bien al contrario. De un extremo al otro del camino, a la sombra de olivos, pinos o cipreses, se alzaban monumentos en mármol: altares, templos en miniatura o estelas decoradas con bajorrelieves. Todo aquello resultaba familiar para Titus, cuya residencia, en Roma, había sido construida en un entorno similar.

Asistió emocionado al entierro de aquel a quien había conocido poco tiempo, pero cuya personalidad tanto le había marcado. Debido a su trágico final, había acudido mucha gente. Allí estaban Apolodoro y prácticamente todos los alumnos de la Academia. También estaba presente Quinto de Ramnonte. Acababa de regresar de un viaje oficial a Tebas. Titus no le había visto después de las confidencias de Eufión. Apenas concluyó la ceremonia, mientras volvían juntos al Areópago, decidió interrogarle. Había pedido a Lycos que les acompañase.

Fiel al principio de prudencia, Titus prefirió no mencionar el nombre de Eufión. No era necesario que supiese de quién procedía la información.

—¿Qué sabes de los servidores de la muerte?

Titus vio cómo se ensombrecía el rostro de su interlocutor.

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Porque un testigo digno de confianza piensa que ellos se llevaron a Filebo.

El arconte expresó una viva contrariedad. Soltó un profundo suspiro y guardó un momento de silencio antes de contestar:

—Lo que me cuentas sólo me sorprende a medias. Oficialmente, son los enterradores de Atenas, pero se sospecha que se dedican a cierto tráfico a gran escala.

—¿Qué clase de tráfico?

—Extorsión de fondos, amenazas, contrabando, tal vez otras cosas.

—Si son los enterradores de Atenas, están bajo tu autoridad.

—No. Se trata de una sociedad privada, cuyos servicios alquilamos. Su fundador se llama Sostrato.

—¿Y dónde puedo encontrar a ese Sostrato?

—Muy cerca de aquí. Murió hace tres meses. Si quieres, puedo mostrarte su tumba.

Titus aceptó. Quinto de Ramnonte se apartó del camino y empezó a pasear entre las tumbas. Era la primera vez que Titus se fijaba de verdad en ellas y el espectáculo era muy emotivo. Estaban decoradas con bajorrelieves que ilustraban escenas de despedida: el muerto o la muerta daba un apretón de manos a sus seres más queridos, o bien se alejaba saludándoles por última vez. A veces, se representaba una escena de la vida cotidiana del difunto: una mujer arreglándose, un hombre paseando con su perro, una niña jugando con su muñeca.

Todos los rostros y actitudes reflejaban una gran calma, no había rastro de tristeza en aquellos fragmentos de vida desaparecidos, pero, precisamente por eso, la impresión que se desprendía de ellos era aún más conmovedora. Aquella aceptación resignada de la condición humana resultaba más perturbadora que todas las manifestaciones de desesperación.

—Es ahí.

Quinto de Ramnonte señalaba una tumba de aspecto muy diferente: no era conmovedora, sino inquietante. Como en otros casos, Sostrato, un hombre alto y barbudo, aparecía representado en compañía de su perro, un animal de aspecto impresionante. Titus no pudo evitar pensar que era así como tradicionalmente se retrataba a Hades y Cerbero. Regresó a asuntos más concretos:

—¿Quién dirige ahora la sociedad?

—Sigue siendo él.

—¿Qué significa eso?

—Oficialmente, no ha sido reemplazado. Las órdenes proceden de él y es a él a quien se dirigen los pagos.

—Tiene que haber por fuerza un sucesor.

—Sí, pero no sé quién es.

Continuaron hablando de ese misterio hasta que llegaron al Areópago. Lycos les seguía un paso por detrás. Ya en casa, el arconte comunicó que iría de inmediato a hablar con los servidores de la muerte. Titus le confesó que él y Lycos pensaban hacer otro tanto. En ese instante, apareció Ariadna con aire impaciente y preocupado.

—Titus, ha venido un mensajero de parte de la daeiritis. Tiene que contarte cosas de crucial importancia. Te pide que vayas enseguida.

—¿Te ha dicho de qué se trataba?

—No. Eso es todo lo que sé.

Titus se quedó pensativo. ¡Casi se había olvidado de la daeiritis! Como todo lo concerniente a Eleusis, le parecía algo muy lejano. Pero no debía perder tiempo. Partió inmediatamente acompañado de Lycos.

Mientras hacía de nuevo el trayecto entre Atenas y Eleusis, Titus Flaminius sentía crecer en él la aprensión. Se acordaba de las palabras de la sacerdotisa la última vez que la había visto, de la amenaza que sentía en torno a ella y su temor a correr la misma suerte que Cloe. Y todo aquello le recordaba el destino fatal de Publio Volumnio. Él también le había hecho volver con urgencia, pero había acudido demasiado tarde. Rogaba a todos los dioses para que no ocurriese lo mismo esta vez.

Llegó por fin al miserable templo de Daeira, al borde del mar, frente a la isla de Salamina, con sus columnas roídas por la sal y la espuma. Llamó, pero no le contestó nadie. Exploró el exterior y las inmediaciones del edificio, rodeó los restos de una barca podrida y, como en el umbral de la habitación de la Academia, se detuvo de golpe, imitado por Lycos.

Allí estaba la daeiritis, bañada, también, en su sangre. Tenía en el cuello una herida espantosa, que iba de una oreja a otra. En el colmo del refinamiento y del horror, la habían matado de la misma manera que ella inmolaba a sus víctimas: después de degollarla, la habían coronado con algas. Además, el arma del crimen, que permanecía cerca de ella, era su propio cuchillo de sacrificios. Titus lo identificó al momento porque la había visto servirse de él de manera experta.

Se inclinó sobre la sacerdotisa, le cerró los ojos, hizo lo posible por disimular la herida sangrante y retiró las algas, que arrojó lejos. Todavía estaba caliente. Como en el caso de Publio Volumnio, el asesino había estado allí justo antes que él. De repente, se sintió espiado, amenazado. Instintivamente, se levantó y miró alrededor. Todo estaba desierto, no había arqueros de negro ni nadie más. Sólo se oía el ruido de las olas que iban a morir en la playa cercana. Lycos seguía acucillado junto al cadáver. Le llamó:

—¡Ven a ver!

Titus se acercó. El adolescente le señaló el suelo.

—Granos de trigo. Han echado varios puñados junto a ella.

Titus admiró de nuevo las dotes de observación de su compañero. el asesinato de la daeiritis llevaba la marca de Deméter. Aún podía escucharla, acusando a todos los sacerdotes de Fleusis: al daduco, a la sacerdotisa de Plutón, a la de Deméter. Probablemente, la habían eliminado porque había averiguado algo que no debía. Pero ¿por qué dejar cerca de ella una firma tan clara? ¿Como desafío, por odio hacia su persona? ¿O se trataba, por el contrario, de alguien ajeno al santuario que quería desviar las sospechas en esa dirección?

Las palabras pronunciadas por la mujer en aquel mismo lugar seguían martirizando a Titus; su rostro se ensombreció. Ella le había pedido que jurase vengarla si le ocurría algo grave. Y él había jurado. Más aún, le había entregado un animal para que lo sacrificase. En el fondo, había sido una manera delicada de ofrecerle algo de comida, pero no era menos cierto que había hecho un solemne juramento santificado por una ofrenda a los dioses. Ahora la daeiritis estaba muerta y el deber le exigía convertirse en su vengador, al igual que en el de Cloe...

Tenía que dar con el asesino y decidió poner manos a la obra sin más tardanza. Todo señalaba hacia el santuario. Allí era donde debía ir. La empresa parecía arriesgada, pero conservaba la esperanza, porque tenía un aliado que hasta entonces nunca le había fallado: el hierofante. Se lo contaría todo y solicitaría de nuevo su ayuda.

Titus se presentó ante los altos muros almenados. Pidió hablar con el sacerdote en jefe por un asunto de la mayor importancia. Los guardias le respondieron que se encontraba de peregrinaje en Delos y que no regresaría antes de diez días. Pero, si el asunto era urgente, podían avisar a la sacerdotisa de Deméter, al daduco o a la sacerdotisa de Plutón. Titus les dio las gracias y dijo que volvería más tarde.

Sin embargo, no se fue aún de Eleusis. Con la ayuda de Lycos, organizó los funerales de la daeiritis. Quiso que se celebrasen en la playa, en el mismo sitio que los de Cloe. La madre de ésta estaba también presente y, ante la petición de Titus, le volvió a entregar la lanza. Por segunda vez, en el momento en que las llamas se elevaron, la levantó hacia el cielo.

De vuelta en Atenas, Titus pasó por momentos muy desagradables. En vez de seguir la pista de los servidores de la muerte, como se había propuesto y como, sin duda, habría debido hacer, no dejaba de pensar en el trágico destino de la daeiritis. Cuanto más reflexionaba sobre ello, más seguro estaba de que la clave de lo que la sacerdotisa había descubierto estaba dentro del santuario. Quedaba la opción de aguardar el retorno del hierofante. ¿Estaría dispuesto a ayudarlo? Cuando se trató de Cloe, una iniciada del altar, no lo había dudado, pero en el caso de la daeiritis, enemiga jurada de los sacerdotes de Fleusis, ¿le ayudaría a vengar su muerte?

Titus llegó enseguida al convencimiento de que debía ir al santuario, aunque se encontraba ante un terrible dilema de conciencia. Además del peligro que representaba, no tenía derecho a hacerlo, so pena de cometer un terrible sacrilegio. ¡Estaba en Atenas para hacerse iniciar en los Misterios de Eleusis y resulta que iba profanarlos! Pero, por otro lado, ¿podía traicionar el juramento que había hecho a dos muertas, lanza en ristre, ante su pira funeraria?

Pronto le resultó insoportable verse así dividido entre dos obligaciones contradictorias y, como solía hacer en situaciones semejantes, fue a pedir consejo a Bruto.

Le encontró en el jardín de la Academia, bajo los olivos de Atenea. Antes de hablar, echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que estaban solos. Como parecía ser el caso, compartió con él sus dudas.

Bruto intentó calmarle. No era necesario que arriesgase su vida intentando penetrar en el santuario. Sería mejor seguir el rastro de los servidores de la muerte. Quizá le condujesen hasta el asesino y así cumpliría con su juramento. Pero como Titus no quería escucharle, su amigo acabó haciéndole una propuesta:

—Tienes una alternativa, dado que tu problema es de índole religiosa y tú crees en los dioses. Ve a consultar el oráculo de Delfos. Él te dirá lo que debes hacer.

Titus dio mil veces las gracias a su hermano de leche. El oráculo de Delfos, instituido por Apolo, que se expresaba por boca de la Pitia, la pitonisa sentada en un trípode, era el lugar de culto más ilustre y más venerable del mundo entero. ¿Cómo no se le había ocurrido? ¡Allí era adonde debía dirigirse!

Al separarse de Bruto, tuvo una curiosa sensación: la de una presencia. Además, le pareció oír cómo se agitaba un arbusto. Corrió hasta el lugar, pero lo encontró vacío. Decidió no darle más importancia y pensar sólo en su peregrinación. Partiría el día siguiente, sin Lycos ni ninguna otra compañía. Quería encontrarse a solas con la divinidad para plantearle su pregunta.

EL TRÍPODE FATÍDICO

Había un largo trayecto de Atenas a Delfos. Para Titus Flaminius, este momento de la investigación era una ocasión de meditar, así que había decidido tomarse su tiempo. Por eso, había elegido una mula como medio de desplazamiento. Durante la mañana del segundo día, un jinete que iba a todo galope le adelantó. Titus pensó que si también se dirigía a Delfos, llegaría mucho antes que él. No se equivocaba...

Sólo unas horas después, aquel hombre alcanzó su destino. Entró en el santuario, llevando su montura por la brida, y solicitó entrevistarse con el sacerdote de Apolo. Añadió que tenía que confiarle algo de extrema gravedad. El alto personaje, responsable de todos los sacerdotes delficos, al que únicamente el hierofante sobrepasaba en dignidad, apareció de mal humor.

—¿Qué quieres? Y, sobre todo, ¿quién eres tú para importunarme de esta forma?

—Mi persona carece de importancia, no soy más que un enviado. En cuanto a lo que quiero, te *lo* diré. Pero antes observa bien esto.

Fue a su caballo, retiró la manta que disimulaba la silla y cogió una marmita que colgaba de ella. Se la tendió al religioso. Estaba llena de oro. Pesaba tanto que estuvo a punto de dejarla caer. Abrió de par en par los ojos y repitió la pregunta:

—¿Qué quieres?

—Un oráculo.

—Éste no es el precio de un oráculo. ¡Aquí hay mucho más!

—Es el precio del que te pido. Escúchame bien: mañana o pasado llegará un romano...

Le hizo una descripción detallada de Titus y prosiguió:

—Hará una consulta acerca de Eleusis, sin duda para saber si puede entrar en el santuario, aunque no es un iniciado. Habrá que responderle que podrá acudir allí la próxima luna llena en total seguridad.

El sacerdote de Apolo se enfadó:

—¡Has perdido el juicio! Si el oráculo miente comprometería para siempre la reputación de Delfos. ¡Eso es imposible, ni por todo el oro del mundo!

Se dispuso a partir, no sin antes echar una mirada de codicia a la marmita, pero el hombre sonrió.

—¿Quién habla de mentir? Al dios al que sirves le llaman el Oblicuo por algo. Los augurios de Delfos tienen fama de ser particularmente ambiguos. ¿Has olvidado la respuesta que le dio a Cresos? Sólo tendrás que ser hábil. Confío en ti. el oro es una buena fuente de inspiración...

El sacerdote aún dudaba.

—No quiero conflictos con los sacerdotes de Eleusis.

—No los habrá. Iré a reunirme con ellos después de dejarte.

Esta vez, el religioso pareció vencido. Volvió a coger la marmita e hizo otra vez un gesto de sorpresa al sopesarla.

—Así que la persona a la que sirves es muy acaudalada.

—Casi tanto como el que reina en los infiernos y a quien llaman el Rico.

Aún en el camino, Titus Flaminius se ocupó de repasar una y otra vez los diversos elementos de su investigación. Había algo claro: en esta historia coexistían dos universos diferentes. Por un lado, Eleusis, y por otro, Filebo. Los únicos puntos en común eran el escultor mismo, que se encontraba presente en el momento del primer asesinato, y su modelo, ya se tratase de Cloe o de alguien que se le parecía.

Lo que más preocupaba a Titus eran las continuas similitudes con el mito. Después de aquella adolescente que, como la hija de Deméter, había muerto el día de Perséfone para reaparecer el día de Core, entraba en escena un doble de Hades, Sostrato, un difunto que dirigía desde su tumba a los enterradores de Atenas. Por volver a un terreno firme, Titus había deducido que los inquietantes personajes que le habían espiado en Cerámico eran servidores de la muerte. Era un misterio aclarado, aunque el descubrimiento no era tranquilizador. Tenía que hacer frente a toda una organización dirigida por un desconocido, ya que se negaba a creer que se tratase del dios de los infiernos. En otro caso, estaba perdido de antemano y no tenía más alternativa que renunciar de inmediato.

Titus llegó a su destino al día siguiente y se quedó estupefacto. ¡No esperaba una maravilla semejante! Para los griegos y todos los pueblos civilizados, Delfos era el centro, el ombligo del mundo, y no tenía más que mirar a su alrededor para convencerse de ello. El sitio era de una grandiosidad y una belleza que cortaban la respiración. Construido en el interior, el lugar estaba colgado como un balcón en el Parnaso, el monte sagrado de Apolo y de Dioniso. Debajo, una larga llanura plantada de olivos se extendía hasta la costa creando una especie de mar de color gris verdoso delante del azul resplandeciente del agua. La tierra era apropiada para la fabricación de ladrillos y de vez en cuando se elevaba el humo de los hornos en los que se cocía la arcilla.

Si la vista hacia abajo era magnífica, nada podía compararse con la majestuosidad de la montaña. Dos picos abruptos dominaban Delfos: los Fedríades o Brillantes, el Rosa al oeste y el Rojo al este. La roca desnuda refulgía hasta hacer daño a la vista. Más arriba, el Parnaso continuaba y se cubría de una vegetación impenetrable, reducto de corzos, jabalíes, lobos y cazadores intrépidos.

Se observaban también abundantes aves de presa: buitres, águilas doradas, quebrantahuesos. Titus siguió el vuelo de una de las rapaces. Su oscura silueta se recortaba en el cielo azul intenso. Planeaba describiendo un amplio círculo mientras permanecía perfectamente inmóvil. ¡No, no estaba inmóvil! Titus se fijó en el extremo del ala y sintió una punzada en el corazón. Publio Volumnio tenía razón: se movía de forma imperceptible, con un mínimo temblor que era el signo de la vida.

La rapaz, que había localizado a su presa, cayó de pronto como una piedra. Titus abandonó la contemplación del cielo para volver a tierra. Se encontraba en la puerta del santuario. En realidad, el término no era el adecuado. A diferencia de Eleusis, el templo de Delfos no estaba cerrado. Los ritos allí celebrados no tenían nada de secreto y podía entrar quien quisiese. Aparte del templo principal, el de Apolo Pitio, se alzaban en la enorme explanada otros templos de menor tamaño, en su mayoría levantados por ciudades-Estado griegas en agradecimiento a un oráculo.

Aunque no había muchos peregrinos ese día, Titus no era el único que había acudido a consultar al dios. El grupo era de lo más dispar: personas acomodadas, campesinos pobres, una delegación oficial llegada para plantear una pregunta en nombre de toda una ciudad... Antes de entrar en el templo de Apolo para interrogar al oráculo, los que acudían debían ofrecer un sacrificio. Unos empleados del santuario se acercaban a ellos con una cabra atada a una cuerda, que ofrecían previo pago de siete dracmas para las consultas colectivas y dos para los particulares.

No era casualidad que se tratase de una cabra. Era un recuerdo de los orígenes de Delfos, que Titus, como todos, conocía de memoria y que rememoró con emoción mientras esperaba su turno en la fila de los solicitantes.

Todo había comenzado cuando Apolo había matado con sus flechas al dragón Pitón, que aterrorizaba a las gentes del lugar. En el sitio en el que fue abatido el monstruo, se había formado un gran agujero. Aquella zona había quedado deshabitada y servía de pastizal a los rebaños. Un día, un pastor llamado Coretas fue allí con sus cabras. Se fijó en que al aproximarse al agujero, los animales empezaban a brincar balando de forma extraña. Intrigado, se acercó y le asaltaron temblores. Estupefacto, se dio cuenta de que podía predecir el futuro.

Coretas contó en todas partes el prodigio. Pronto hubo una multitud en torno a la gruta milagrosa y el fenómeno se confirmó: todos los que llegaban entraban en trance y recibían el don de la profecía. Durante un tiempo, aquellos que lo deseaban pudieron predecirse a sí mismos el porvenir.

Pero hubo que renunciar, ya que muchos perdían la cabeza debido al estado de posesión, se lanzaban al pozo y desaparecían. Así que se construyó un templo en el emplazamiento y se confió a una sola persona la transmisión de los vaticinios. Esta, una pobre campesina a la que se denominó Pitia en memoria del monstruo derrotado por el dios, fue instalada en el templo, encima de la abertura en el suelo, sentada sobre un trípode, para que no se cayese.

La fama de Delfos no tardó en divulgarse por el mundo entero y perduraba muchos siglos después. La Pitia, una campesina analfabeta elegida por los sacerdotes del santuario, seguía entregando los mensajes divinos que recibía.

Le llegó el turno a Titus. El sacrificador se acercó a él y a su animal con un cuchillo y una copa de plata llena de agua. Le explicó que iba a verter el líquido sobre la cabra. Si no se movía, significaba que Apolo rechazaba el sacrificio y él tendría que marcharse. Por el contrario, si se estremecía bajo el efecto del frío, quería decir que el dios estaba dispuesto a darle su respuesta.

Afortunadamente, el animal tembló de pies a cabeza. el hombre lo degolló y lo arrojó a una pira. Entonces se acercó otro religioso. Por la riqueza de su vestimenta, Titus supuso que era un personaje importante. Después de observarle un rato, el hombre le preguntó:

—¿De dónde procedes?

—De Roma.

—Sígueme. Me ocuparé de ti personalmente.

Titus le siguió. Le condujo de inmediato al templo de Apolo. Era de considerable tamaño. Titus calculó que era tan grande como el Partenón, pero superaba con mucho la riqueza de este último. Ante sus puertas, justo después de la columnata, había depositados verdaderos tesoros; una gigantesca cratera de plata maciza, del tamaño de una bañera, dos vasijas de agua lustral, una de plata y otra de oro, una estatua femenina también de oro macizo y otros objetos de valor inestimable.

Aquel lugar bendecido por la fortuna era un importante centro espiritual. De un extremo a otro de la puerta de madera preciosa con dos batientes y marquetería de marfil había tres estatuas de Hermes. En los pedestales estaban grabadas tres máximas de los siete sabios de Grecia: «Nada en exceso», «Busca la medida» y la más célebre de todas, «Conócete a ti mismo». A Titus le habría gustado pasar un rato contemplándolas, pero el sacerdote le hizo una señal de impaciencia y le siguió al interior del templo.

Era un hecho excepcional acceder de ese modo a un lugar de culto. En los templos griegos, como en los romanos, las ceremonias se desarrollaban en el exterior. Dentro estaba la estatua de la divinidad y, aunque no estuviese prohibido a los fieles, el interior permanecía desierto. Sólo el personal se ocupaba de vez en cuando del mantenimiento. Aquí, sin embargo, todo comenzaba una vez pasadas las puertas. Dos fuentes de luz, una hoguera cerca de un altar pequeño dedicado a Hestia y una abertura en el techo permitían contemplar un cuadro extraordinario.

Dividido en tres naves por dos filas de ocho columnas, el templo de Apolo estaba repleto de objetos valiosos. Las ofrendas que entregaban los que acudían a consultar en agradecimiento por un oráculo se amontonaban en medio de un gran desorden. Vasijas, armas, estatuillas, toda clase de objetos heteróclitos estaban colocados en el suelo y había que mirar constantemente dónde se pisaba. Pero las ofrendas también colgaban de las columnas y hasta de las vigas. Era el caso de los carros de guerra de los que, no se sabía muy bien por qué, había una cantidad inimaginable. Situada encima de las cabezas parecían formar parte de una carrera aérea.

En mitad de aquel caos, costaba distinguir los objetos que pertenecían al templo y servían para el culto, como ocurría con la estatua de oro de Apolo, un altar de Poseidón y una curiosa piedra de forma ojival protegida por una red. Titus sabía, por comentarios, de qué se trataba. Aunque parecía muy rústica comparada con otras maravillas, las superaba a todas en dignidad: era el Omphalos, el ombligo del mundo.

Sin dejar de seguir al sacerdote, Titus avanzó hasta más allá de la mitad del templo y se detuvo transido de emoción: se encontraba delante del Adyton, el lugar sagrado por excelencia. No ocupaba un recinto separado. Su altura era inferior a la del resto, pero no estaba aislado por ningún

cierre ni barrera. Carecía, además, de pavimento. Mientras que alrededor el suelo estaba cubierto de costoso mármol, allí se veía la tierra y la piedra desnuda.

Entonces, Titus divisó a la Pitia. Debía de tener unos treinta años. Su físico era el de una campesina, con un rostro saludable y fuertes brazos. Iba vestida con una túnica de lana corriente, como las que lucían las labradoras, y su larga melena oscura estaba coronada por laureles. Titus vio también el famoso trípode, una curiosa instalación cuyas tres patas, fijadas en la roca alrededor de una profunda abertura, sostenían una especie de recipiente al cual la sacerdotisa estaba encaramada con las piernas colgando en el aire. Del gran agujero salía un humo gris.

En el Adyton había también un laurel, árbol sagrado de Apolo. Estaba plantado en la tierra, junto a la pitonisa, que podía, si quería, apoyarse en sus ramas. Lo iluminaba un rayo de sol, ya que el orificio del techo había sido practicado justo encima de él. Titus nunca había visto un árbol dentro de un templo y probablemente era el único.

A petición del sacerdote, descendió los escalones que conducían al lugar sagrado. El suelo del templo le llegaba a la altura del pecho y la Pitia se elevaba ante él en su trípode. Delante había algo que parecía un pequeño recinto protegido por una cortina blanca. El sacerdote se lo señaló con el dedo.

—Ahí es donde debes colocarte para hacer tu pregunta. Titus retiró la cortina. No había más que un banco alargado. Se sentó en él. Pocas veces en su vida se había sentido tan emocionado. Estaba, ante todo, el carácter sagrado del lugar, con el que ningún otro podía ser comparado, y también las consecuencias que se desprenderían de la respuesta que recibiese. Si la pitonisa le daba su consentimiento, entraría en el santuario, aun a riesgo de su vida; si se lo denegaba, renunciaría. Puede que en lo más profundo de sí mismo anhelase lo segundo. Eso le permitiría no correr un peligro insensato y al mismo tiempo, quedar en paz con su conciencia. Aunque, de todas formas, ya era demasiado tarde. Pronunció sus palabras con voz firme:

—¿Puedo entrar en el santuario de Eleusis, aunque no sea un iniciado, para descubrir la verdad sobre un crimen?

Se produjo un silencio, bruscamente seguido de un gran ajetreo. Escuchó cómo la Pitia se agitaba frenética pronunciando sonidos inarticulados y roncós. A continuación, empezó a vociferar y balbucear. No podía verla, pero la imaginaba con el pelo revuelto, retorciendo los brazos, echando espuma por la boca. Soltó un último grito y enmudeció tan repentinamente como había comenzado. Hubo unos instantes de silencio impresionante y el sacerdote abrió la cortina.

—Aquí está la respuesta que acaba de dar la pitonisa: «Acude al santuario de Eleusis la próxima luna llena y encontrarás lo que buscas».

Titus abandonó el cubículo con expresión grave. El trípode fatídico había hablado y le había dado su aval: dentro de tres semanas habría luna llena. Sería el momento en que tendría lugar la prueba decisiva.

Subió los escalones detrás del sacerdote. Echó un breve vistazo a la Pitia, que, aún bajo el efecto del trance sagrado, estaba recuperándose. Se encontró en el templo propiamente dicho, con su increíble acumulación de objetos preciosos. Quería permanecer un instante en el más venerable de los lugares. Se acercó a una pared cubierta por completo de ofrendas. Había sobre todo armas. Un escudo de general en jefe del ejército romano atrajo su mirada. A su espalda resonó la voz impaciente del sacerdote:

—¿Qué haces? ¡Debes salir! Otros esperan.

Titus no se movió. Al revés, estaba como petrificado, con los ojos abiertos de par en par. Al lado del escudo de general estaban colgados seis escudos de plata y una corona de oro, y debajo figuraba una inscripción en griego y en latín: «Homenaje de Titus Flaminius a Apolo». Irritado, el religioso fue hacia él.

—¿Eres sordo? ¿Qué haces mirando esas armas? ¿Qué tienen de especial?

—Son el testimonio del paso por aquí de mi antepasado hace un siglo y medio. Yo también me llamo Titus Flaminius.

—¿Qué dices?

—La verdad.

—¡No lo puedo creer!

—¿Por qué iba a inventar algo así? Compruébalo si quieres. Me alojo en casa del arconte, en Atenas.

—¡Es... es inconcebible!

Titus observó con sorpresa a su interlocutor. Por muy emocionado que estuviese él mismo por el descubrimiento que acababa de hacer, no era nada comparado con la conmoción del sacerdote. Parecía trastornado por completo.

—¿Qué te ocurre?

No sabía que eras descendiente del liberador de Grecia. Fue él quien puso nuestro santuario bajo la protección de Roma. Gracias a tu antepasado gozamos de seguridad desde entonces.

Haciendo un enorme esfuerzo, el religioso consiguió sonreír.

—Soy el sacerdote de Apolo. Es un gran honor conocerte. ¿Qué piensas hacer ahora que has recibido la respuesta del oráculo?

—Ir a Eleusis, por supuesto.

—Te daré algo que te protegerá en tu empresa.

—No corro ningún peligro porque cuento con el favor de la Pitia.

—Eso no significa nada. ¡Ven conmigo!

Un poco incómodo ante semejantes muestras de consideración, Titus volvió con el sacerdote hasta el Adyton. Le vio detenerse en el laurel sagrado y cortar una rama. A continuación, recogió una cinta blanca al lado del trípode y la ató a la rama antes de tendérsela.

—Deberás sostenerla en la mano cuando entres en el santuario. ¡Y, sobre todo, no la sueltes!

Muy impresionado, Titus recogió el regalo. Como no quería hacer esperar a otros peregrinos, tomó de nuevo el camino hacia la salida, no sin antes echar una ojeada a los escudos y la corona. Una vez en el exterior, se quedó contemplando las máximas inscritas sobre los Hermes, en particular la famosa «Conócete a ti mismo», que Sócrates había convertido en su divisa. El sacerdote de Apolo le sacó de su ensimismamiento para señalarle las maravillas de oro y plata: el baño, las cráteras, la estatua femenina.

—¿Sabes quién nos entregó estos tesoros?

—No, no lo sé.

—El rey Creso, en pago por el oráculo que había venido a buscar. Se disponía a atacar a Ciro, emperador de Persia, y preguntó si obtendría la victoria. La Pitia le respondió: «Si atacas, destruirás un gran imperio». Atacó y su ejército fue exterminado hasta el último hombre, su país reducido a escombros y él mismo esclavizado.

—¿Se equivocó la pitonisa?

—No, el gran imperio era el suyo. Los vaticinios de Apolo tienen a menudo doble sentido. Por eso le llaman el Oblicuo...

A Titus le gustó la anécdota y reiteró su agradecimiento al sacerdote por el honor del que le había hecho objeto. Cuando salió del templo y se encontró otra vez en el magnífico marco de Delfos, se sentía casi eufórico. No sólo contaba con la aprobación del dios para su proyecto, sino que disponía de la protección del ramo sagrado. ¡Estaba deseando encontrarse en el santuario de Eleusis la próxima luna llena!

MORIR EN ELEUSIS

Titus repartió los días siguientes entre los cursos de la Academia y su investigación. En compañía de Lycos, siguió la pista de los servidores de la muerte. Aprovechando el conocimiento que el joven tenía de Atenas, recorrió hasta el último rincón del barrio de Cerámico, pero el resultado fue más que decepcionante. Chocaba con un verdadero muro de silencio. Y, cosa curiosa, hasta los inquietantes personajes que antes le vigilaban habían desaparecido. No había nada, absolutamente nada que descubrir.

Lo mismo le sucedía al arconte. Quinto de Ramnonte, que le había comunicado su intención de interrogar él mismo a los servidores de la muerte, no había sacado nada en claro. En primer lugar, faltaban los medios adecuados. No podía emplear para sus averiguaciones a las fuerzas policiales de las que disponía. Se limitaba a recurrir a informadores discretos, pertenecientes a medios más o menos patibularios de la ciudad. Pero sólo obtuvo de ellos una certeza: oficialmente, Sostrato no había sido sustituido. Seguía al frente de las pompas fúnebres de Atenas.

Pasaban los días. El peplo de Atenea estaba ya terminado. Concluía el mes de targelion. No faltaba mucho para esciroforion, junio para los romanos.

En realidad, Titus no conseguía concentrarse en las clases ni en su investigación. Todas las noches contemplaba la luna y la veía crecer. El momento decisivo no tardaría en llegar.

La víspera de la luna llena, el personaje que había aparecido en Delfos franqueó las puertas del santuario de Eleusis. Solicitó una entrevista con el daduco y fue llevado rápidamente a su presencia. A este último no le gustaba ser molestado por desconocidos y le preguntó qué quería con un tono desabrido, pero, tras las primeras palabras, recuperó el buen humor.

—Vengo a anunciarte la llegada de un profano que quiere introducirse en el santuario: Titus Flaminius.

—¿Titus Flaminius? ¿En serio? ¿Cómo lo sabes?

—No importa, lo sé. También sé cuándo vendrá: mañana por la noche.

—¿La información que me das es muy valiosa!

—Y cuento contigo para que no escape. Por lo que sé, investiga la muerte de la daeiritis, de la que responsabiliza a los sacerdotes de Eleusis, y a ti en particular.

Una malévola sonrisa apareció en el rostro del religioso.

—¡Vaya! ¿Estás seguro de eso?

—Lo ha dicho en público. Pone en duda tu honor y el de tus colegas.

Conversaron todavía un rato y el daduco le estrechó calurosamente las manos.

—Seas quien seas, te doy las gracias en mi nombre y en el de todo el santuario. En cuanto a lo demás, no debes preocuparte. Se hará lo que sea necesario y se hará bien.

Justo después, convocó al jefe de los guardianes y le ordenó:

—Mañana, en la primera guardia de la noche, no coloques vigilancia en la puerta.

—¿Y si alguien pretende entrar?

—Alguien entrará.

—No comprendo.

—Quiero que entre y no salga. Te ocultarás con tus soldados detrás de la puerta. Una vez que la atraviere, te lanzarás contra él. La orden es eliminarle al momento.

Debía de ser alrededor de la medianoche. Titus Flaminius avanzaba con cautela por la explanada de

Eleusis. No pretendía contradecir las órdenes de la Pitia, pero lamentaba que le hubiese mandado acudir con luna llena. Hubiera preferido una noche con menos luz. Le parecía que el astro nunca había sido tan luminoso. Resplandecía con intensidad en un cielo oscuro sin nubes. Su sombra se recortaba delante de él con gran claridad.

Titus no tenía una idea prefijada sobre cómo iba a introducirse en el santuario. Iba provisto de una cuerda con un gancho para escalar los muros, ya que pensaba que no podría entrar por la puerta, aunque sabía que permanecía abierta toda la noche. Esa peculiaridad era un enigma incluso para los griegos. Se creía que estaba ligada a la presencia en el templo de Plutón, que al estar consagrado a las fuerzas de las tinieblas, estaba también abierto a la noche.

Al llegar ante el pozo de Callichoros, recordó el trágico suceso que se había producido allí hacía cerca de seis meses. Se dominó. Ante todo, tenía que concentrarse en su misión. Se volvió hacia el santuario, preguntándose por qué lado saltaría el muro, cuando hizo un descubrimiento extraordinario: los guardias no estaban en su puesto.

Pensó que se habían ausentado un momento, pero no vio a nadie. ¡No podía dejar escapar una oportunidad semejante! Se desprendió de la cuerda, ahora inútil y engorrosa, arrojándola al pozo. Contempló la rama de laurel sagrado que tenía en la mano. Sobre la cinta blanca, unas letras formaban una palabra en griego que no conocía, pero que los sacerdotes debían de entender.

Se concentró un instante antes de pasar a la acción. Aparentemente, su propósito era insensato, pero la confianza que tenía en la Pitia era tal que no sentía ningún temor. Tuvo un recuerdo piadoso para el desdichado Cresos, que tan mal había interpretado el oráculo recibido, cuando un horrible pensamiento le vino a la cabeza: su oráculo también era terriblemente ambiguo.

Por sorprendente que pudiera parecer, no había pensado en ello desde Delfos. Ni siquiera le había citado el texto exacto a Bruto. Se limitó a decirle que era favorable, pero eso no era en absoluto cierto, ni mucho menos. «Ve al santuario y encontrarás lo que buscas» podía significar perfectamente lo contrario de la impunidad y el éxito. Al entrar en el santuario sin ser un iniciado, desafiando la ley, iba a encontrar lo que había buscado: la muerte.

Se sintió presa del vértigo. Tuvo la tentación de desistir y escapar, pero lo reconsideró. El otro sentido del oráculo seguía siendo válido. Había esperado demasiado tiempo ese momento para capitular en el último instante. Era un Flaminius, actuaba como vengador de dos víctimas inocentes, no tenía derecho a rendirse. Con la rama sagrada de Apolo en el puño, avanzó.

Tras una rápida carrera en breves etapas para no atraer la atención, cruzó el amplio portal. En la voz que resonó entonces reconoció la del daduco:

—Todos a una. ¡Acabad con él!

Se dio la vuelta y vio al daduco rodeado de soldados. Dos se habían situado delante de la puerta, impidiéndole la retirada, y los otros se lanzaron contra él, espada en mano. Había caído en una trampa y las palabras del religioso no le dejaban ninguna esperanza. La segunda interpretación del oráculo era la buena. ¡Iba a morir!

Titus no tenía más elección que correr hacia delante, y eso hizo. Divisó un resplandor a cierta distancia. Sin saber por qué, tomó aquella dirección y desembocó en un templo cuyas puertas estaban abiertas de par en par, sin duda, el de Plutón. Dentro brillaba un fulgor rojizo. Se precipitó al interior y, de pronto, se encontró inmerso en un humo de intenso olor. Fuera, escuchó de nuevo la voz del daduco.

—Es la flor de Perséfone. ¡Está perdido!

Fue la última sensación clara que percibió. A partir de ahí, sus visiones y pensamientos se enredaron. Ante él se alzaba una estatua de mármol negro, rodeada por una aureola de luces rojas. Representaba a un hombre barbudo con un perro. ¿Era la de Sostrato? No, claro que no, eran Plutón y Cerbero. Estaba en sus dominios.

El humo, cada vez más denso, se desprendía de un fuego instalado en el centro del templo. No resultaba desagradable, era incluso muy aromático, pero le provocaba un adormecimiento rápido y profundo. Tenía la impresión de que, si se quedaba, le acechaba un grave peligro, pero sabía también que los soldados del daduco le esperaban al otro lado. Si tenía que escoger, le daba igual

optar por esta muerte, que parecía más dulce.

Se acercó a la hoguera para ver lo que ardía. Sí, eso era. el daduco había mencionado la flor de Perséfone y allí se consumía un buen montón. Así llamaban a la amapola. Era el emblema de la joven diosa Perséfone-Core, porque era la única flor que crecía en los campos de trigo de su madre Deméter.

Titus se deslizó hasta el suelo. Sonreía. No obstante, era consciente de que iba derecho a los infiernos. Le llegaban gritos y ruidos lejanos: seguramente eran el daduco y sus hombres. Pero todo aquello carecía ya de importancia. Cerró los ojos y se encontró, en efecto, en los infiernos.

Los muertos formaban una larga fila detenida ante el Estigia, el río infernal. Había de todo: hombres y mujeres, pobres y ricos, viejos, por supuesto, pero también jóvenes, niños y hasta criaturas de pecho. Como no podían andar, algunos difuntos compasivos los llevaban en brazos.

Esperaban que los cruzase la barca de Caronte. El barquero fúnebre reclamaba a todos su óbolo y los que no podían pagar estaban condenados a vagar eternamente por aquellas desoladas orillas. Cuando le llegó el turno, Titus se disculpó por no poder abonar su deuda: no tenía nada, porque aún no estaba realmente muerto. el hombre de negro sacudió la cabeza.

—Sí que has muerto, pero estás en el templo de Plutón. Estás bajo su protección. Pasa...

Se encontró frente a frente *con* Cerbero, que también le permitió pasar, saludándole con sus tres cabezas. Puso el pie en la otra orilla. Los muertos con los que se cruzaba no parecían verle. Conservaban el mismo aspecto que habían tenido antes del instante fatal, pero saltaba a la vista que no pertenecían a este mundo. Era como si ya no tuviesen dimensión ni realidad. Su paso era infinitamente lento, parecían marchar sin objetivo concreto.

Titus estuvo a punto de ponerse a buscar a los muertos que seguían presentes en su corazón: su padre, su madre, la única mujer a la que había amado. Pero pensó que sería un sufrimiento inútil. Lo que tenía que hacer era encontrar a las víctimas de su investigación para interrogarlas. Quizá le contasen toda o una parte de la verdad, lo que le serviría cuando volviese a la vida. Y es que no creía estar muerto. Caronte y Cerbero se habían equivocado. Pidió a las sombras que le indicasen dónde se encontraban los asesinados no vengados. Todos hicieron el mismo gesto, con idéntica languidez, para señalarle un bosque sombrío.

Se dirigió a él y contempló una escena desoladora: los muertos exhibían la herida que les había llevado a aquel lugar y se lamentaban débilmente, con las fuerzas que restaban a los simulacros de vida que ahora eran. De todas las bocas salía la misma queja:

—¡Ay, mi asesino sigue impune y yo aquí!

Vio a Cloe en el límite del bosque, cerca de un pequeño estanque de aguas gris oscuro. Iba cogida de la mano de una mujer extraña de cabellos verdes. Al aproximarse, descubrió que se trataba de la daeiritis, cuyo pelo estaba formado por algas. La visión de la antigua camarera de la posada resultaba aterradora. Tenía en el cuello la flecha roja y negra con plumas amarillas que la había matado. Titus se acercó a ella. Disimulando su sentimiento de espanto, le planteó la pregunta que le quemaba en los labios:

—¿Fuiste tú la que reapareció el día de Core?

La muchacha se expresó con dificultad, a causa de la flecha:

—Mírame bien. ¿Tengo aspecto de diosa? No soy más que una pobre adolescente caída en la flor de la vida. Te agradezco lo que has hecho por mí, Titus, aunque hayas fracasado.

—No he fracasado. Aún falta mucho para mi partida.

—¿De qué hablas? Ya no hay tiempo ni partidas. Estás muerto.

La daeiritis habló a su vez, poniéndose la mano en el cuello para ocultar su herida abierta.

—¡Gracias, Titus! No has dudado en entrar en el santuario por nosotras y lo has pagado con la vida.

—¡Pero todavía no estoy muerto!

Las dos sombras no respondieron. Siguieron su camino cogidas de la mano. Titus las dejó marchar, buscó con la mirada a la tercera persona a la que quería ver y acabó por encontrarla.

Publio Volumnio estaba sentado en el tocón de un árbol. Parecía meditar, y tenía la cabeza, con la frente hundida, apoyada en su mano derecha. Titus fue a su lado.

—Viste a tu asesino, ¿no es cierto?

La sombra levantó pesadamente sus ojos hasta él.

—Sí, le vi.

—¿Quién es?

—¿Qué más da? ¿Para qué quieres saberlo?

—Para castigarle. ¡Para vengarte y que así encuentres reposo!

—¿Cómo lo harás? Estás muerto.

—¡No estoy muerto!

—¡Estás muerto, Flaminius! Las estatuas de Filebo están más vivas que tú.

A Titus le asaltó una violenta ansia de sublevación. No, no estaba muerto. ¡Se equivocaban todos! Sentía que la vida escapaba de él. Bastaba con dejarse llevar, con rendirse, pero no lo haría. No podía permitir que esos tres desdichados errasen como almas en pena durante toda la eternidad. ¡Tenía que vivir por ellos, debía hacerlo!

—Parece que vuelve en sí.

Llegó hasta él una débil voz de mujer. Parecía estar lejos... ¿Dónde venía? ¿Del bosque, cerca de las orillas del Estigia? Oteó en todas direcciones y acabó descubriendo de nuevo a Cerbero. Junto a él estaba Plutón.

Una forma vestida de negro se inclinó sobre él. Esta vez reconoció a Mirto, la sacerdotisa. Estaba tumbado en el suelo. Se sentía muy mal, muy débil, y le dolía horriblemente la cabeza.

—¿Qué me ha pasado?

—Has respirado la flor de Perséfone. Cada año recogemos las amapolas en la llanura de Eleusis y las quemamos durante toda la noche. Normalmente, todos los que aspiran el humo mueren, pero tú has sobrevivido.

Titus Flaminius abrió los ojos de golpe. Estaba en el templo de Plutón y llevaba tiempo allí, ya que la luz del día entraba por la puerta abierta. Reconoció también la silueta del hierofante, en pie algo más lejos. Se levantó como pudo. Descubrió que el sacerdote tenía en la mano el ramo de laurel. Titus dijo con esfuerzo:

—Quise obedecer un oráculo de Apolo, o al menos eso creía. Ahora pienso que era engañoso.

El jefe de los religiosos se acercó a él con expresión seria.

—Te encontré esta mañana la sacerdotisa de Plutón y fue a buscarme para que decidiese tu destino si te recuperabas. Puesto que es ése el caso, daré a conocer mi decisión.

Titus se sentía a punto de desfallecer. Sentía vértigo, ganas de vomitar y, con las palabras del hierofante, tuvo la impresión de que su corazón dejaba de latir.

—Tu intención al venir aquí era noble. Pero todo profano que penetre en el santuario ha de ser castigado con la muerte. Has cometido el error de creerte por encima de las leyes y mereces morir.

Titus imaginaba a los soldados del daduco en la puerta del templo. Probablemente, no tenían derecho a entrar y aguardaban la orden del hierofante para hacerlo. Era el fin... el sacerdote habló de nuevo:

—No obstante, considero que has recibido el castigo que merecías. Has muerto, Titus Flaminius, pero el dios a quien aquí se honra te ha devuelto la libertad para que puedas concluir tu tarea.

Le entregó el ramo de laurel.

—Deposítalo como ofrenda a Hades y agradécele el favor que te ha concedido.

Titus así lo hizo. Dio las más profundas gracias al dios de los infiernos y le juró que llevaría hasta el final su investigación. El hierofante insistió:

—Es la única razón por la que aún estás vivo. Ninguna otra cosa debe contar para ti. Debes devolver la paz a las almas de esos desgraciados.

—Te lo juro también a ti, Hierofante.

—Adiós, entonces. Nos volveremos a ver en los Grandes Misterios.

El hierofante se marchó. Se quedó a solas con la sacerdotisa. Mirto se limitó a decirle:

—Sígueme.

Y se dirigió al fondo del templo. Detrás de la estatua de Plutón había una escalera que se perdía en el subsuelo. Prendió una antorcha y Titus la siguió a lo largo de un interminable corredor subterráneo. La sacerdotisa le dirigió sólo unas pocas palabras para explicarle que el pasaje conducía fuera del santuario y que, una vez allí, debería marcharse cuanto antes. Ella le diría a los hombres del daduco que le había encontrado muerto, cosa que no les extrañaría. A él le preocupaba, sin embargo, lo que podría pasar en los Grandes Misterios. El daduco le vería allí. ¿No ordenaría matarle? Ella le respondió que, en esa ocasión, formaría parte de los peregrinos y que su persona sería sagrada.

Poco después, Titus salió al aire libre, cerca del templo de Daeira. Quiso dar las gracias a la sacerdotisa de Plutón, pero ésta ya había desaparecido. Se quedó un rato respirando, incrédulo, el aire de la radiante mañana primaveral. Probablemente nunca se había visto en una situación tan extrema. Tenía la sensación, no de haber escapado a la muerte, sino, como había afirmado el hierofante, de haber perdido de verdad la vida y haber regresado de los infiernos.

ARRÉFORAS Y ERGASTINAS

De vuelta en Atenas, Titus Flaminius se juró no volver a Eleusis antes de los Grandes Misterios o, si encontraba al culpable, para darle la noticia a Filis.

En primer lugar, los sucesos del santuario le habían causado una fuerte impresión. Sólo se lo había dicho a Bruto y únicamente le había contado cómo había salvado la vida en el templo, omitiendo el sueño que había tenido. ¿Había sido en realidad un sueño? O, al contrario, ¿había descendido de verdad a los infiernos, como Teseo, como Orfeo, antes de volver en sí?

Prácticamente, había abandonado la pista de los sacerdotes. Tenía la convicción de que el anterior hierofante había fallecido de muerte natural y que Cloe no había podido descubrir nada sobre el particular. Por supuesto, estaban las acusaciones de daeiritis y su trágico final, pero había llegado a pensar que la habían matado sólo para orientar las sospechas hacia los religiosos.

¿Quién había sido? En ese interrogante residía toda la cuestión. La respuesta tenía que ver con Filebo, al que era más urgente que nunca encontrar, así como a su modelo, si no se trataba de Cloe, sino de alguien que se le parecía.

Al tiempo que asistía a los cursos de la Academia, centrados ahora únicamente en la muerte, Titus continuaba con sus indagaciones en Atenas, sobre todo en el barrio de Cerámico. Contaba con el fiel respaldo de Lycos y tenía que admitir que apreciaba su compañía. El joven le ayudaba a olvidar los aspectos más sombríos de su investigación. Siempre estaba de buen humor, lleno de buena voluntad y hacía lo que podía para disimular sus sentimientos, aunque, de vez en cuando, un suspiro o una mirada le traicionasen.

Así iba pasando el tiempo, por desgracia, sin resultados. Estaban en el mes de hecatombaion, el julio de los romanos. Era imposible encontrar a Filebo y a su modelo, y la realidad que se ocultaba tras las pompas fúnebres de Atenas seguía siendo igual de turbia. Quinto de Ramnonte se había enterado de que tras la muerte de Sostrato, alguien las había comprado, pero esa persona se obstinaba en no darse a conocer.

Así pues, la investigación de Titus iba más bien atrasada cuando llegaron las Grandes Panateas, la más importante fiesta ateniense, para la que se preparaban desde hacía cuatro años las dos hijas de su anfitrión, Ariadna, la ergastina, e Iris, la arréfora.

El principal acontecimiento de las Panateneas era, sin duda, la solemne procesión que atravesaba toda Atenas y que inmortalizaba el friso del Partenón. Estaba precedida la víspera, el 27 de hecatombaion, por una carrera con antorchas que atraía casi la misma cantidad de público. Lycos le habló de ella a Titus cuando salieron de sus clases en la Academia:

—¿Correrás conmigo esta noche?

—Iré a verte, pero no participaré. No tendría la menor oportunidad.

—No creas, tienes las mismas posibilidades que yo.

Y Lycos le explicó en qué se diferenciaba esta carrera de las otras. Se trataba de llegar el primero con la antorcha encendida; si se apagaba en el camino, el corredor quedaba eliminado. Había que dosificar bien la velocidad. La idea le resultó atractiva a Titus, que aceptó y le preguntó cuál era el recorrido.

—Termina en la estatua de Atenea Poliade, en la Acrópolis, y sale de aquí, de la Academia...

El adolescente se sonrojó.

—Del altar de Eros...

Al llegar la noche, Titus experimentó una curiosa sensación en la línea de salida. Aquel lugar que frecuentaba hacía meses y que siempre había conocido bajo el signo de la calma y la serenidad estaba invadido por una multitud ruidosa y jaranera. Aparte de los participantes, que sumaban varios centenares, todo el pueblo de Atenas se apelotonaba allí.

Al pie del precioso templo de Eros, con su columnata redonda y el diosecillo que apuntaba su flecha con aire travieso, ardía una gran hoguera. Titus fue con los demás a encender su antorcha. Había venido desde el Areópago y todavía no había visto a Lycos. No pudo evitar acordarse de él. Allí fue donde se le declaró. Después, había conseguido que le permitiese colaborar en la investigación, desarmándole con su amabilidad y por mucho que intentase enmascararla, su ternura. A Titus no le escandalizaban sus sentimientos, simplemente era incapaz de corresponderlos.

—Te agradezco que hayas venido.

Allí estaba Lycos, sonriendo con timidez, como de costumbre.

—¿No te molesta si te digo que me gustaría ganar por ti?

Titus no tuvo tiempo de responder. Estalló el griterío. Acababan de dar la señal de salida y los participantes salieron en estampida. Titus decidió empezar fuerte y enseguida se encontró en el grupo de cabeza. Aunque hacía un rato que había oscurecido, hacía mucho calor. Soplaban una brisa irregular, que alternaba con fuertes rachas, y decidió reducir el ritmo. Hizo bien, porque a varios corredores que le adelantaron se les apagaron las antorchas y tuvieron que abandonar la carrera con una exclamación de rabia.

Continuaron las eliminaciones y Titus se encontró en primera posición. Experimentaba una especie de exaltación al verse así solo delante de todo el mundo, animado por el clamor delirante de la muchedumbre, cuando se produjeron dos sucesos simultáneos. En una bifurcación, tomó una callejuela en la que soplaban una fuerte corriente de aire que apagó su antorcha y en el mismo instante, sonó un silbido.

Se paró en seco. Lo había identificado. Dio la vuelta, pero no tuvo que ir muy lejos. A unos pasos detrás de él, una flecha se había clavado en el suelo. Tuvo el tiempo justo de arrancarla antes de que llegasen los corredores que le seguían. Era negra y roja, con plumas de un amarillo vivo. Por un momento, se quedó inmóvil y mudo en medio de los gritos de la multitud. ¿Cómo no había pensado en el riesgo que corría exhibiéndose así a la vista de toda la ciudad? De no ser por aquella corriente de aire providencial en el instante preciso en que disparaba el arquero, estaría muerto. Mientras recuperaba el resuello y el ánimo, una idea terrible cruzó su mente: Lycos.

Empezó a correr en dirección contraria por el estrecho espacio que el público dejaba a los corredores, empujando a algunos y recibiendo insultos. Pero era imprescindible que avisase al joven y le detuviese. Sin duda, el asesino permanecía en su puesto y cuando pasase ante él aquel que le ayudaba en su investigación, le mataría. Por fin, dio con él. Con frases telegráficas le explicó lo que acababa de suceder, pero Lycos no parecía entenderle. Alzó la voz:

—¿No lo comprendes? ¡Te matará cuando llegues al callejón! ¡Detente! ¡Apaga la antorcha!

Esta vez, el adolescente le contestó:

—Ya te lo he dicho: voy a ganar por ti.

—¡Lycos!

El muchacho llegó al lugar en el que Titus había sido atacado. Éste esperaba que se repitiese la escena, que la corriente de aire apagase la llama, pero Lycos había reducido instintivamente el ritmo y avanzaba por la callejuela con la antorcha en la mano. Titus aguardaba el silbido fatal, pero no ocurrió nada parecido. El arquero se había marchado o su objetivo era sólo él y nadie más.

Titus siguió el resto de la competición junto a Lycos. Pudo ver la habilidad con la que controlaba su carrera el adolescente, que pronto figuró entre los primeros. En la subida a la Acrópolis, tuvo la astucia o la suerte de pegarse a la pared de piedra en el instante en que una ráfaga de viento apagaba las antorchas de sus competidores más cercanos. Pasó a encabezar la carrera con suficiente ventaja como para poder reducir la marcha.

Así fue como Lycos llegó ante la vieja estatua en madera de Atenea Poliade, revestida aún con el antiguo peplo que cambiaría el día siguiente. A sus pies, habían depositado un montón de ramas de

olivo. Acercó a ellas su llama: había ganado.

En medio del estruendo de las ovaciones recibió la recompensa del vencedor: un ánfora de aceite de los olivos sagrados de la Acrópolis. Titus le felicitó por el preciado galardón, pero el adolescente negó con la cabeza.

—El mayor premió ha sido tu preocupación por mí. ¡Gracias, Titus!

Después de una corta noche, amaneció el día de las Grandes Panateneas, que sólo se celebraban en Atenas una vez cada cuatro años. Como en el caso de las Dionisias, el cortejo se formaba en el Pompeion, el edificio donde se almacenaba el material de las pompas oficiales. Estaba cerca de la puerta Dypilon, que daba acceso al camino que llevaba a la Academia y a Eleusis. Por eso, el trayecto que Titus hizo esa mañana le resultó familiar.

Iba acompañado de Ariadna y de Quinto de Ramnonte. La emoción de la joven era patente, al igual que la de su padre. Cuando llegaron al lugar, Titus se sorprendió al descubrir un barco enorme montado sobre ruedas que unos empleados sacaban del Pompeion. Ariadna le explicó que el peplo o manto sagrado sería colocado en él como una vela y que de esta forma atravesaría la ciudad. Titus se asombró:

—Creía que de eso se ocupaban las arréforas.

—Eso es una vez que está en la Acrópolis.

Y hablando de las arréforas, vio acercarse a Iris junto con sus tres compañeras. La niña se lanzó feliz hacia él. Si su temperamento ya era de por sí expansivo, ahora estaba nerviosísima. Quiso besar a Titus en ambas mejillas, pero se contuvo en el último momento al ver la multitud que les rodeaba. No obstante, le pidió que se colocase a su lado. Titus se negó al principio, aunque accedió a su deseo al hacerle el arconte una señal de que aceptase.

Unos hombres y mujeres vestidos con ligeras y elegantes túnicas se encargaron de instalar el peplo en el mástil del navío. el gran paño de lino, que Titus había visto tantas veces en las manos de Ariadna y sus amigas, se desplegó en el cielo de Atenas entre las exclamaciones de la muchedumbre. el desfile se organizó y se puso en marcha.

Delante iba un grupo de jóvenes armados a caballo; luego, los magistrados de la ciudad, con el arconte a la cabeza; a continuación, parte de los sacerdotes seguidos de la embarcación, tirada por un centenar de esclavos y custodiada por las ergastinas y las arréforas. Titus era su único acompañante y no dejaban de llamarle la atención las extraordinarias distinciones que le concedían gracias a su antepasado.

Después, venían los animales que iban a ser sacrificados en esa jornada, la más solemne de todas. Se trataba de un número inimaginable de bueyes, un auténtico rebaño. De acuerdo con la tradición, iban escoltados por muchachas con cestos y sombrillas y portadores de vasijas y ramos, estos últimos ancianos todos de barba blanca. Por último, estaba el conjunto de los atenienses. Pues, a diferencia de otras festividades, el gentío no asistía en calidad de espectador a las Panateneas, sino que formaba parte del séquito.

El trayecto era largo, ya que recorría una gran parte de Atenas y sus barrios. A Titus le chocaba ver la ciudad así de vacía. Absolutamente todo el mundo tomaba parte en la procesión. Sólo quedaban al margen algunos sacerdotes, que mantenían abiertas las puertas de sus templos y hacían sacrificios al paso del peplo.

La joven Iris asateaba a preguntas a Titus. Quería saberlo todo sobre el punto en que se hallaba su investigación y, a pesar de las evasivas de él, volvía sin cesar a la carga. De repente, mientras pasaban delante del templo de Core, en Agra, cuyas puertas estaban también excepcionalmente abiertas, la niña exclamó:

—¡Es increíble!

El corazón de Titus dio un bote.

—¿Qué es increíble?

—La estatua de Core. ¡La conozco!

—¿Qué dices?

Iris se quedó mirando a Titus, extrañada de su reacción.

—¿Tanta importancia tiene?

—Muchísima. ¡Habla, te lo ruego!

El rostro de la pequeña arréfora se iluminó con una gran sonrisa. Orgullosa del papel que acababa de adquirir de repente, le contó una historia sorprendente.

El Aglaurión era un pequeño templo situado en la base de la Acrópolis dedicado a Aglauro, una oscura divinidad a la que se veneraba sólo en Atenas. Un pasaje secreto lo comunicaba con la residencia de las ergastinas. Normalmente, éstas no estaban autorizadas a utilizarlo, pero Iris, que no tenía miedo de nada, lo recorría a menudo por las noches. Y en una ocasión, hacía ya varios meses, había descubierto a una mujer que se había refugiado allí y que le había confesado el motivo de su presencia en aquel lugar.

Se llamaba Ismena y procedía de Esparta, de donde había huido el día de su boda. No sólo no quería al hombre que su padre le había impuesto, sino que las horribles condiciones en las que se desarrollaban las bodas espartanas la habían animado a rebelarse.

En efecto, en algunas familias especialmente rígidas de Esparta, después de proclamada la unión ante los padres, la joven era encerrada en casa de su nuevo esposo, en una habitación sin luz, con un jergón por todo mobiliario. Allí una esclava le rapaba el pelo y la vestía con ropas masculinas, mientras el marido disfrutaba del banquete de bodas con los amigos que elegía. Por la noche, entraba en el cuarto y la desfloraba rápidamente, tras lo cual, volvía para finalizar la jornada con sus compañeros, algunos de ellos sus amantes.

En este punto de la historia, Titus manifestó su rechazo. el desprecio de los griegos hacia las mujeres le disgustaba, pero lo que ahora estaba escuchando sobrepasaba todo lo visto hasta entonces. La pequeña arréfora aprobó vivamente su reacción y aprovechó para pedirle de nuevo que la llevase con él cuando volviese a Roma. Cauteloso, Titus evitó la respuesta y la invitó a proseguir su relato.

Iris así lo hizo. Ismena, que no carecía ni de carácter ni de energía, se sintió asqueada por semejante trato. Después de partir su marido, consiguió forzar la puerta. Prendió fuego a la casa. Esperó un momento para asegurarse de que ardía y escapó hasta Atenas en el caballo de uno de los invitados. Una vez aquí, se había refugiado en el Aglaurión, donde una de las sacerdotisas la había ocultado.

Todo el asunto se remontaba al otoño anterior. Un día, Iris había descubierto que Ismena no estaba. Sintió temor por ella, pero la sacerdotisa del Aglaurión la había tranquilizado: el escultor que estaba realizando la nueva estatua de Aglauro le había propuesto ir con él y ella había aceptado. La quería como modelo. Después de aquello, no había vuelto a verla.

Titus estaba loco de alegría. Tanto que hizo lo que la pequeña arréfora no se había atrevido a hacer antes: la besó, sin cohibirse, en ambas mejillas. ¡Eso aclaraba buena parte del misterio! Aquella Ismena se parecía de manera sorprendente a Cloe, que al parecer había sido víctima de esa semejanza. Podía apostar a que su marido, o uno de los amigos si éste había perecido en el incendio, había salido en persecución de la fugitiva. Finalmente, había hallado su rastro en Atenas, pero la fatalidad había querido que los caminos de las dos jóvenes se cruzasen. Filebo había ido a presentar al hierofante a la modelo de la estatua de Agra en el momento en que Cloe representaba el papel de Core, junto al pozo de Callichoros.

De golpe, Titus comprendía uno de los mayores misterios de aquel asunto: la razón por la que el arquero había acudido a la posada durante el velatorio. Fue porque, a pesar de todo, albergaba dudas sobre la identidad de la víctima. Había querido asegurarse, y al constatar su error, había arrojado el cadáver al suelo en un arrebato de rabia. Estaba claro que aún quedaban muchas cuestiones sin aclarar, empezando por el lugar donde se encontraba Ismena, si es que todavía estaba viva.

Iris interrumpió sus reflexiones:

—¿Quieres que te lleve al Aglaurión?

—Me sería de gran ayuda.

La joven arréfora tenía los ojos brillantes de excitación.

—Por favor, dime por qué es tan importante para tu investigación.

Esta vez, Titus se sintió obligado a darle alguna información, que ella escuchó con avidez. Se había olvidado de la importancia de aquella jornada que esperaba desde hacía cuatro años.

La procesión se había detenido ante los Propíleos. Los hombres y mujeres vestidos con finas túnicas que habían colocado el peplo montaron en el carro y se ocuparon de nuevo de su cometido. Al mismo tiempo, hicieron signos en su dirección. Titus interrumpió su narración.

—Creo que te llaman.

Iris levantó los ojos hacia el barco.

—Tienes razón, debo irme. ¿Me prometes que me contarás el resto?

Desapareció corriendo y, poco después, Titus asistía como espectador privilegiado a la más grande de las fiestas atenienses. Sujetando cada una el peplo por una esquina, las cuatro arréforas avanzaron por el suelo pavimentado de la Acrópolis, en medio de una inmensa multitud totalmente silenciosa. Iban rodeadas de músicos que tocaban flautas y liras y de cantantes que interpretaban un himno en honor a la diosa, mientras los portadores de ramos agitaban sus ramas de olivo.

Iris y sus tres compañeras llegaron así hasta el antiguo templo de Atenea Poliade. La sacerdotisa de Atenea las esperaba y tomó en sus manos el manto sagrado que ellas le tendían. A continuación, sin que el silencio fuese roto más que por el canto religioso, retiró el viejo peplo y lo arrojó al fuego que Lycos había encendido la víspera. Luego revistió con solemnidad la venerable efigie de madera de la diosa con su nuevo ropaje. Sólo entonces, la muchedumbre, formada por decenas de miles de personas y que desbordaba ampliamente la Acrópolis, rompió en una inmensa ovación.

Pero las Panateneas no acababan con la colocación del velo. Quedaba lo que el público esperaba con más impaciencia: la hecatombe. Esta palabra, que significa «cien bueyes», designaba el mayor sacrificio de la religión ateniense. Tenía lugar sólo durante las Panateneas y había dado su nombre al mes de hecatombaion, durante el cual se celebraba.

En realidad, la cifra de cien era arbitraria. Debía haber suficientes animales para alimentar a toda la población de la ciudad, por lo que podían ser más o menos. Así pues, se iniciaron los sacrificios. No se desarrollaban delante del templo de Atenea Poliade, sino ante el Partenón, bajo la impresionante estatua criselefantina de Fidias. Titus presenció desde lejos el espectáculo. Primero se produjo una aterradora carnicería, con ríos de sangre que se extendían por el suelo. Más tarde, las carnes fueron puestas a cocinar en grandes hogueras que se acababan de encender y todos acudieron a servirse.

Titus no tenía el menor deseo de participar en aquella disputa caótica. Se dirigió a Iris, que, una vez concluida su función en la ceremonia, había regresado a su lado:

—¿Querrás indicarme el camino al Aglaurión?

Ella estaba deseando hacerlo. Ambos salieron hacia la casa de las arréforas. Titus no tuvo que preocuparse por si se fijaban en ellos. En medio de los empujones por el festín al otro lado de la Acrópolis, nadie les prestó atención. Iris franqueó el muro del recinto con una agilidad asombrosa. Él la imitó y se encontraron en el jardincillo.

Al fondo había una cabaña. Siguiendo a su pequeña guía, Titus entró en ella. La vio levantar una trampilla y, sin titubear, bajar por una oscura escalera. La imito. El camino era estrecho y largo. Aunque para alguien de la altura de Iris no planteaba problemas, para un adulto resultaba incómodo y en varias ocasiones tuvo dificultades para pasar.

Pero acabaron desembocando en el templo, de aspecto más bien siniestro y reducidas dimensiones. Estaba cerrado por una pesada puerta de bronce y sólo albergaba una estatua en el centro, que una alta ventana iluminaba de refilón. Iris se apresuró a mostrarle una pequeña habitación contigua: el escondite de Ismena. Titus experimentó un malestar: todo en aquel lugar sugería una prisión, casi una tumba.

Salió y se dirigió hacia la estatua, que resultaba, cuanto menos, curiosa. Representaba a una joven sosteniendo un cesto del que salía una serpiente, a la que miraba con expresión de sorpresa y horror. Iris empezó a contarle de manera inconexa la historia de Aglauro, a quien pertenecía la efigie, pero él apenas la escuchaba. Sólo tenía ojos para la extraordinaria estatua. La expresión de

espanto estaba asombrosamente conseguida. Incluso daba miedo. No cabía la menor duda de que aquella obra de arte sólo podía pertenecer a Filebo y por primera vez, Titus tuvo la esperanza de concluir de modo satisfactorio su investigación.

LOS DESAPARECIDOS DE ATENAS

Como consecuencia de las Panateneas, la existencia cotidiana de Titus Flaminus cambió de modo sustancial. El periodo como arréfora de Iris había finalizado y vivía de nuevo en casa de su padre. Obviamente, su presencia no pasaba inadvertida. Además, había contado a todo el mundo la historia de Ismena, así como el papel que ella misma había desempeñado en la investigación. Así que Titus ya no podía esperar discreción alguna en ese sentido.

Al igual que Iris había dejado de ser arréfora, Ariadna ya no era ergastina. Ahora que el peplo había abandonado para siempre la residencia del Areópago y lucía en la estatua de la Acrópolis, Titus no asistía al baile de los rosados dedos y el hilo dorado sobre el tejido blanco. Tenía la impresión de haber pasado página. Y no era sólo una impresión: su estancia tocaba casi a su fin. En poco más de un mes, llegarían los Grandes Misterios, y justo después, él debería partir. Disponía de ese plazo para concluir su búsqueda.

Aunque las revelaciones de Iris le habían permitido comprender buena parte del enigma, no habían contribuido en nada a resolverlo. ¿Dónde estaban Ismena y Filebo? Seguía sin tener la menor idea. Fue entonces cuando se produjo un acontecimiento inesperado y brutal.

Al salir de uno de sus cursos en la Academia, Titus se sorprendió al ver que le esperaba Quinto de Ramnonte. Al instante, sintió una enorme inquietud: el arconte jamás se había desplazado hasta allí y temió que hubiese ocurrido una desgracia. Pero no se trataba de nada parecido, sino más bien al contrario. El magistrado estaba visiblemente agitado.

—Tengo una gran noticia: mis hombres han detenido a la persona que buscas, el asesino de Cloe.

Titus se quedó boquiabierto

—¿Cómo ha sido?

—Debido a una afortunada casualidad. Juzga tú mismo.

Los sucesos tenían, desde luego, algo de milagroso. Como se ha dicho, el arconte no contaba con una policía de investigación, pero disponía de suficientes efectivos para vigilar la ciudad, en especial los mercados. Esa misma mañana, los hombres apostados en el Ágora habían detenido a un individuo armado con un arco en el momento en que se disponía a disparar sobre una joven.

Ésta decía llamarse Ismena y había identificado al agresor como su marido. La muchacha había huido de Esparta y él la perseguía para matarla. el hombre, por su parte, había sido interrogado a fondo dos veces. Había admitido haber matado por error a una muchacha en Eleusis. El arconte concluyó:

—Le he hecho encarcelar. Para que puedas asistir, será procesado el día después de los Grandes Misterios.

Pasado el momento de la sorpresa y la emoción, Titus planteó un montón de preguntas:

—¿Podría ver sus armas?

Quinto de Ramnonte hizo una señal para que se acercase uno de sus hombres que permanecía alejado y en el que Titus no había reparado. Le tendió un arco con flechas. No había confusión posible: allí estaban las rayas rojas y negras y el penacho de color amarillo, tan característicos.

—¿Puedo interrogarle?

—Cuando quieras. Se llama Arquides. Sólo tienes que decírselo al carcelero. Ya he dado instrucciones.

La última pregunta de Titus era la más importante:

—¿Dónde está Ismena?

De pronto, el arconte pareció incomodo.

—Se ha marchado.

—¿Cómo que se ha marchado?

—Rápidamente. Incluso corría.

—¿Sin decir adónde iba?

—No.

—¿Y tus hombres han dejado que se fuese?

—¿Por qué iban a impedirselo? Era la víctima. Y, de todas maneras, su testimonio ha quedado registrado en los formularios. Aunque no comparezca en el juicio, es válido. Eso sin contar con la confesión del agresor.

Titus se dirigió sin demora a la prisión para interrogar al asesino de Cloe. Tenía sentimientos encontrados. Por supuesto, se sentía feliz. Aquello por lo que había luchado tanto tiempo, que tanto esfuerzo y tiempo le había costado, aquello por lo que había arriesgado su vida acababa de resolverse. Pero, a pesar de todo, experimentaba cierto malestar. No le convencían en absoluto las circunstancias del arresto. Todo parecía demasiado perfecto, demasiado irreal. Quizá lo que más le contrariaba era la repentina reaparición de Ismena, seguida de una igualmente repentina e inexplicable desaparición.

Al verle llegar, el centinela se apresuró a llevarle hasta el prisionero. Titus se encontró con un hombre de abundante barba negra y pelo rizado. Arquides poseía una constitución atlética y transmitía ferocidad. Levantó los ojos hacia el recién llegado con un gruñido.

—¿Qué quieres?

—Interrogarte.

—Ya he sido interrogado.

—Tengo otras preguntas que hacerte. ¿Por qué querías matar a tu esposa?

—Prendió fuego a mi casa. Tres de mis amigos murieron en el incendio. ¿Te parece poco?

—¿Cómo sabías que se había refugiado en Atenas?

—La seguí durante un día y una noche enteros. Perdí su rastro en la ciudad, pero me quedé por aquí. Estaba dispuesto a esperar toda la vida para vengarme. El invierno pasado creí haberla encontrado. Por desgracia, no era ella.

—¿Y qué hiciste luego?

—Continué buscándola, pero se había esfumado. Hasta esta mañana en el Ágora.

—Ismena ha desaparecido otra vez. ¿Sabes adónde ha podido ir?

El hombre se encogió de hombros, sin responder.

—¿Y querías matarme a mí?

—Me estabas persiguiendo.

—¿Fuiste tú quien me atacó en las Panateneas?

—Sí, fui yo.

—¿Y en Maratón?

—Lo mismo.

—¿Cómo supiste que me dirigía a Maratón?

Arquides se encogió otra vez de hombros. Permaneció en silencio, a pesar de las demás preguntas relativas en particular al asesinato de Publio Volumnio y el de la daeiritis.

Titus salió de la prisión tan desasosegado como había entrado. Una cosa le inquietaba en especial: para seguirle a Maratón, Arquides había tenido que espiarle constantemente, estar al corriente de todos sus movimientos y acciones. ¿Por qué había esperado a que estuviese en la otra punta de Ática para atacarle, cuando podía haberlo hecho en cualquier lado? Estaba claro que el tipo sabía mucho más de lo que contaba.

El estado de ánimo de Titus había cambiado radicalmente cuando al día siguiente se puso en camino para comunicarle la noticia a Filis. Se había hecho el firme propósito de no volver a Eleusis

antes de los Grandes Misterios, a menos que encontrase al asesino de Cloe, como era el caso. A pesar de que todavía quedaban partes oscuras, no se podían cuestionar los hechos: Arquides era el asesino de Cloe. Había sido detenido con el arma del crimen y había confesado.

Titus llegó a la posada a la hora de la comida. Estaba repleta de ruidosos clientes. Reinaba el mismo ambiente que el día de las Dionisias rurales, instantes antes del asesinato, pero la tristeza había dejado sitio, si no a la alegría, al menos a la ansiada revancha. Localizó a Filis en la cocina. Aunque le dio la noticia con la mayor delicadeza, ella se sintió mal y soltó el plato que tenía en la mano.

—¡Es un milagro! No creí que fuese posible.

Titus la puso al corriente de todos los detalles y eso contribuyó a calmar su dolor. Confirmaban lo que ella siempre había dicho: se trataba de un error basado en el parecido. Entre lágrimas, exclamó:

—¡Lo sabía! Mi pequeña no podía mentirme. Ella no conocía a ese escultor. Nunca me ocultaba nada, nunca...

—Es cierto. Tenías razón.

Filis se dejó llevar un momento por el júbilo y preguntó:

—¿Cuándo se celebrará el juicio?

—Al día siguiente a los Misterios. Ese día tu hija recobrará la paz.

—Ya te pedí que fueses mi defensor. ¿Sigues dispuesto a serlo?

—Sí, Filis. Para mí será un honor.

Se quedó un rato con la posadera, pero ésta, a pesar de su alborozo, no podía desatender más tiempo a sus clientes. Tras darle de nuevo las gracias, le rogó que la excusase.

Titus se sentía casi eufórico durante el camino de regreso. Tenía una imagen fija ante sus ojos: él, como defensor de la víctima, tomando la palabra en el Areópago, al lado de la Piedra del Resentimiento. ¡Sí, tendría ese placer! Hablaría en el mismo lugar en el que Atenea había dejado oír su voz. ¿Qué otro abogado romano, antes de él, había disfrutado de ese honor?

Como a la ida, evitó atravesar la explanada para tomar el camino de Atenas. Era preferible no correr riesgos inútiles. No sabía si los guardias podrían reconocerle y salir tras él. Por eso, dio un rodeo junto al mar.

Cuando llegó a la playa en la que Cloe había sido incinerada, se vio a sí mismo, lanza en ristre, en el momento en que se elevaban las llamas. Experimentó una sensación de deber cumplido. Pero aquello sólo duró un instante. Otro recuerdo, el de otra pira, se impuso al primero, el de la daeiritis... Se sintió entonces desasosegado. Una vez pronunciado el veredicto del Areópago, la sombra de Cloe abandonaría por fin el triste dominio de los asesinados no vengados, pero la sacerdotisa con los cabellos de algas seguiría vagando en soledad cerca de la laguna de aguas grises, sin nadie a quien sostener la mano. A menos que se reuniese con Publírio Volumnio, meditabundo en su tocón, con el cráneo aplastado.

Superado el dolor, a Titus le asaltó un sentimiento de rebelión. ¡No, juraba que eso no sucedería! Para cumplir su juramento, sólo podía hacer una cosa: seguir con su investigación.

Titus puso manos a la obra con método y determinación. Ahora quedaba claro que, desde el comienzo, no habían dejado de cruzarse dos pistas. Primero, la historia de Arquides e Ismena, que había causado accidentalmente la muerte de Cloe. Luego, el rapto de Filebo y de Ismena por los servidores de la muerte. La primera había dado resultados, aunque no todo estuviese claro en el papel jugado por Arquides. Quedaba la segunda. Continuar su búsqueda significaba encontrar a Filebo y a Ismena.

Aunque resultaba difícil localizar al escultor, puede que la cosa fuese más fácil con Ismena. No debía de haber ido muy lejos tras su precipitada huida. Todo indicaba que seguía en Atenas o en sus inmediaciones. Había que inspeccionar la ciudad de cabo a rabo, empezando por el Ágora, donde había tenido lugar el incidente. Para eso, Titus confiaba en Lycos. Como ateniense, podía ser de gran ayuda.

Juntos exploraron minuciosamente el gran mercado del Ágora. Se trataba de un enorme

cuadrilátero limitado por dos elegantes pórticos y plantado de plátanos centenarios. A su sombra, los comerciantes se agolpaban en rudimentarios puestos. Se agrupaban por oficios: cordeleros, perfumistas, barberos, librerías, quincalleros, joyeros, chamarileros, vendedores de coronas de mirto para los funerales... Los productos alimentarios eran vendidos por campesinos llegados de los pueblos, que se instalaban un poco más lejos, en el mismo suelo. Los animales vivos, cochinillos, gallinas, patos..., permanecían en pequeños cercados previstos para ese fin. También se vendían caballos e incluso esclavos.

Ambos interrogaron a unos y a otros. Titus dejaba hablar a su amigo, que sabía mejor cómo dirigirse a sus conciudadanos. Encontraron a varios testigos que recordaban bien los hechos, pero ninguno fue capaz de decir qué había sido de la mujer.

No se desanimaron y continuaron sus pesquisas en otros lugares. Titus pudo descubrir a fondo la ciudad que sólo conocía superficialmente, por haber frecuentado siempre los mismos sitios. Fuera de los enclaves más prestigiosos como la Acrópolis, la Academia, el Areópago o algún barrio residencial como Cerámico, Atenas estaba construida de cualquier manera. Aparte de la calle de los Trébedes y dos o tres más, no existían arterias dignas de ese nombre, sólo pasajes estrechos, sin pavimentar, sucios, repletos de gente y pestilentes.

Las casas estaban hechas casi todas de una mezcla de tierra arcillosa con paja y piedra. Lycos explicó a Titus que los muros eran de tan mala calidad que los ladrones tenían la costumbre, en vez de forzar la puerta, de hacer un agujero en la pared. En cuanto a las puertas, dado lo exiguo de la mayoría de las viviendas, se abrían hacia el exterior y uno corría el riesgo de recibir un portazo en la cara en cualquier momento.

Lycos intentó justificar a sus compatriotas. Había que interpretar aquella negligencia como una consecuencia del espíritu democrático de los atenienses. No cultivaban, como los romanos, el gusto por los objetos bellos, al menos para sí mismos. Los reservaban para los templos y los lugares públicos. En sus casas, se mostraban tan modestos como les era posible. En ese sentido, la actitud de Eufión y los cínicos, aunque extrema, se ajustaba bastante a su mentalidad.

Fue en el más pobre de aquellos barrios miserables, en Koilé, donde más tiempo pasaron. Allí, al menos, las casas tenían el mérito de ser sólidas, ya que eran viviendas troglodíticas, excavadas en un montículo rocoso, alargado y de poca altura. Se veía a los habitantes entrar por un agujero y salir por otro, lo que daba al conjunto una curiosa apariencia de hormiguero. A Titus y a Lycos les dio la impresión de que los servidores de la muerte eran allí muy numerosos. Pero a pesar de sus inspecciones, no llegaron a ninguna otra conclusión.

Ambos habían corrido riesgos mientras espiaban en Koilé y en otros lugares de mala fama: burdeles, antros... En uno de ellos hicieron un descubrimiento sorprendente: Estratón estaba sentado con varios individuos mal encarados. ¿Qué podía estar haciendo un hombre de principios, que al parecer sólo se interesaba por la geometría, en un sitio semejante?

Titus pensó que la mejor manera de salir de dudas era preguntárselo. Se acercó a la mesa, pero se repitió la escena vivida hacía poco con Publio Volumnio. En cuanto le vio, Estratón salió huyendo. A continuación, todo se desarrolló de idéntica manera. Al encontrarse con él en la Academia, Titus le pidió una explicación, pero, en contra de toda evidencia, el otro negó los hechos.

Este nuevo enigma vino a sumarse a los fracasos de Titus. Había fallado y aquella constante era ya definitiva. Había llegado la víspera de los Grandes Misterios y Apolodoro acababa de pronunciar su última disertación. Justo después, se celebraría el juicio. Condenarían al asesino de Cloe y ésta sería vengada. Pero la tarea sólo estaba cumplida a medias. Arquides no había matado a Publio Volumnio, ni tampoco a la daeiritis. Él no había ordenado el secuestro de Filebo y de Ismena.

Filebo, Ismena... Titus no dejaba de pensar en ellos. Nunca conocería su destino. Nunca sabría dónde estaban prisioneros, si es que aún estaban vivos, ni en qué tumba se hallaban, si estaban muertos.

LA CÁRCEL DE PLATA

El 14 de boedromion, que correspondía al final de agosto en el calendario romano, marcaba la apertura oficial de los Grandes Misterios. Aunque, de momento, eran sólo los prolegómenos, ese día comenzaba la década sagrada, que duraba hasta el 23 del mismo mes. En otro tiempo, cuando las ciudades griegas eran independientes, esas fechas estaban marcadas por una tregua en las hostilidades, que siempre había sido rigurosamente respetada.

Los preparativos consistían en ir a buscar al santuario de Eleusis los objetos sagrados y llevarlos a Atenas, desde donde serían devueltos más tarde en solemne procesión. Amparados como estaban por el secreto más absoluto, permanecían encerrados en grandes cestos de mimbre, cuya tapa estaba sellada con cintas de lana púrpura. A su llegada a Atenas, eran depositados en el Eleusinon, el pequeño templo que se alzaba al pie de la Acrópolis. Como el santuario de Eleusis, estaba rodeado por muros y quedaba prohibido el acceso a los profanos.

Aunque el camino de ida y vuelta entre Atenas y Eleusis era largo, había mucha gente que lo hacía. Pese a que no era obligatorio, era costumbre que lo recorriesen los candidatos a la iniciación. Fue el caso de los condiscípulos de Titus, pero éste prefirió abstenerse. No se trataba de ceremonias propiamente dichas y él no podría confiar en la protección reservada a los peregrinos.

Hasta el día siguiente no vio a sus compañeros de la Academia: Bruto, Lycos y Estratón, este último tan enigmático e inescrutable como siempre. En esta ocasión, el punto de reunión fue el Pórtico de las Pinturas. A Titus no le agradaba volver a un lugar asociado a uno de los fracasos de su investigación, pero decidió no pensar más en ello. No servía de nada seguir atormentándose. Por el contrario, sólo debía preocuparse por el presente, por vivir plenamente la aventura espiritual que le esperaba.

El Pórtico y sus alrededores bullían de gente. Titus contempló a la misma muchedumbre que en los Pequeños Misterios: las mujeres eran tan numerosas como los hombres, los ricos se codeaban con los pobres, los adultos con los niños, las personas libres con los esclavos. A lo lejos, en pie en un estrado levantado delante de los frescos de Maratón, podía ver a los sacerdotes de Eleusis, que tantos recuerdos buenos y malos le traían: el hierofante con su túnica dorada, el daduco con la suya de plata, la sacerdotisa de Deméter con el peplo blanco y la de Plutón vestida de negro.

El primero tomó la palabra. Dio la bienvenida a todo el mundo y lanzó una severa advertencia que recordaba a la de los Pequeños Misterios:

—¡A aquellos cuyas manos no estén puras y cuyo discurso sea ininteligible, a éstos les digo, una vez más, que salgan del grupo de candidatos!

La fórmula, como todos sabían, aludía al hecho de haber cometido un homicidio y de no hablar griego, los dos únicos impedimentos para la iniciación. El hierofante aguardó un momento y, luego, viendo que nadie abandonaba el grupo, prosiguió:

—Ahora os dirigiréis al Eleusinon. En la puerta os purificaréis en una de las fuentes de agua lustral. A partir de ese instante, podréis ser designados con el nombre de mustes, que identifica a quienes han sido iniciados en los Pequeños Misterios y aspiran a la contemplación de los Grandes. Vuestra persona será sagrada hasta la iniciación.

La multitud recorrió en medio de una alegre algarabía el trayecto entre el Pórtico de las Pinturas y el Eleusinon. Titus estaba nervioso. Había pocas posibilidades de que el daduco le distinguiese

entre toda aquella gente, pero si lo conseguía y descubría que seguía vivo después de su sacrilegio, la reacción sería, sin duda alguna, terrible. Así que experimentó un tremendo alivio cuando hundió la mano en la pila. Después de eso, era un mustes, contaba con la protección de Deméter y todos los daducos del mundo no podían hacerle nada.

Como durante aquel día no se celebraba ninguna otra ceremonia, cada uno regresó a su casa. Al día siguiente se desarrollaba uno de los ritos más extraños de toda la religión griega, tradicionalmente conocido como «¡Mustes al mar!».

Todo empezaba en el Ágora, que para la ocasión lucía un aspecto insólito. Los comerciantes habituales desaparecían y eran sustituidos por los vendedores de cerdos y más concretamente, de lechones, que ocupaban todo el espacio disponible. Los candidatos a la iniciación se agolpaban en un grupo tan numeroso como el de la víspera y es fácil imaginar el bullicio que reinaba entre el griterío de la multitud y los gruñidos de los animales.

Cada uno de los mustes iba equipado con tres objetos: un tetradracma, moneda equivalente a cuatro dracmas, el precio de un cochinito; una cuerda para atarla al cuello del animal; y por último, un cuchillo para sacrificarlo. Se trataba de correr con el animal hasta Falera, la orilla más próxima a Atenas, bañarse con él, degollarlo y comérselo después en un gigantesco banquete. Nadie sabía explicar los orígenes y el significado de este ritual, que se perdía en la noche de los tiempos. No se asociaba a Deméter, ni a ninguna divinidad de Eleusis, con el cerdo ni con el mar. Pero así era el rito y todos los años se repetía el desconcertante espectáculo ante los ojos de toda la población, ya que en este episodio de los Misterios no había nada secreto.

Al igual que los demás, Titus se abrió paso hasta uno de los corrales, tendió al comerciante su tetradracma, una pequeña pieza de plata adornada en uno de sus lados con la efigie de Atenea y con la lechuza, su emblema, en el otro, y procedió a la adquisición. A partir de ahí, comenzó el complicado ejercicio que consistía en pasar la cuerda por el cuello del animal y tirar de él para salir de la ciudad. Como urbanita que era, Titus no estaba acostumbrado a aquellas cosas, pero consiguió arreglárselas. No ocurrió lo mismo con un buen número de mustes, aún menos habilidosos que él, como los niños o las damas de la alta sociedad. Por suerte, había muchos iniciados indulgentes y empleados del santuario para echarles una mano.

A continuación, se pudo asistir a la increíble pugna de miles de personas que corrían arrastrando su cerdito entre Atenas y Falera. Las risas se mezclaban con los gruñidos y todo transcurría con el mejor humor. También Titus se sentía contento. el tiempo era espléndido y la perspectiva de bañarse no le desagradaba en absoluto. Iba rodeado de sus compañeros de la Academia, con los que intercambiaba bromas. Hasta Bruto se echaba a reír de vez en cuando, cosa que no le sucedía casi nunca.

Al final, los mustes llegaron al mar, no al puerto de Falera sino a un lugar situado al lado, delante de una playa de arena blanca. Les tocó el turno a los empleados del santuario y a los amistosos iniciados de hacerles una advertencia:

—¡No sacrificuéis al cerdo en el agua! La sangre atrae a los tiburones y ya ha habido víctimas.

El aviso provocó algunos gritos de pánico, sobre todo entre las mujeres y los niños, pero de todos modos se lanzaron al agua. Titus aprovechó para darse un buen baño. Le encantaba el mar y le encantaba nadar. Dejó a su lechón un momento en manos de Bruto, sobrepasó al gentío que chapoteaba en la orilla y se dirigió a aguas más profundas.

Disfrutaba de la tranquilidad cuando percibió de pronto que la superficie de las olas se teñía de rojo y divisó un animal que se desangraba no muy lejos de donde él estaba. Con enérgicas brazadas alcanzó a salvo la orilla, pero tuvo una desagradable impresión. ¿Quién había contravenido las instrucciones y, además, tan cerca de él, poniendo su vida en peligro? Llegó, no obstante, a la conclusión de que se trataba de una simple torpeza. No era capaz de imaginar que alguien hubiese atentado contra él durante la celebración de los Misterios.

Comenzó entonces la increíble carnicería de los sacrificios. Los iniciados y el personal del santuario sustituían a algunos mustes, cuya mano temblaba o que no soportaban la vista de la

sangre. Pero el buen humor volvió en cuanto se encendieron las grandes hogueras y todos acudieron a asar en ellas su carne. Estallaron de nuevo las risas y las chanzas. También se escuchaban canciones. Titus permanecía abstraído. Aún tenía presente el incidente del baño y opinaba que la celebración de los Misterios empezaba de un modo muy raro. Deméter, Perséfone y Hades hacían dar curiosos rodeos a quienes querían llegar hasta ellos.

La continuación de lo que oficialmente seguían siendo los Grandes Misterios resultó también desconcertante. Los dos días siguientes, conocidos como Epidauria y situados bajo la protección, no se sabía muy bien por qué, de Asclepio, no implicaban ninguna ceremonia en sentido estricto. Los mustes regresaban a sus casas. Se les recomendaba emplear esas cuarenta y ocho horas en una especie de retiro espiritual, pero no era obligatorio. Podían hacer lo que quisiesen mientras esperaban la reanudación.

Titus acudió a la Academia para ocuparse de una tarea que deseaba llevar a cabo. Aquel día, los porteadores iban a trasladar las obras de arte de Publio Volumnio al mismo barco que él tomaría en unos días. Quería vigilar el embalaje, asegurarse de que no rompían ni robaban nada. Había pedido a Lycos que le acompañase y se encontraron en aquella habitación de triste recuerdo, en la planta baja de un pabellón en medio del bosque.

La mudanza estaba en marcha. Varias piezas habían sido ya empaquetadas. Otras estaban a punto de serlo, entre ellas el corredor de Maratón, que estaban tumbando en una gran caja. Titus pidió a los esclavos que interrumpiesen su trabajo. Antes de que cerrasen, quería asegurarse de que la obra de arte estaba intacta. Mientras la examinaba con atención, soltó una exclamación y llamó a Lycos:

—¡Ven a ver!

El adolescente corrió y se asombró a su vez. Acababa de descubrir lo que se les había escapado a ambos justo después del asesinato.

Como la estatua superaba ligeramente el tamaño natural, no habían podido ver la parte de arriba de la cabeza y no se les había ocurrido subirse a algo para hacerlo. Ahora que estaba tumbada, se veía bien el pelo, y entre los bucles se distinguían unas letras griegas que por su forma, más flexible que la de las latinas, se integraban con naturalidad en las curvas. Titus podía distinguir las con claridad: «λαυριον». ¡Laurión!, la mina de plata situada en el extremo de Ática. Allí estaba encerrado Filebo. Ése era el mensaje que había enviado para que acudiesen en su ayuda. Publio Volumnio lo había descubierto antes que ellos. De una manera o de otra, se había traicionado, el culpable se había dado cuenta y le había eliminado. No había un momento que perder. Quedaba más de un día y medio para que concluyesen las Epidauria. ¡Era más que suficiente!

Unas horas más tarde, los dos galopaban en dirección a Laurión. Llevaban un tercer caballo, que Lycos conducía por la brida, para que el escultor pudiese volver con ellos. En Ática, las distancias no son nunca muy grandes y poco después de mediodía habían alcanzado su destino.

Aunque su cabalgada no fue larga, resultó agotadora. Hacía un calor opresivo. El sol era despiadado y el aire quemaba de tal manera que parecían estar en mitad de un incendio. Sin duda alguna, era el día más caluroso del año, lo que no era poco, tratándose del clima griego.

El Laurio, un cerro no muy alto de roca gris claro, lanzaba reflejos cegadores en su dirección. Cuando se hallaron a unos cientos de pasos, descabalgaron, ataron los tres caballos en un bosquecillo y siguieron avanzando con cautela.

Si la canícula era sofocante para los humanos, hacía las delicias de otros seres vivos, de las cigarras en particular. Titus nunca había oído tantas juntas. Les rodeaban por todas partes, desgañitándose como condenadas. Por prudencia, Lycos y él hablaban en voz baja y el ruido era tal que no conseguían oírse.

No tardaron en llegar al acceso de la mina de plata, una especie de gran boca al pie de la colina, y entonces descubrieron que el calor era su mejor aliado. Los soldados que normalmente vigilaban la entrada se habían refugiado en un chamizo improvisado con ramas y permanecían allí postrados. Los sortearon con cuidado y entraron en la mina sin problemas.

Fuera la temperatura era asfixiante, pero en el interior era insoportable, ya que al bochorno se añadía la falta de aire. Durante el viaje, Lycos había explicado a Titus que el trabajo en Laurión, realizado por esclavos del Estado, era particularmente duro. Unos años antes se había producido una terrible revuelta que había sido reprimida sin piedad. En esa jornada de finales de agosto, las condiciones, más que duras, eran inhumanas.

Los mineros, metidos en estrechos conductos con un candil de aceite al lado, trabajaban de rodillas o tumbados, extrayendo el mineral con un cincel y un martillo. Tras ellos, otros esclavos lo cargaban en unos cestos que llevaban en la espalda. Todos tenían los pies encadenados. Muchos, ya sin fuerzas, permanecían en el suelo con los ojos entrecerrados. Titus pensó que algunos estaban muertos. Lycos le susurró:

—Creo que no hay guardias. Hace demasiado calor. Están todos fuera.

Titus hizo un gesto de asentimiento. Parecía evidente y había que aprovecharlo. Empezó a llamar a voces a Filebo. Lycos le imitó. Las tres sílabas reverberaron de forma cavernosa a través de las galerías y al cabo de un momento escucharon la tan ansiada respuesta:

—¡Estoy aquí!

La voz provenía de abajo. Cada uno cogió el cincel y el martillo de un minero desfallecido, por si los necesitaban, y se adentraron en las profundidades. Por fin, llegaron ante una pesada puerta. La voz les llegaba con nitidez: era allí. Golpearon el cerrojo con sus herramientas y no tardaron en romperlo. Empujaron la puerta: estaban en la prisión de Filebo, que buscaban desde hacía tanto tiempo.

Era inmensa y, contrariamente a lo que esperaban, muy bien iluminada por una abertura natural, una especie de pozo que empezaba en el techo y desembocaba en lo alto de la colina. Allí, gracias a la corriente de aire creada por otra abertura más pequeña, no reinaba un calor insoportable.

Filebo en persona los miraba, con los brazos colgando, desconcertado. Era un hombre alto, muy delgado, con barba y pelo enmarañados. Pero aquel aspecto miserable, causado por su larga reclusión, dejaba ver, a pesar de todo, unos rasgos armoniosos y una mirada gris claro penetrante y sutil. Estaba junto a una estatua inacabada, un discóbolo de admirable factura, que probaba que su calvario no había restado un ápice a su talento. Al ver a sus salvadores, estalló en sollozos convulsos. Titus le cogió por el brazo.

—Tus sufrimientos han terminado, pero no hay tiempo que perder.

Hicieron el recorrido en sentido inverso sin encontrarse con ningún problema, y poco después, los tres galopaban en dirección a Atenas. Titus se presentó, así como a su compañero, y explicó cómo habían conseguido liberarle gracias al mensaje del soldado de Maratón. Prosiguió:

—¿Estás en condiciones de hablar?

El escultor asintió.

—Dime qué quieres saber.

—Sé que fuiste raptado por los servidores de la muerte, pero ignoro la razón.

—Porque no quería pagar.

Y Filebo les contó una larga historia. Hacía años que los artistas de Atenas eran extorsionados por una asociación de la que los enterradores atenienses eran los cobradores. El comercio con Roma reportaba fortunas, y los artistas debían pagar una tasa si querían vender a los romanos. Pero él siempre se había negado. No tenía nada que ver con Roma, sólo creaba para los templos griegos, y se había mantenido firme pese a las amenazas. Entonces se encontró en el Aglaurión con una joven de dieciocho años que había huido de Esparta. Titus le interrumpió:

—Sé quien es Ismena y conozco su historia.

¿La conoces? ¿Está viva? ¿Dónde está?

—Hace poco estaba viva y seguramente lo sigue estando. Por desgracia, no sé dónde se encuentra. Te diré todo lo que sé. Pero sigue, te lo ruego.

Filebo continuó con su historia. De inmediato, se había enamorado de ella. La había alojado en su casa y había dado sus rasgos a la estatua de Core que estaba haciendo para el templo de Agra. Algún tiempo después, habían acudido juntos a Eleusis para presentar al hierofante a la modelo de

la nueva Core.

Allí las cosas se torcieron. No pudieron entrevistarse con el sacerdote, que estaba enfermo, y a Ismena le pareció ver a su marido. Volvieron precipitadamente a Atenas, pero los servidores de la muerte les estaban esperando y los secuestraron. No sabía adónde se habían llevado a Ismena. A él le habían encerrado en Laurión, donde se había visto obligado a trabajar para sus raptos.

Filebo había concluido su relato. Emocionado, dio las gracias a su salvador. Le debía la vida y podía pedirle cualquier cosa, lo que fuese. Titus no lo dudó un instante:

—He visto una estatua inacabada de Ismena en tu taller de Cerámico. Nada me gustaría más.

—Es tuya. ¿Cómo quieres que la termine?

—La prefiero como está.

—Como quieras.

Titus, a su vez, le contó los principales hitos de su investigación. A pesar de su estado, el antiguo prisionero reaccionó con viveza:

—¡Hay que encontrar a Ismena! Me ocuparé de buscarla.

—¡Ni lo pienses! Estás demasiado débil y, además, es muy peligroso. Después de tu fuga, los servidores de la muerte no tendrán piedad. Pediré al arconte que te acoja. Te ayudará y no creo que nadie ose molestarte en su casa.

Titus Flaminius no se equivocaba. Quinto de Ramnonte accedió de inmediato a acoger a Filebo. Las revelaciones de éste acerca de los servidores de la muerte eran de vital importancia y le permitirían dismantelar aquella organización que quería destruir hacía tiempo. Pero, de momento, no podía hacer nada. Era el responsable de la seguridad de los Misterios y aquella tarea movilizaba a todos sus hombres. No podría actuar hasta después de la ceremonia. Titus se inquietó:

—Si todos tus hombres están fuera, Filebo estará desprotegido.

—No le pasará nada. Durante los Misterios está prohibido cualquier tipo de violencia. Hasta los delincuentes respetan esa sagrada tregua.

Titus no insistió. La respuesta le tranquilizó. El arconte tenía razón: aunque le costaba imaginárselo, los Misterios estaban oficialmente en marcha.

LOS GRANDES MISTERIOS

A la mañana siguiente, toda Atenas estaba en efervescencia: aquel 19 de boedromion marcaba por fin el auténtico comienzo de los Grandes Misterios. Los objetos sagrados que habían llegado a la ciudad cinco días antes realizarían el viaje en sentido inverso, acompañados por los candidatos a la iniciación, y volverían al santuario de Eleusis. Por la mañana fueron sacados del Eleusinon, todavía en sus cestos cerrados por cintas de color púrpura, y colocados en un pesado carruaje tirado por dos bueyes.

Pero no eran éstos los que abrían el cortejo. En el primer carro viajaba la antigua efigie en madera del dios Iaco, bajo cuya advocación se desarrollaba toda la jornada. La muchedumbre que se estaba reuniendo ensalzaba su nombre, pero los ya iniciados en los Pequeños Misterios sabían que se trataba de Dioniso, el hijo secreto de Deméter, cuya ayuda sería indispensable para llevar a buen fin el recorrido iniciático.

Debido a la extraordinaria afluencia, el séquito tardó mucho en formarse. Junto a los carros se fue situando una guardia a caballo integrada por jóvenes armados, cuyas lanzas y redondos escudos refulgían al sol. Detrás venían las sacerdotisas y los sacerdotes de Eleusis, seguidos de los dignatarios civiles encabezados por el arconte. A continuación, los mustes, y finalmente, una multitud de curiosos. Todos lucían sus mejores galas, pero los primeros se distinguían por las antorchas apagadas y los puñados de espigas que sostenían en las manos. Llevaban también una corona de mirto, ornamento fúnebre que, en medio de la animación del desfile, recordaba que la muerte constituía el centro de las ceremonias.

La procesión atravesó buena parte de Atenas en medio de un centelleo de vivos colores y un concierto de gritos felices que se mezclaban con los cantos litúrgicos. Como en el caso de las Panateneas, los sacerdotes habían abierto sus templos y hacían sacrificios al paso de los carros.

Lentamente, la comitiva llegó a la salida de la ciudad y la abandonó por la puerta Dypilon. Titus había recorrido aquel camino en todos los sentidos desde su llegada a Atenas, pero tenía la impresión de descubrirlo por primera vez. Sabía que era conocido como la Vía Sagrada, a causa, precisamente, de la peregrinación de los Grandes Misterios. De pronto, aquellos paisajes tan familiares para él ya no eran los mismos.

Empezaron atravesando el amplio y elegante cementerio que se extendía a las afueras de la ciudad. Titus se dijo que tal vez no fuera una casualidad que el cortejo tomase aquel camino nada más salir de Atenas. Buscó con la mirada las dos tumbas conocidas. No consiguió localizar la de Publio Volumnio, pero pasaron muy cerca de la de Sostrato. Su rostro siniestro y la maciza silueta del enorme perro a sus pies le recordaron más que nunca a Hades y Cerbero. Experimentó una desagradable sensación. Ya se había encontrado con ellos en su terrible expedición a Eleusis. ¿Volvería a verles ahora? Lycos le sacó de sus meditaciones.

—¿Por qué tienes esa cara tan seria? Mira, estamos en casa.

El adolescente caminaba a su lado, coronado como él con mirto, y le señalaba la Academia. Era cierto: estaban pasando delante de la escuela en la que tantas cosas bellas y profundas había escuchado, de la que atesoraba tantos recuerdos que guardaría toda la vida. Titus se rehizo. Estaba viviendo el momento más hermoso de su estancia en Grecia. Debía desterrar todas las impresiones negativas y no permitir que nada estropease esos instantes únicos.

El cortejo se había detenido, y en la cabecera se alzaban cánticos religiosos acompañados por

música de lira. Titus se adelantó para ver de qué ceremonia se trataba. Reconoció un templo dedicado a Deméter y Core en el que ya se había fijado al pasar. Tenía la particularidad de estar adosado a una inmensa higuera, casi tan alta como él. A la sombra del árbol había una tumba. Los sacerdotes llevaban a cabo sus ritos delante de ella. Lycos, que se había acercado, le explicó:

—Es la tumba de Phytalos, que ofreció su hospitalidad a Deméter. A cambio, ella le entregó la primera higuera.

Titus se aproximó aún más y pudo leer el epitafio que adornaba la sepultura: «Un día, en este lugar, el héroe Phytalos acogió a la sagrada Deméter. Entonces, ella hizo aparecer por vez primera el fruto del otoño, el objeto sagrado al que la raza de los mortales llama higo. Por eso, gracias sean dadas a Phytalos eternamente».

—¡Maldito seas! ¿No estabas muerto?

Titus se sobresaltó. El daduco estaba delante de él, con sus diabólicos ojos echando chispas en medio de su delgado rostro enmarcado por una sotabarba. Aunque Titus sabía que, teóricamente, se encontraba bajo la protección de Deméter, no estaba seguro de qué conducta adoptar. La sacerdotisa de Plutón acudió en su auxilio:

—Cruzó las orillas del Estigia, pero su dueño permitió que regresase.

—¿Te burlas de mí?

El hierofante intervino, haciendo una señal al daduco con gesto categórico para que se callase. Después de lanzar una mirada de agradecimiento a Mirto, Titus prefirió marcharse. Se las arreglaría para mantenerse tan lejos como fuese posible del hombre de la túnica plateada durante el resto de las ceremonias. Sería lo más prudente...

El desfile se puso de nuevo en marcha. Aunque no hacía tanto calor como en su expedición a Laurión, el viaje comenzaba a ser agotador para algunos. Las damas de la alta sociedad habían venido en carros decorados a veces con un lujo desmedido y, como muestra de la fraternidad que reinaba entre los mustes, invitaban a los niños de todas las condiciones a sentarse a su lado.

Pero tanto ellas como sus pequeños pasajeros se vieron obligados a descender para cruzar un puente al que había llegado el cortejo. Unía las dos orillas del primero de los ríos costeros que atravesaban la Vía Sagrada, el Cefiso ateniense. Fue la ocasión para un curioso ritual. En el acceso al puente había unos personajes enmascarados. Apartaban de la multitud a quienes querían y exigían que se pasase a pie delante de ellos. Como sucedía con otras partes de los Misterios, el significado de este rito era un enigma. Había quien creía que el paso del Cefiso simbolizaba el del Estigia y que después se accedía a los dominios de la muerte.

En cualquier caso, los peregrinos normales no tenían nada que temer de aquellas inquietantes apariciones. Los enmascarados sólo la tomaban con las personalidades importantes, las autoridades civiles, los sacerdotes, los ricos. Éstos iban en las primeras filas y Titus pudo escuchar el coro de injurias que se desataba a su paso. Quinto de Ramnonte, en particular, fue calificado de incapaz, de ladrón y de mentiroso. Hubo quien se atrevió a llamarle asesino. Tampoco se libraron los religiosos de Eleusis, a excepción del hierofante, ya que nadie, fuese quien fuese, podía ponerle en cuestión.

Los gritos se apaciguaron mientras desfilaba el común de los mustes. Sólo de vez en cuando, algún personaje rico era tratado de avaro y una hermosa mujer o un guapo efebo de desvergonzados. La espera fue larga por la gran cantidad de personas que debían cruzar el estrecho paso del puente. A Titus le llevó tiempo alcanzar la orilla del Cefiso, un modesto curso de agua que, en aquella época del año, estaba totalmente seco. Una vez allí, aún tuvo que aguardar. Aprovechó para contemplar una extraña estatua a la que no había prestado atención hasta entonces. Representaba a un joven que se cortaba un mechón de pelo para ofrendárselo al río.

Se inclinaba sobre la orilla en una actitud tan espontánea que se habría dicho que estaba vivo. ¿De quién era aquella obra de arte? ¿De Filebo?

—¡Salud, Titus Flaminius!

Titus se sobresaltó. Un individuo acababa de colocarse a su lado y se había dirigido a él con voz sepulcral. ¡Y llevaba la máscara de Sostrato! Era exactamente el rostro que acababa de ver en su tumba, a menos que fuese el de la estatua de Hades del templo de Eleusis. Se parecían de tal

manera... Retrocedió.

—¿Quién eres?

—La muerte. ¿Es que no se nota?

—¡ Déjame!

—No pienso hacerlo. Hasta pronto, Flaminius.

Y la máscara se esfumó entre la multitud de peregrinos. Titus buscó con la mirada a alguno de sus compañeros de la Academia para pedirle su opinión acerca del incidente, pero no vio a ninguno. Estaba solo en medio de un grupo anónimo de mustes que, una vez pasado el puente, retomaban su ruta en medio de gozosos cánticos. Los personajes elegantes volvían a subir a sus carruajes, en compañía de los pequeños pasajeros, y todos comentaban las distintas intervenciones de los enmascarados.

Titus, por su parte, intentaba recuperarse. ¿Quién le había hablado? Imposible saberlo: la voz llegaba deformada por la máscara. ¿Y qué significaba aquella aparición sino el más siniestro presagio? Había partido para los Misterios lleno de optimismo y todo se había echado a perder de golpe. Su vida corría peligro. Le espiaba alguien que quizá pretendía matarle y al que no faltarían oportunidades en medio de aquella barahúnda. De golpe, le vino a la memoria el baño en Falera y el animal que se desangraba. Ya no podía descartar la hipótesis de un atentado, que entonces había desechado.

Muy despacio, la interminable procesión siguió su curso. Después de atravesar el Cefiso, llegaron al desfiladero de Aigaleos, vulgarmente conocido como «la montaña de los mil colores» debido a los múltiples matices de la piedra. Allí hicieron una nueva parada, ante un templo de reducidas dimensiones dedicado al héroe Cyamites, descubridor de la judía. Ésta era la única legumbre que Deméter no había dado a los hombres, pero la diosa permitía que se rindiese homenaje al que lo había hecho en su lugar. En ese punto, se encontraban a bastante altura y, detrás del templo, se disfrutaba de una magnífica vista de Atenas, ya en la lejanía.

Poco a poco, el cortejo había recorrido la mitad del camino y comenzó a descender hacia la llanura de Eleusis. Ahora se veían en el horizonte la mancha azul del mar y los contornos gris verdoso de la isla de Salamina. Algo más lejos, les esperaba un nuevo río y otro puente. Se trataba del Cefiso eleusino, que llevaba más agua que el primero: no sólo no estaba seco, sino que la corriente era rápida. Titus experimentó cierta aprensión al llegar al paso, pero no se produjo ningún encuentro inesperado y cruzó sin complicaciones al otro lado, que marcaba el inicio de la llanura eleusina.

En aquel sitio se desarrollaba otra ceremonia. El desfile se detuvo ante un campo de trigo recién segado. Según el mito, fue allí donde Triptólemo, hijo de Celeos, el rey de Eleusis que había dado cobijo a Deméter durante su duelo, había aprendido de la diosa a sembrar el primer trigo del mundo. Un altar marcaba el área en el que se habían cosechado las primeras gavillas. Se elevaron plegarias y cánticos en el lugar sagrado y, uno tras otro, los mustes fueron invitados a depositar en el suelo las espigas que llevaban en la mano.

La procesión reemprendió la marcha y llegó a la explanada del santuario, final de la Vía Sagrada. El día estaba ya avanzado y hacía rato que había pasado el mediodía. Se pidió a los peregrinos que no se alejasen hasta la caída de la noche.

La mayoría de ellos se dedicaron a instalar su campamento. Invadieron las inmediaciones hasta la playa, que pronto estuvo llena de gente. Sólo la explanada permanecía desierta, ya que debía quedar despejada para la ceremonia nocturna que se celebraría allí, y el santuario, dado que aún no estaba autorizado el acceso a los futuros iniciados.

Titus y sus compañeros no tuvieron que preocuparse de los detalles materiales. Filis se había ofrecido a alojarles en la posada por la noche. Aunque Titus había vuelto allí varias veces, Bruto y Estratón no habían regresado después del drama y su emoción era patente. Reiteraron su simpatía a la posadera y le prometieron asistir a la condena del asesino ante el tribunal del Areópago.

Luego, descansaron hasta la ceremonia nocturna. Titus prefirió no mencionar las misteriosas apariciones. Lo habría hecho si sólo hubiesen estado presentes Bruto y Lycos, pero no se fiaba de

Estratón. Prefirió dirigir la conversación hacia el significado de la jornada que finalizaba.

La opinión fue unánime: el higo, la judía y el trigo evocaban a la primitiva Deméter, la de la vida de harina. A continuación, como les había enseñado Apolodoro en su curso, entraba en escena la segunda Deméter, la que por intermediación de su hija y de su yerno Hades conocía los secretos del más allá.

Salieron poco después de anochecer. Como los otros mustes, sólo sabían que la ceremonia se celebraría en la explanada. Filis, a la que habían preguntado sobre el particular, no quiso darles más detalles. Incluso les había sorprendido su negativa bastante tajante.

Comprendieron el motivo cuando vieron la gran cantidad de peregrinos, con antorchas encendidas, que había en torno al pozo de Callichoros. Allí era donde se desarrollaría todo y se podía comprender la reticencia de la posadera a mencionar aquel lugar de trágico recuerdo.

Titus y sus compañeros se hicieron un hueco y encendieron las antorchas que tenían en las manos con las de otros mustes. Aún tuvieron que esperar un rato a que acudiera todo el mundo. La sacerdotisa de Deméter se colocó junto al pozo y pronunció con voz alegre y fervorosa la antigua plegaria:

—Iaco, dios venerado, acude a esta pradera, tu entorno favorito. Oh, Iaco, ven a dirigir el sagrado coro de tus fieles, agita sobre su cabeza la verde corona de mirto cargada de frutos. Que tu pie nos muestre la danza libre y gozosa inspirada por las Gracias, la sagrada danza religiosa en la que te acompañarán tus piadosos mustes. Agita en tus manos las ardientes antorchas, aviva su llama, oh, Taco, astro luminoso de la ceremonia nocturna.

Dicho esto, invitó a los mustes a dar vueltas alrededor de ella agitando sus antorchas y repitiendo el nombre de Iaco. Como los otros, Titus se vio arrastrado por el torbellino, pero era incapaz de compartir la alegría general. En lugar de aquella noche cálida y perfumada, iluminada por el baile de las antorchas, volvía a ver una jornada glacial de invierno, un suelo completamente blanco, un cielo gris plomizo. La sacerdotisa de Deméter no estaba entonces junto al pozo como ahora, sino algo alejada. La que permanecía cerca del borde era una joven rubia como el trigo y, en ese momento, hacía su aparición un hombre vestido de negro. Titus sintió una mano que le agarraba el hombro. Se dio la vuelta.

—¡Buenas noches, Flaminius! ¿Por qué estás solo?

Era la misma máscara del puente del Cefiso. A diferencia de los demás, el personaje no llevaba antorcha. Le miraba fijamente, esperando su respuesta. Titus consiguió articular:

—¿Qué quieres decir?

—¿Dónde está Publio Volumnio? ¿Por qué no baila contigo? Le he buscado por todas partes y no le veo. ¿Dónde está, Flaminius?

Esta vez, el enmascarado no esperó la contestación. Desapareció en la noche. Titus se quedó petrificado, pero la multitud le arrastró en su endiablada ronda. Tuvo que repetir con los otros «¡Iaco!» y agitar su antorcha. Las preguntas se agolpaban en su cabeza. ¿Quién era ese espectro, aquella imagen viva de la muerte? ¿Y por qué le recordaba la ausencia de Publio Volumnio con un agobiante y terrible reproche?

Acogió con alivio el fin de la ceremonia. Volvió directamente a la posada y subió enseguida a su habitación. Eran demasiadas emociones juntas y presentía que habría más en los próximos días.

Al día siguiente había recobrado la calma. Hacía un tiempo espléndido y se sentía casi optimista mientras atravesaba la explanada. Como los demás, se encaminó al santuario, donde proseguirían los Grandes Misterios. Al pasar ante el pozo de Callichoros, recordó la noche de luna llena en la que había estado a punto de perder la vida. Se asomó... ¿Estaría todavía la cuerda que había arrojado a aquel profundo agujero?

—Buenos días, Titus Flaminius.

Esta vez se giró sin inquietud. No se trataba de la siniestra voz sepulcral de la víspera, sino de una femenina, y además encantadora. Descubrió a una hermosa morena de pelo rizado. Debía de tener unos veinte años. Llevaba una túnica blanca y, aunque hacía calor en esa mañana de verano,

una especie de chal de lana sobre los hombros. No recordaba haberla visto antes.

—¿Me conoces?

—Aquí todo el mundo te conoce.

—Entonces dime quién eres. ¿También formas parte de los mustes?

La joven soltó una risa ligera.

—¡Claro que no! No tengo derecho a ser iniciada. Soy la nueva daeiritis.

A Titus se le congeló la sonrisa en los labios. Se quedó allí parado, sin saber qué decir. Ella le mostró su chal.

—¿Sabes lo que es esto?

Él negó con la cabeza.

—Mi predecesora lo hizo con la lana de la oveja que le entregaste. O más bien, de la oveja que entregaste a Daeira. Fue para prometer que la vengarías si le ocurría una desgracia.

—Me gustaría decirte que...

—No digas nada. Todo lo que pido es que no olvides. Feliz iniciación. Adiós, Titus.

Y la nueva daeiritis salió corriendo.

Titus se debatía entre los sentimientos más violentos y contradictorios cuando, poco después, cruzó las puertas del santuario. Estaba la emoción de entrar por primera vez en aquel lugar, al menos por primera vez de forma legal. Los guardias permanecían en sus puestos. No le vieron entre la muchedumbre, pero él les reconoció perfectamente. Al fin estaba en ese lugar prohibido para los profanos y descubriría lo que sólo conocían los iniciados.

Sin embargo, no terminaba de cuajar la alegría, la impresión de desagravio que habría debido sentir. El reproche de la joven sacerdotisa le oprimía el corazón y todavía le afectaba más porque le había interpelado sin levantar la voz, con una sonrisa. Sí, se había olvidado de la daeiritis, se había olvidado de Publio Volumnio, como el hombre de la máscara le había recordado el día anterior. Pero ¿qué podía hacer? Había hecho todo lo posible para localizar a sus asesinos. ¡Ahora era demasiado tarde!

Reflexionó un poco más, pero llegó a la conclusión de que no había nada que hacer. Decidió prestar atención a lo que le rodeaba. El santuario era inmenso. Delante, un poco a la derecha, se abría un pequeño templo, que identificó como el de Plutón, donde se había refugiado en su acelerada huida. No lejos, descubrió otro templo, quizá el de Deméter y Core. Pero el más impresionante quedaba a su izquierda. El espacio que tenía delante era lo bastante amplio para acoger a varios miles de personas y el templo era igualmente desproporcionado. ¡Nunca había visto uno tan grande! Diversos edificios rodeaban la explanada, sin duda los alojamientos de los sacerdotes de Eleusis.

La parte secreta de los Grandes Misterios comenzó con un sacrificio llevado a cabo por los jóvenes armados que habían escoltado los carros. Se parecía a la hecatombe de las Panateneas, aunque el número de víctimas fuese más modesto. No obstante, se sacrificaron diez bueyes. Al instante fueron despedazados y asados, para ser consumidos por los sacerdotes, las personalidades y algunos mustes a los que se concedió ese privilegio. A Titus le invitó el hierofante en persona. Le pidió que se colocase a su lado y le planteó una extraña pregunta:

—¿Qué viste, mientras estabas entre los muertos?

Desconcertado, Titus le contó lo que él pensaba que había sido un sueño, pero que el religioso parecía tomar por un verdadero viaje al más allá. No omitió nada de las trágicas visiones que se le aparecieron entonces. El hierofante escuchó con atención y, cuando Titus terminó, no hizo ningún comentario.

A mediodía no se desarrollaba ningún ritual particular. Los mustes estaban obligados a no comer hasta el día siguiente y podían hacer lo que quisiesen dentro del santuario. Pero no podían salir hasta concluidos los Misterios o, en caso contrario, no podrían volver a entrar. La mayoría fue a visitar los templos. Todos permanecían abiertos, excepto el más grande. Titus se enteró de que recibía el nombre de Telesterion y servía de marco a las ceremonias más secretas.

No sin angustia, volvió a entrar en el templo de Plutón. La estatua del dios de los muertos y del

perro de tres cabezas en mármol negro, que no había visto con claridad a causa del humo producido por la flor de Perséfone, tenía exactamente los rasgos de la máscara. Consideró por un momento la posibilidad de dedicar el resto de la jornada a buscar al responsable de aquellas apariciones, pero renunció a ello. Tenía la sensación de que no serviría de nada. Las cosas tenían que seguir su curso. Se había convertido en un fatalista.

Fue al día siguiente, 21 de boedromion, cuando comenzó la parte de los Misterios amparada por el más estricto de los secretos. Tras una noche pasada al aire libre, los mustes se reunieron en la explanada. Los ayudantes hicieron circular unas cajas y jarras de las que todo el mundo fue invitado a tomar un poco. Los jarros contenían *kykeion*, una mezcla con una textura a medio camino entre sólida y líquida, a base de centeno y menta, que otro tiempo se había consumido en el campo. Según la leyenda, Deméter se había recuperado con ella del ayuno mantenido después de la desaparición de su hija. De la misma manera, pusieron fin al suyo los mustes, que no habían comido nada desde la víspera.

Luego, con previsible curiosidad, todos abrieron las cajas. Descubrieron dos representaciones en barro cocido de los órganos reproductores: un falo con cabeza de hombre, patas y alas de águila, y un órgano femenino rematado por una cabeza de mujer, con espigas de trigo a modo de brazos y piernas. Los candidatos a la iniciación tuvieron que encajar ambos objetos, separarlos y volverlos a introducir en la caja. Los ayudantes les informaron de que aquel acto sexual simulado era el de sus nuevos progenitores, Zeus y Deméter, y que ahora eran los hijos y las hijas de la diosa. Luego les enseñaron la fórmula sagrada y les pidieron que la repitiesen:

—He penetrado en el seno de mi madre, la reina subterránea.

Los mustes fueron coronados por ellos con una banda de la que colgaban cintas. Habían alcanzado el primer grado de la iniciación, que les daba derecho a entrar en el Telesterion. Esto duró mucho tiempo, debido al gran número de participantes, mucho mayor que el de cajas y ayudantes, y se desarrolló en un clima de intenso fervor.

La tarde estaba consagrada a la meditación. Más que meditar, Titus prefirió charlar con Bruto. Necesitaba sus consejos, como siempre que se encontraba en un atolladero. Cada vez tenía más la impresión de que algo iba mal, hasta el punto de que no había dedicado el deseable recogimiento a los ritos de la mañana.

Informó a su amigo de las apariciones del hombre que se identificaba como la muerte y de la intervención de la nueva daeiritis. También le hizo partícipe de una idea muy desagradable que se le había pasado por la cabeza. La persona que había matado a Publio Volumnio y a la daeiritis sabía, sin duda, que él estaba en el santuario. ¿No aprovecharía para pasar a la acción, para intentar, por ejemplo, algo contra Filebo? Si le pasaba algo, no se lo perdonaría. Se preguntaba si no sería mejor volver a Atenas para hacer frente a cualquier eventualidad. De forma pormenorizada, expuso todas estas cuestiones a Bruto y le preguntó a bocajarro:

—¿Debo continuar con mi iniciación?

Su amigo le había escuchado con mucha atención y contestó del modo un poco sentencioso que era habitual en él:

—Lo importante en la vida es cumplir nuestro deber y tu primer deber es llevar a término tu investigación.

—¿Quieres decir que debo marcharme?

—Eso pienso.

—Si fracaso, lo echaré todo a perder, mi investigación y los Misterios.

—No echarás a perder nada, porque habrás cumplido tu obligación.

Hacía rato que Lycos estaba a su lado y había escuchado toda la conversación. Intervino con vehemencia:

—¡No, tú te quedas! ¡Iré yo!

—Nada de eso. Esto no te concierne.

—¡Claro que sí! También es mi investigación porque me has permitido ayudarte. ¿Qué me

importa no seguir con mi iniciación? Yo soy ateniense, puedo volver a empezar el año que viene, mientras que tú no tendrás esa oportunidad. ¡Déjame ir, Titus!

Titus se negó de nuevo, pero el adolescente puso todo su empeño en convencerle.

—¿Qué me puede pasar? Si hay algún peligro, sólo tengo que correr. ¡Sabes bien que nadie es capaz de alcanzarme! Dime dónde quieres que vaya.

Al final, Titus cedió. Le recomendó prudencia y le dio la consigna de vigilar a Filebo y acudir a los lugares donde podía suceder algo: Cerámico, la Academia... Añadió, a su pesar, la tumba de Sostrato.

Titus estuvo preocupado todo el día. No dejaba de preguntarse qué estaría pasando en Atenas. Pero esa noche le esperaba una experiencia tan excitante que se olvidó del resto. Se pidió a los mustes que se situaran en la columnata del Telesterion, que era tan enorme como el mismo templo y dominaba la explanada desde una altura de varios escalones.

Fue iluminada con antorchas, al menos un centenar, y la luz se impuso en aquel inmenso espacio alumbrado, además, por una luna casi llena. Entonces apareció una joven. Titus contuvo un grito: era la que había interpretado a Core en la obra de Agatón, o la tal Ismena a la que nunca había conocido y a la que había buscado en vano. Recuperó rápidamente la compostura. No era su auténtico rostro, sino una máscara, la de Core, tal y como se la representaba en el templo de Agra. En ese momento, la muchacha recorría la explanada con pasos ligeros, inclinándose de vez en cuando. Se elevó la voz bien timbrada del hierofante:

—Un día, Core la de las hermosas piernas, Core la muchacha fresca como una corola, fue a recoger flores en una lozana pradera: rosas, crocus, iris, jacintos y bellas violetas, pero también el narciso que, astutamente, Gea había hecho crecer para complacer a Aquel que tantos huéspedes tenía. La flor brillaba con un maravilloso resplandor. De su raíz había nacido un tallo de cien cabezas y el perfume de aquellas flores era más embriagador que todos los aromas de la primavera. Asombrada, la muchacha tendió a la vez ambos brazos para atrapar el precioso regalo...

El actor que interpretaba a la joven se agachaba y hacía el gesto de recoger algo del suelo cuando, de pronto, resonó un tremendo golpe de gong al tiempo que se abría la tierra. De ella salió un humo rojo y un nuevo personaje ascendió desde las profundidades, en pie sobre un carro. Estalló un grito horrorizado entre los mustes. Tampoco Titus pudo disimular su angustia. Se trataba del mismo personaje que le había hablado en el Cefiso y el pozo de Callichoros o, al menos, llevaba sobre el rostro la misma máscara. La voz del hierofante atronó de nuevo, con una entonación trágica:

—Pero la Tierra de inmensos caminos se abrió en la florida llanura y de ella surgió, con sus caballos inmortales, el Señor de tantos huéspedes, el Amo de las profundidades invocado con tantos nombres. Atrapó a la joven y, aunque ella se debatió, la arrastró llorando en su carro de oro...

Los gritos desgarradores de la actriz que interpretaba el papel de Core —más bien del actor, porque era una voz de hombre— estallaron en la explanada:

—¡Madre, madre querida, ayúdame!

Sólo le respondió la risa siniestra de Hades y Titus reconoció, sin temor a equivocarse, las modulaciones del desconocido. Era él quien estaba detrás de la máscara. El hierofante siguió con su relato:

—La diosa de largas pantorrillas lanzó penetrantes gritos, pero nadie entre los inmortales ni entre los mortales oyó sus llamadas, no más que los olivos de hermosos frutos...

Hades y Core habían desaparecido bajo tierra, seguramente en el subterráneo que Titus había tomado para salir del santuario. Una orquesta integrada por liras y flautas avanzó por la explanada. Interpretó un treno, que un coro entonó a media voz. Entonces surgió la sacerdotisa de Deméter, lanzando desgarradores lamentos y pidiendo que le devolviesen a su hija. Las palabras eran sencillas, pero no por eso menos conmovedoras. Titus pensó en las lamentaciones de la diosa en la obra de Agatón, hechas de retórica y énfasis. Lo que aquí se expresaba era el desconsuelo de una madre como las otras y nada resultaba tan estremecedor.

A su alrededor, la emoción había llegado a su máximo. La mayoría de los mustes no podían retener sus gritos o sus lágrimas. El hierofante se acercó. Se colocó al pie de la explanada y les apostrofó con tono patético. Ya no recitaba un texto litúrgico, hablaba en su nombre, con ardor, con vehemencia:

—¡La diosa ha perdido a su hija! ¿Sois indiferentes a su dolor? ¿A qué aguardáis para socorrerla? ¡Partid, partid de prisa en busca de la desaparecida!

Se vio cómo los mustes, en un movimiento unánime, obedecían y se lanzaban a la explanada, que quedó de inmediato invadida. La sacerdotisa de Deméter seguía llamando a gritos a Core y miles de gargantas se hacían eco. En la noche de Eleusis, un verdadero coro de tragedia se alzaba bajo la luna llena. Algunos, sobre todo las mujeres, entraban en trance, en ese éxtasis que Dioniso les había recomendado en los Pequeños Misterios.

De repente, cesaron los lamentos. Se escuchó una ovación y músicos y cantantes entonaron un himno triunfal.

Core, coronada de flores, acababa de surgir de la tierra en el mismo sitio en el que desapareció. Se apagaron las antorchas. La oscuridad retornó y los mustes, agotados por tantas emociones, se derrumbaron en la explanada. Ya no se movieron de allí y pasaron el resto de la noche al aire libre.

La mañana del día siguiente, en la que no había ninguna ceremonia prevista, estuvo llena de inquietud para Titus. ¿Qué estaría ocurriendo en Atenas? ¿Les habría pasado algo a Filebo o a Lycos? Evidentemente, no podría saberlo, porque al haber abandonado este último el santuario no podía volver a entrar. Titus tendría que esperar a que finalizasen los Grandes Misterios, confiar en que estaría detrás de aquellas murallas, indemne y con buenas noticias. Bruto intentó animarle. Lycos era avisado y sagaz, tenía todas las probabilidades a su favor. Pese a todo, Titus sentía remordimientos. El chico era muy joven. Nunca debió permitir que corriese semejante riesgo.

Pero, igual que la noche anterior, durante el drama de Deméter y Core, las ceremonias le obligaron a dejar a un lado sus preocupaciones. Poco después de mediodía, se invitó a los candidatos, que desde que habían abierto las cajas y bebido el *kykeion* lucían la banda sagrada de la que colgaban cintas, a acceder al Telesterion.

Esta vez no hubo empujones ni exclamaciones de júbilo. Por el contrario, todos se sentían muy emocionados de vivir ese instante solemne y franquearon el umbral del lugar más sagrado del mundo en medio de un silencio absoluto y con paso intimidado.

En el interior no les esperaba ninguna sorpresa, aparte de la impresión de inmensidad que desprendía el templo. De hecho, recordaba más a un teatro que a un edificio religioso. No contenía ningún altar, ninguna estatua. Sólo estaba ocupado, en ambos lados y en el fondo, por ocho filas de asientos. Los participantes se instalaron en ellos, y aunque había varios miles de personas, encontraron acomodo sin dificultad. En el espacio central se elevaba una doble hilera de columnas que tapaban un poco la vista, pero sostenían las abundantes antorchas que iluminaban el conjunto.

Se fueron apagando casi todas, hasta que sólo quedó una luz débil. Durante largo rato no sucedió nada. La multitud contenía la respiración y a pesar de su número no se oía una mosca. Por fin, en medio de la penumbra, vieron llegar al hierofante y a la sacerdotisa de Deméter y asistieron al más asombroso de los espectáculos. El religioso hizo el gesto de abrazar a su colega, de besarla en la boca, y la llevó a un lugar a oscuras. Después, regresó al centro del templo y declaró en alta voz:

—¡La divina Brimo ha engendrado a Brimos, el niño sagrado, la Fuerte ha engendrado al Fuerte!

El daduco intervino a su vez. Anunció a los espectadores que con aquel simulacro acababan de asistir a la unión mística de Deméter y Zeus y que todos debían considerarse sus hijos. Luego precisó:

—«Brimo» es el término que sirve de contraseña para entrar en el santuario. Como guardián de este espacio sagrado, he dado orden a los centinelas de que os la exijan...

Sentado en un banco, al lado de Bruto, Titus permanecía ensimismado. Ésa era la palabra que Filis se había negado a decirle, dos sílabas que le habrían ahorrado muchos sinsabores y poner en peligro su vida. Pero, claro está, Filis debía guardar silencio. La impresión de algo sagrado que

percibía en ese momento le sobrepasaba, tanto a él como a los demás. El secreto que rodeaba los Misterios debía ser inviolable, absoluto.

Se apagaron las pocas antorchas aún encendidas y el Telesterion se encontró inmerso en una oscuridad total. Se escucharon ruidos sordos: los sacerdotes y sus ayudantes debían de estar colocando decorados. En efecto, de eso se trataba. Pudieron verlos cuando volvió la luz, al tiempo que se oían gritos angustiados.

Un panorama aterrador se ofrecía a las miradas de los mustes. Sobre telas dispuestas en los cuatro costados de la sala aparecían paisajes desolados, siniestras humaredas surgían en varios lugares y unos personajes cubiertos con máscaras con muecas se desplazaban lentamente por aquel terrible entorno. De nuevo, se elevó la voz del hierofante:

—Tenéis ante vuestros ojos los infiernos. Ahora tendréis que ir allí, pues ésa es la prueba que se os impone. Id, hijos e hijas de Deméter, dejad vuestros asientos y explorad las regiones subterráneas.

Al contrario de lo que había pasado cuando el sacerdote les había pedido que ayudasen a Deméter, los mustes se mostraron indecisos. Nadie se atrevía a aventurarse en lo que verdaderamente parecían los infiernos. Los más audaces acabaron por decidirse. Se levantaron y avanzaron con paso inseguro.

Titus estaba entre ellos, aunque tuvo que hacer un gran esfuerzo para lograrlo. Todo aquello le recordaba demasiado lo que había visto o creído ver en el templo de Plutón. Mientras deambulaba entre árboles desnudos y nubes verdosas, temblaba ante la idea de descubrir a Publio Volumnio sentado en un tocón o a la daeiritis paseando cerca de la laguna de aguas oscuras. Soltó un grito. Una sombra surgida del humo acababa de plantarse delante de él. Era el hombre de la máscara de Plutón, que le cerraba el camino. Titus tuvo la impresión de que su corazón dejaba de latir, pero la aparición se limitó a hacer un pequeño gesto con la cabeza, similar a un saludo, giró y desapareció por donde había venido.

Aquel fúnebre paseo duró mucho. Las diversas reacciones de los espectadores iban de la perturbación al terror. La mayoría avanzaba con cautela, vacilante, pero algunos temblaban de los pies a la cabeza, gritaban o estallaban en sollozos.

Otra vez, de forma repentina y total, todo quedó a oscuras. Los mustes se vieron obligados a quedarse quietos donde estaban mientras resonaban los mismos ruidos sordos de antes y les rozaban sombras. Se multiplicaron los gritos y los llores y el ambiente se volvió aún más amenazador. Luego volvió la luz y un idílico decorado, acogido con exclamaciones de alegría, reemplazó al anterior. Las oscuras moradas se habían transformado en alegres praderas por las que corrían ríachuelos. Los personajes lucían ahora amables máscaras y se habían soltado algunos animales en el Telesterion que paseaban, asombrados, entre los mustes.

En el centro de la sala se alzaba un ciprés blanco de madera pintada. Se escuchó la voz del hierofante. Hablaba con un tono particularmente solemne:

—He aquí la auténtica representación del más allá. Cuando llegue vuestro turno, tomad como referencia el ciprés blanco. No os acerquéis al arroyo que corre a su izquierda, sino al de la derecha, hacia los prados y los bosques sagrados de Perséfone.

Estas palabras fueron recibidas por los presentes con gritos de júbilo. Titus no dejó de percibir que casi todos parecían tomarse las recomendaciones al pie de la letra, como si acabasen de entregarles el mapa de los infiernos para utilizarlo llegado el momento. Se lo comentó a Bruto, que estaba a su lado. Éste le dijo lo que pensaba:

—El hierofante hablaba en sentido figurado. Quería decir que hay que seguir la vía de la justicia y del derecho para ser recompensado después de la muerte.

Los mustes seguían en el interior del Telesterion cuando los iniciados del altar se sumaron a las ceremonias. Los muchachos y las muchachas, coronados con ramas de olivo y vestidos de blanco, con túnicas plisadas ceñidas a la cintura, se pasearon entre ellos repitiendo:

—¡Ve hacia la derecha! ¡En el cruce de caminos que forma una Y, ve hacia la derecha!

A continuación, mientras los ayudantes pedían a los mustes que volvieran a sus asientos, los

iniciados del altar entonaron el canto del alma:

—Pura y engendrada por pura, he venido a ti, Perséfone, reina de los infiernos. La Parca me ha domado, así como el rey de los dioses inmortales, con su chispeante rayo. Me he elevado con veloces pies, tras profundos y terribles dolores, y he vuelto a descender a tu seno, reina de los infiernos. Feliz, dichosa, me he convertido en divina. Soy como un cabrito empapado en leche...

Durante largo rato prosiguió el cántico entonado por las voces juveniles de los pequeños iniciados del altar. Luego éstos desaparecieron y volvió a instaurarse un silencio religioso, total, porque todos habían comprendido que había llegado el momento más solemne. Los ayudantes acababan de traer los cestos con los objetos sagrados. Ante un público que contenía el aliento, el hierofante deshizo los nudos de las cintas púrpura y extrajo el contenido. Eran unas estatuillas muy antiguas, de madera apenas desbastada, quizá de la época de la llegada de Deméter a Eleusis, y adornadas con joyas. Representaban a esta diosa, a Core, Hades y Dioniso. Todo transcurría sin una palabra. Titus estaba sobrecogido: ahora formaba parte de los iniciados de Eleusis, de «los que han visto», como se les conocía.

Eso no fue todo. El hierofante sostenía en la mano derecha una hoz de oro y en la izquierda, una espiga de trigo. En un silencio que seguía siendo absoluto, con un amplio gesto, cortó el tallo de la espiga, que cayó al suelo. En ese momento, los ayudantes abrieron las puertas del Telesterion, cerradas desde la entrada de los mustes. Ahora sí que había concluido: los Misterios de Eleusis acababan con la visión de una espiga de trigo segada en silencio.

Titus Flaminius abandonó el santuario bajo la impresión de todas aquellas emociones. Después del encierro en el Telesterion, la luz del radiante mediodía de finales de agosto le hirió los ojos. Se sentía en otro mundo, pero rápidamente regresó a la realidad. Se lo impusieron la urgencia y la gravedad de la situación. Quería dirigirse sin demora a casa de Filis. La posadera tenía un caballo y le pediría que se lo prestase para llegar lo antes posible a Atenas.

Se encontraba no muy lejos del pozo de Callichoros cuando observó a un hombre que corría vacilante. ¡Era Lycos! Se precipitó hacia él y vio cómo se desplomaba. Tenía una flecha en la espalda. No era como las anteriores, sino una vulgar flecha de madera sin pintar, que había cumplido su mortal tarea. El adolescente respiraba con dificultad, tenía los ojos entreabiertos y parecía a punto de expirar.

—Lycos, ¿qué ha pasado?

Éste quiso abrir la boca, pero no lo logró. Se abandonó, agotado.

—No pasa nada. No es importante. Te curarás. ¡Eso es lo único que cuenta!

—La Tumba de Sócrates...

El muchacho acababa de pronunciar aquellas palabras en un susurro, a costa de un tremendo esfuerzo. Ahora le contemplaba fijamente, interrogante, expectante, como preguntándole si lo había entendido.

—Claro, lo he entendido. Recuerdo perfectamente el sitio. Iré allí y te vengaré. ¡Terminaré mi investigación! Gracias a ti lo conseguiré. ¿Me escuchas, Lycos?

Era evidente que no le escuchaba. Titus recordó una conversación que habían mantenido en la Academia. Lycos le había comentado que estaba impaciente por conocer las revelaciones de los Grandes Misterios sobre el más allá. Debía de creer en ellas, como casi todos los mustes. Titus no lo dudó. Tenía que decirle lo que, por su culpa, no había podido oír:

—Escúchame bien. Verás un ciprés blanco...

Pero Lycos, haciendo un nuevo y terrible esfuerzo, sacudió vivamente la cabeza. No era eso lo que quería. Desconcertado y angustiado, Titus se preguntó qué debía hacer. Y, de golpe, comprendió: posó sus labios sobre los del adolescente.

Cuando los retiró, Lycos estaba muerto. Tenía los ojos cerrados y sonreía satisfecho, radiante. Era la imagen misma de la felicidad.

LA TUMBA DE SÓCRATES

Titus cogió el cuerpo en brazos y se dirigió a la posada. Al verle, Filis lanzó un grito horrorizado. Le contó brevemente lo acontecido y colocó al joven sobre la mesa en la que habían tumbado a Cloe ocho meses antes. Los escasos clientes se retiraron pronunciando unas pocas palabras cohibidas. Se quedaron solos.

—Debo partir, el tiempo apremia. ¿Puedes velarle esta noche?

—Lo haré como si se tratase de mi propia hija.

—Si sales al amanecer, llegarás a tiempo para el juicio. Si no estoy allí, podrás llevar sola tu defensa. Tu adversario ha confesado y todas las pruebas están en su contra. El tribunal le condenará.

—¿No quieres decirme qué...?

—He vengado a tu hija, pero también debo vengar a este muchacho y a otras personas. Puede que sea peligroso. ¿Puedes prestarme tu caballo?

La posadera le condujo al lugar que servía de caballeriza. Él subió de un salto sobre la montura. Filis le dirigió una mirada ansiosa.

—Sé prudente. ¡Que todos los dioses te protejan!

—Te juro que tendré cuidado. Hasta mañana, Filis, delante de la Piedra del Resentimiento...

Partió a galope tendido hacia Atenas y rehizo a toda velocidad la Vía Sagrada que había recorrido a la ida en medio del recogimiento y el fervor.

Titus fue directamente a casa del arconte. Apenas se había apeado del caballo, cuando sus peores temores se confirmaron. La casa estaba en plena efervescencia. Se había formado un tropel de gente en la entrada. Nada más verle, Ariadna e Iris corrieron hacia él. La mayor de las hijas de Quinto estaba tan alterada que se echó en sus brazos.

—¡Que alegría, Titus! ¡Estamos salvadas!

—¿Qué ha ocurrido?

—Vinieron unos hombres. Forzaron la puerta, golpearon a los esclavos, nos amenazaron y se llevaron a Filebo.

—¿Cuándo fue eso?

—Ayer por la tarde. No hemos podido avisar a nadie. Mi padre está en Eleusis con todos sus hombres. Es la primera vez que pasa algo así durante la tregua de los Misterios. ¡Son unos demonios!

—Tienes razón, son unos demonios. ¡Pero pagarán por lo que han hecho!

—¿No irás a dejarnos, a Iris y a mí?

—No tengo más remedio. Creo que no corréis ningún peligro y vuestro padre no tardará en volver. Los Misterios han terminado. ¿Hay algún arma aquí?

Temblorosa, Ariadna le llevó a un sitio donde había varias espadas. Cogió la que le pareció más adecuada.

—¿Qué vas a hacer?

—Liberar a Filebo, si aún está vivo.

—No sabes adónde se lo han llevado.

—Sí lo sé.

—¡Titus!

Ariadna empezó a sollozar, imitada por su hermana pequeña. Pero él ya no las oía. Arma en

mano, se había lanzado a las calles de Atenas.

Corría hacia el lugar que Lycos le había indicado en sus últimas palabras: la Tumba de Sócrates. Aquella expresión no designaba en absoluto el sepulcro del filósofo, sino una gran vivienda troglodítica en el barrio de Koilé. Tenía la peculiaridad de poseer una amplia entrada de forma redondeada en la planta baja y dos ventanas, también redondas, en el piso superior, lo que, con un poco de imaginación, le daba el aspecto de una calavera. ¿Por qué estaba asociado con Sócrates aquel lugar inquietante? Nadie lo sabía. En cualquier caso, Lycos y él habían pasado por delante en el transcurso de sus indagaciones por la ciudad, aunque no habían encontrado nada de particular.

Al llegar a aquellos parajes, Titus ocultó la espada bajo su túnica y avanzó con cautela. La curiosa gruta no tardó en aparecer. Le parecía aún más siniestra que en sus recuerdos, pero no era momento para evocaciones. Tenía que encontrar la manera de liberar a Filebo, si es que se hallaba allí. Sin duda, Lycos lo había intentado y había pagado con su vida.

Se ocultó en otro agujero, demasiado pequeño para servir de vivienda, y desde donde tenía una excelente vista del conjunto. El resultado de su observación no fue muy alentador. En aquel sitio reinaba una intensa actividad: por la puerta en forma de boca entraban y salían hombres. Reconoció, por haberlos visto durante sus investigaciones, a varios servidores de la muerte. No sabía qué conducta adoptar y optó por la prudencia. Montaría guardia y esperaría a que se produjese alguna novedad. Si no pasaba nada, tendría que pasar a la acción de una manera o de otra.

No tuvo que esperar mucho. Dos enterradores salieron de la cueva, cargando un cuerpo sobre una camilla. Se trataba de una mujer joven. Titus estaba demasiado lejos para distinguir sus rasgos, pero tenía un presentimiento y necesitaba identificarla. Salió deprisa de su escondite. No recordaba a los dos servidores de la muerte que transportaban el cadáver. Se apostaría en su camino, confiando en que ellos tampoco le reconociesen.

Por suerte, se había formado un atasco en la calle a causa de dos carros que habían quedado enganchados y no conseguían soltarse. Los conductores estaban a punto de llegar a las manos y los viandantes tomaban partido por uno o por otro. Ocultó su cara tras un pico de la túnica y se aproximó a la escolta mortuoria que, debido a la situación, se había visto obligada a detenerse.

Era ella. ¡Era Ismena! Parecía dormida en la camilla, pero una mancha roja en el pecho indicaba que había muerto de forma violenta. Como los camilleros habían dejado su carga en el suelo y se habían acercado para despejar el paso, pudo acercarse todavía más. Sintió un intenso dolor. Tenía la impresión de revivir el drama ocurrido en Eleusis un día de nieve. La desdichada había escapado entonces a su suerte para sufrirla ahora. Se había librado de las garras de su marido para caer en las de una organización despiadada.

Se inclinó sobre ella. Su parecido con Cloe era menor de lo que esperaba. De cerca, no era posible confundirlas. Ismena era mayor y sus rasgos eran más duros. Curiosamente, las estatuas de Filebo, la de Agra y la inacabada de su estudio, recordaban más a Cloe que a Ismena. Pensándolo bien, aquello no tenía nada de sorprendente. Por tradición, Core era representada con aspecto juvenil, y para ajustarse al mito, Filebo había rejuvenecido a su modelo y suavizado sus rasgos.

En la calle, los carreteros habían llegado ya a las manos y el caos amenazaba con generalizarse. Titus seguía inclinado sobre la muerta. ¿Quién era aquella Ismena que ocupaba el centro de su investigación, pero a la que no había conocido y no conocería jamás? Era, en cualquier caso, un ser excepcional. Con qué energía, con qué coraje se había sacudido el yugo impuesto a las mujeres en su país. Cómo le habría gustado hablar con ella y expresarle su admiración. Pero ya era demasiado tarde. A estas horas se presentaba ante Caronte para el cruce sin retorno. Le mandó mentalmente un saludo fraternal.

Pese a la emoción, sus pensamientos regresaron a la investigación criminal. ¿Cómo podía explicarse la presencia de la joven espartana en la Tumba de Sócrates? Había acudido para liberar a Filebo y se encontraba con ella. Estudió el problema desde todos los ángulos y llegó a una conclusión casi innegable: Ismena estaba en poder de los servidores de la muerte y era muy probable que nunca hubiese dejado de estarlo. Seguramente, en esas condiciones había hecho su

declaración en el Ágora, bajo su presión y su vigilancia, lo que le restaba toda validez. Pero, si era así, ¿por qué había confesado el hombre al que ella había acusado?, y a fin de cuentas, ¿quién había asesinado realmente a Cloe? Titus Flaminius veía de pronto cómo se desplomaban todas sus certezas. Ya no sabía ni comprendía nada.

—¡Dejad paso al servicio funerario!

Se volvió. Acababan de aparecer otros dos enterradores, que trasladaban un cadáver. Éste también había muerto de forma violenta; tenía toda la cara cubierta de sangre. Pese a eso, pudo reconocerle perfectamente: era Filebo.

Se hizo a un lado con presteza, confiando en que los recién llegados no le hubiesen visto, pero se tranquilizó al instante: se enfrentaban agresivamente a los protagonistas de la pelea, reclamando paso a voces. Se impusieron enseguida. La presencia de los dos cortejos fúnebres calmó los ánimos, se desengancharon los carros y, una detrás de otra, las dos camillas continuaron su camino por las calles de la ciudad.

Titus se puso a seguirlas, conmocionado por este nuevo giro trágico. ¡Había llegado demasiado tarde y Lycos había muerto por nada! Después de la joven espartana, el genial escultor había sido víctima de aquellos monstruos. Entonces, se produjo en él una repentina y violenta reacción.

Estaba hecha a la vez de remordimientos, odio e ira. Le embargó un ansia irresistible de matar y no tardó en dejarse arrastrar por ese sentimiento. Sí, mataría a esos hombres, a los servidores de la muerte que acompañaban a sus víctimas. Vengaría a Filebo, a Ismena y a Lycos, sin olvidarse de Publio Volumnio y la daeiritis. Ahora que ya no era candidato a los Misterios, tenía derecho y no pensaba privarse de él.

Apretando la espada bajo su túnica, caminaba unos pasos por detrás de ellos por las calles de Atenas. A pesar de su trágica carga, los camilleros cruzaban entre la multitud sin atraer especialmente la atención: no eran más que unos sepultureros haciendo su trabajo. Titus creyó que saldrían de la ciudad por la puerta Dypilon para encaminarse al cementerio que rodeaba la Academia, pero pasaron de largo, en dirección norte, y desembocaron en un barrio que no conocía.

Los cementerios atenienses, como los romanos, estaban obligatoriamente extramuros y, como en Roma, existía el de los ricos y el de los pobres. Titus conocía el primero, ahora descubría el segundo. Para acoger a los que no disponían de medios para costearse una tumba, se habían excavado varias fosas comunes. A ellas se dirigían los servidores de la muerte. Titus les vio separarse: los que transportaban a Ismena fueron hacia una fosa y los que llevaban a Filebo, a otra. Sin saber por qué, fue tras los últimos.

No tardaron en llegar delante de la excavación. Hacía rato que Titus había notado que ambos llevaban una espada bajo la túnica. Les colgaba del cinturón y, según sus movimientos, la punta se marcaba bajo la tela. Si quería pasar a la acción, debía hacerlo ya, mientras aún tenían los brazos ocupados.

Sacó su espada y la levantó por encima del segundo camillero, pero, en el último segundo, se negó a asesinar a un hombre por la espalda, fuese lo que fuese lo que hubiese hecho. Se limitó a golpearle en el cráneo con la espada plana. El tipo se desplomó pesadamente sobre el suelo, arrastrando la camilla en su caída. Su compañero se volvió, desenvainó rápidamente y le hizo frente.

Entablaron combate. Titus sabía batirse y su adversario parecía más fogoso que experto en la esgrima. Así que fue parando los ataques, a la espera de un momento favorable para dar el golpe decisivo. Pero llegó de una manera que jamás habría imaginado. Mientras cruzaba su espada, vio a Filebo levantarse de la camilla y lanzarse contra la espalda de su contrincante. Éste se sobresaltó por efecto de la sorpresa y Titus no dejó pasar la ocasión. Dejó caer su arma y el otro se derrumbó de golpe. En ese instante, su colega volvió en sí y escapó discretamente.

Titus y Filebo no tuvieron tiempo de entregarse a efusiones. Otros enterradores habían presenciado el combate y se lanzaron tras ellos. Salieron huyendo y comenzó una persecución por las calles de Atenas. Corrían en línea recta, empujando todo lo encontraban a su paso. Los gritos a su espalda les indicaban que sus perseguidores no soltarían la presa. Apareció, de repente, la compacta silueta de la Acrópolis. Titus dijo a su compañero:

—Sígueme.

Poco después, ascendían la suave pendiente que conducía a la colina sagrada. Al volverse, Titus comprobó aliviado que los servidores de la muerte iban muy rezagados. La distancia bastaba para el plan que había ideado. Tendrían que actuar deprisa una vez que hubiesen pasado los Propileos, ¡o estarían perdidos!

Divisaron por fin el majestuoso acceso a la Acrópolis. Titus aceleró con todas sus fuerzas, seguido por Filebo. Saltó el muro que rodeaba el alojamiento de las arréforas. El lugar estaba vacío porque sus ocupantes no habían sido sustituidas todavía tras las Panateneas. Atravesó a la carrera el jardín y entró en la cabaña que se encontraba al fondo. Levantó la trampilla del suelo y descendió por la escalera. Ese había sido el plan que concibió al ver la Acrópolis: el Aglaurión y el pasaje secreto de Iris. Por mucho que les buscasen, sus perseguidores no serían capaces de dar con ellos.

Llegaron al pequeño templo de aspecto siniestro. La pesada puerta de bronce estaba cerrada. La luz que se proyectaba desde la alta ventana caía sobre la estatua de Aglauro. Recuperaron el aliento. Cuando estuvieron en condiciones de hablar, Titus interrogó a Filebo:

—¿Cómo es que no te han matado?

—Debían hacerlo, porque su jefe se lo había ordenado. Pero el tipo al que mataste me propuso fingir y salvarme a cambio de trabajar para él. Acepté, por supuesto.

La mirada de Titus cayó sobre la obra maestra que representaba a una joven sosteniendo un cesto del que salía una serpiente. Antes de seguir, preguntó:

—¿Sigues dispuesto a entregarme esa estatua que está en tu taller?

—Me has salvado la vida dos veces. ¿Crees que te la negaría?

—¿Podrías hacer que la enviasen a Eleusis antes de mi partida?

—Así se hará.

—Ahora, te escucho. ¿Qué has descubierto? ¿Qué es lo que sabes?

Filebo esperó un momento a que su respiración se normalizase y respondió:

—Todo.

EN EL AREÓPAGO

Titus llegó al Areópago largo rato después de la salida del sol. Estaba solo. No había querido que Filebo le acompañase. Éste entraría una vez que el proceso estuviese ya en marcha, para que la sorpresa fuese total. El corazón de Titus latía muy fuerte mientras caminaba por el paseo que llevaba al tribunal. Al frente se alzaba la Acrópolis; a su izquierda, podía ver el templo de las Euménides, las diosas de la venganza, con las estatuas de Plutón, Hermes y Gea, y a su derecha, el templo de Atenea. Teniendo en cuenta que iba a asumir el papel de la acusación, lo normal habría sido sentirse más próximo a las primeras, pero sus pensamientos volaron hacia la diosa protectora de Atenas. Iba a intervenir en el mismo lugar en el que ella había dejado oír su voz. Sólo por esa razón, al margen del proceso y su desenlace, éste sería uno de los momentos más importantes de su vida.

Cuando entró en el recinto, un rumor se elevó entre el público y los areopagitas. Filis se acercó a él muy emocionada.

—¡Estás aquí! Gracias sean dadas a los dioses. Pensé que no te volvería a ver...

Él la saludó y se dirigió con ella hacia el banco de mármol conocido como la Piedra del Resentimiento. Estaba situado en un espacio estrecho, presidido, a un lado, por el estrado del tribunal y, al otro, por las gradas del público. Al pasar, se cruzó con Arquides, que permanecía sentado, con aire obstinado, en la Piedra del Ultraje, y que ni siquiera le miró. Tras ocupar su lugar, Titus se volvió hacia los magistrados, tan impresionantes con sus cabezas canas y sus barbas blancas.

—Noble arconte, venerables areopagitas, os ruego que disculpéis mi retraso, pero ha sido necesario para que resplandeciese la verdad.

Quinto de Ramnonte le respondió con un tono de voz particularmente cálido:

—Lo esencial es que estés aquí, sano y salvo. Abriré la sesión, pero antes debo comunicar algo de la mayor importancia...

Un nuevo rumor se extendió entre el público. Titus lo observó por primera vez. No pensaba que acudiría tanta gente. Todos aquellos a quienes conocía estaban presentes. Además de a Bruto, podía ver en torno a Apolodoro a la práctica totalidad de sus condiscípulos de la Academia, entre ellos, Estratón y Agatón. Hasta Eufión, el cínico, había acudido y destacaba por su aspecto descuidado entre el resto de los asistentes. Allí estaba Ariadna, al igual que Iris, que, tan expansiva como siempre, le saludaba con la mano. ¡Y eso no era todo! También asistía al completo el clero de Eleusis: el hierofante, el daduco, la sacerdotisa de Deméter, la de Plutón... Se acalló el rumor provocado por el anuncio del arconte y éste retomó la palabra:

—La noche pasada, hice arrestar a los servidores de la muerte y a los guardianes de Laurión, miembros de una organización de delincuentes. Mataron a la esposa del acusado, Ismena, y al parecer al escultor Filebo, aunque todavía no se ha encontrado su cuerpo. Desde la muerte de su jefe, Sostrato, la organización venía siendo dirigida por un desconocido que, por desgracia, ha escapado a las detenciones.

La noticia causó agitación entre los asistentes. Cuando se hizo de nuevo el silencio, Quinto de Ramnonte declaró abierta la sesión. Enumeró los hechos: el asesinato de Cloe y el posterior intento de asesinato en el Ágora. Leyó la declaración de Ismena, cuyo testimonio seguía siendo válido a

pesar de su muerte, y las confesiones del acusado. A continuación, conforme a la ley, invitó a la acusación a intervenir en primer lugar.

Titus abandonó el banco del Resentimiento, donde estaba sentado junto a Filis, con la que acababa de intercambiar unas palabras. Declaró en voz alta:

—Ilustres jueces, mi diente retira su denuncia. ¡El acusado no es el culpable!

Ni qué decir tiene que la frase provocó el estupor entre los presentes, seguido por un prolongado revuelo, que el presidente acabó cortando en seco.

—No comprendo. Su mujer le ha identificado formalmente y él mismo no lo ha negado.

—Ismena actuó bajo presión. Se encontraba prisionera y la habían amenazado con matar a Filebo si no procedía de esa manera. En cuanto al acusado, es un farsante que ha recibido dinero para representar este papel.

—¡Eso carece de sentido! Se arriesga a morir...

—Le han prometido que será liberado después de la condena, ya que la organización cuenta con cómplices entre los carceleros.

Una vez más, el bullicio del público tapó la voz del arconte, que tuvo que esperar a que se restableciese la calma antes de proseguir:

—Si no se encuentra aquí, ¿quién es el verdadero marido de Ismena y dónde está?

—Está muerto.

Imponiéndose al tumulto, Titus Flaminus aclaró que la persona en cuestión había existido. En efecto, se llamaba Arquides, había seguido a su mujer hasta Atenas para vengarse y había matado a Cloe por error. Había muerto en una riña poco después de la agresión de Eleusis. Era un hecho conocido por la organización, que estaba al corriente de todo lo que ocurría en Atenas. Cuando, hacia el final de su investigación, él mismo se había acercado demasiado a la verdad, la sociedad había preparado aquella mascarada para que desistiese de su búsqueda.

El arconte, que presidía el tribunal, parecía incrédulo.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Lo sé. Interrógale y verás que lo que digo es cierto.

Quinto de Ramnonte procedió y el acusado reconoció que así era. Era ladrón de tumbas y los servidores de la muerte le habían cogido en flagrante delito. Le habían utilizado, obligándole a disparar con el arco de Arquides en Maratón y en Atenas. Luego habían conseguido que Ismena le acusase en el Ágora. El arconte le pidió entonces el nombre del jefe de la organización, pero el acusado juró por todos los dioses que no sabía nada al respecto. Titus intervino:

—Yo sí lo sé y ya es hora de que se conozca.

Un silencio repentino y total se instaló en el Areópago. Titus se paseó entre los dos bancos de mármol, mirando alternativamente al tribunal y al público, mientras procuraba mantener la compostura. En su interior, sin embargo, estaba lejos de sentirse tranquilo. Era el instante previsto para que Filebo hiciese su aparición y señalase al asesino, pero no acababa de llegar. ¿Le habría pasado algo en el camino?

Le asaltó otra duda. Todo lo que sabía se lo había contado el escultor la noche previa. ¿Qué pruebas tenía, aparte de su palabra? ¿Y si todo era falso, porque Filebo estaba de acuerdo con los asesinos o porque era él mismo el culpable? Mientras esperaba, percibía que el público y los jueces estaban pendientes de sus palabras. No tenía opción: debía hablar.

—Sospechaba de todo el mundo en este asunto: de los hombres y las mujeres, de las personas humildes y los personajes importantes, de los asistentes a los cursos de la Academia y los sacerdotes de Eleusis. ¡Incluso del arconte y su familia!

Quinto de Ramnonte se levantó, escandalizado, de su asiento. Titus le apaciguó con un gesto.

Tranquilízate, Quinto. Si he sospechado de ti, si he llegado incluso a vigilarte discretamente, es porque nadie debe ser descartado por principio, porque nadie está por encima de las leyes. Tú, como juez, me darás la razón. Pero no he hallado el menor indicio en tu contra. Eres un magistrado digno de todo elogio.

Al tiempo que la sonrisa volvía al rostro de su anfitrión, se volvió hacia las hijas de éste.

—Lo mismo puedo decir de la pequeña Iris, encerrada con las arréforas en la Acrópolis. Pensé por un momento que podía haberse visto implicada en un drama cualquiera por torpeza o por una indiscreción, pero muy pronto me di cuenta de que no había nada de eso. Al contrario, fue ella la que dio a mi investigación un empujón decisivo al ponerme tras la pista de Ismena.

La pequeña se sonrojó complacida. Titus se dirigió a la joven sentada a su lado:

—Queda la ergastina, la turbadora y misteriosa Ariadna, la mujer del hilo y el laberinto, iniciada en los Misterios, hija del arconte, que veía desfilar a toda Atenas por su casa y que debía de estar al comente de un montón de cosas. Pero ¿qué relación podía haber entre semejante belleza y dulzura y esos sangrientos asesinatos? Confieso que no la veía y que sigo sin verla.

Se dirigió hacia la primera fila, donde permanecían sentados los sacerdotes.

—Y pasamos a los sacerdotes, que nos honran con su presencia en esta ilustre asamblea.

Iban vestidos con sus trajes corrientes y no con los ropajes ceremoniales que lucían la víspera: túnicas blancas, excepto la sacerdotisa de Plutón, que vestía de negro. Se situó delante del hierofante.

—Acabo de decir al arconte que, por principio, nadie está libre de sospecha. Me equivocaba. Tú eres el único, Hierofante. Me inclino ante tu sagrada persona.

Siguió con la sacerdotisa de Plutón.

—La daeiritis te consideraba la principal sospechosa porque, siendo la sacerdotisa del Señor de los infiernos, debías de desear la muerte de todo el mundo. Pero se puede estar al servicio del más allá y amar a los vivos. Tú me lo has demostrado, Mirto. Debo darte las gracias.

Le llegó el turno a la sacerdotisa de Deméter de encontrarse frente a él.

—Quiero que sepas que tampoco sospeché nunca de ti. ¿Iba a creer que eras culpable porque arrojaron granos de trigo cerca del cuerpo de la daeiritis? Evidentemente, no. Sólo la mataron para acusar a los sacerdotes de Eleusis y alejarme de la verdadera pista. En cuanto a ti, Calias...

El daduco se estiró en su asiento. Sus ojos lanzaban chispas. Sin duda, estaba dispuesto a intervenir con virulencia, pero la continuación le hizo enmudecer.

—... te presento mis excusas. Desafié la ley por lo que creía que era una buena causa y tenías motivos para intervenir. Tu función es defender esos augustos Misterios, que ahora tengo el privilegio de conocer. Tu tarea es ingrata, por lo que aún merece mayor reconocimiento.

Titus echó un vistazo a la entrada de la sala, pero Filebo seguía sin llegar. No tenía más remedio que proseguir. Se dirigió a la zona del público donde se agrupaban los alumnos de la Academia. Señaló con el dedo a Agatón.

—Si hay algún sospechoso en esta asamblea, ése eres tú, Agatón. Vanidoso, avaro, violento, sin escrúpulos, eres muy capaz de cometer un crimen e incluso varios. Lo que reforzó mis sospechas fue la aparición de Core en tu obra. Pretendías que era un actor maquillado y confieso que no te creí.

Agatón lanzó exclamaciones escandalizadas, tomando a unos y otros por testigos de su inocencia, pero sólo encontró rostros serios y miradas hostiles. Él, que se vanagloriaba de manipular a las multitudes mediante su elocuencia, se daba cuenta de pronto de que no inspiraba más que desprecio. Titus disfrutó prolongando la situación, antes de retomar la palabra:

—Sin embargo, he cambiado de opinión. Eres ajeno a ese entorno del que procede el mal. Tienes la mentalidad de un asesino, pero no eres uno de ellos.

Algunas sonrisas saludaron la declaración y el autor dramático se dejó caer, mortificado, en su banco. A su lado, sin duda como provocación, se hallaba sentada una persona a la que detestaba y había asediado en la Academia, el cínico Eufrón. Titus le dirigió un pequeño saludo.

—Con tu vecino, sucede lo contrario. Conoce bien a los servidores de la muerte. Fue el primero que me habló de ellos. Los conoce, igual que sabe todo lo que sucede en Atenas. Se instala donde quiere y nadie le presta atención. ¡Quizá hasta sepa el nombre de su jefe!

Eufrón soltó una sonora risotada.

—Es posible, pero me trae sin cuidado.

—En efecto, a Eufrón eso le da lo mismo. Como le da lo mismo el dinero, el poder, las

rivalidades, las envidias y otras tonterías por las que la gente se mata. Eufrón es un sabio, lo supe desde el principio, y desde el principio le dejé al margen de este asunto. En cuanto a Estratón...

El interpelado, que, a diferencia del resto del auditorio, no parecía interesado en aquellas declaraciones y mantenía un aire taciturno, se sobresaltó.

—En cuanto a Estratón, será necesario que aclare qué hacía en compañía de delincuentes o podría ser objeto de graves acusaciones.

El geómetra de rostro enjuto se incorporó.

—Te agradezco, Titus, que me des ocasión de explicarme, y es aquí donde debo hacerlo. Es cierto que en algún momento pensé en contratar a unos individuos poco recomendables para intimidar a alguien, porque ya no sabía qué medio emplear...

Y Estratón, a quien Titus había visto siempre impasible y más bien arrogante, contó, con una voz súbitamente cargada de emoción, una historia sorprendente. Un tal Memnio, un romano rico, había adquirido la casa de Epicuro en Atenas y pretendía arrasarla, al igual que el jardín, para construir allí una casa de citas. Entre aquellos muros y bajo aquellos árboles había impartido el filósofo sus lecciones a sus primeros discípulos. Y de hecho, del mismo modo que al estoicismo se le llamaba a veces «el Pórtico», al epicureísmo se le conocía con el apelativo de «el Jardín». Estratón se dirigió a los jueces, ahora con tono patético:

—¡Areopagitas, os suplico que impidáis ese crimen! Vosotros tenéis el poder. Atenas ha dado la filosofía al mundo, haced que no sea indigna de sí misma.

De repente, todo el mundo, tanto en el tribunal como entre el público, olvidó por un instante el proceso judicial y sus sobresaltos. Se pudo observar a Quinto de Ramnonte comentando algo con sus colegas. Era evidente que todos estaban de acuerdo y el arconte presidente anunció el resultado de la discusión:

—Tu petición ha sido aprobada. La ciudad volverá a adquirir la casa de Epicuro y se ocupará de mantenerla.

Estratón empezó a expresar su gratitud, pero antes de que tuviese ocasión de terminar estalló entre el público un coro de gritos: Filebo acababa de hacer su aparición.

Avanzó hasta la base de la Piedra del Resentimiento, se detuvo y, con un impresionante gesto, levantó el índice lentamente hacia uno de los asistentes. Todos miraron en esa dirección... No había ninguna duda: señalaba al jefe de la Academia. Éste realizó un movimiento brusco, lo que no impidió al escultor dirigirse a él con voz resonante:

—Sí, a ti te acuso, Apolodoro. Te acuso de ser el jefe de la organización responsable de todos estos crímenes. Estuve encerrado en la Tumba de Sócrates con Ismena. Ella lo sabía todo y me lo contó. Tenían que matarnos a los dos, pero el hombre al que encargaste mi asesinato me perdonó la vida y Titus me liberó. ¡Ahora, tienes que pagar!

Se desencadenó un tumulto. Quinto de Ramnonte consiguió controlarlo:

—Filebo, me alegra verte con vida, pero no puedo creer lo que dices. Los sufrimientos que has padecido te han hecho perder la cabeza. El director de la Academia...

Pero el interpelado se había puesto en pie. En medio del silencio que se había vuelto a instaurar de golpe, habló con el tono austero y un poco irónico tan habitual en él:

—No te soliviantes, arconte. Todo lo que ha dicho Filebo es exacto.

—¡Apolodoro!

—Déjame hablar, Quinto. Sostrato era mi amigo. Cuando murió, decidí ocuparme de su sociedad. No fue por el dinero, sino por el placer del riesgo. En el fondo, yo, un escéptico, me aburría. Y éste era un modo de introducir un poco de animación en mi existencia. Pero un asesinato que no tenía nada que ver conmigo puso a Titus Flaminius sobre mi pista...

Y ante Quinto de Ramnonte y sus asombrados colegas, Apolodoro inició su relato. El único problema con el que se había encontrado al hacerse cargo de la sociedad era Filebo, que se negaba a pagar. Después de la tragedia de Eleusis, había decidido pasar a la acción. Filebo fue secuestrado y encerrado en Laurión e Ismena fue mantenida prisionera en la Tumba de Sócrates. Luego, estaba aquella estatua que el escultor había hecho durante su cautiverio y que Publio Volumnio había

comprado. Titus intervino:

—¡Fue entonces cuando le mataste!

—Comprendí que había descubierto algo. Estaba agitado, alterado. Sabía que te lo contaría y tenía que impedirlo. Desconfió al verme entrar en su cuarto. Cuando me vio levantar la pesa, era demasiado tarde. Yo también busqué la pista, pero no la encontré.

Señaló al hombre sentado en la Piedra del Ultraje.

—Entonces envié a ese individuo a Maratón, para que te atacase y te hiciese creer que estabas en el buen camino.

—¿Falló a propósito?

—Sí. Habría podido hacer que te matasen en una decena de ocasiones, en Maratón, en Atenas y en otras partes, pero no quise. En primer lugar, no se asesina a los descendientes de Titus Flaminius, y además, me caías simpático y te tenía aprecio.

—La daeiritis no tuvo esa suerte...

—Eras muy obstinado. Había que mandarte en otra dirección. Pero aquello tampoco funcionó. Poco después, estuve a punto de conseguirlo en Delfos.

—¿De qué hablas? En Delfos no pasó nada.

—Claro que sí. Pagué al sacerdote de Apolo para que te entregase un oráculo falso.

—¡Estás blasfemando! No era un falso oráculo. Era ambiguo, como lo son a menudo los vaticinios de la Pitia.

—No obstante, te aseguro que lo compré, y a precio de oro, puedes creerme.

Quinto de Ramnonte, que había permanecido callado, intervino:

—¡Silencio! Por tus palabras, tienes de verdad un alma de asesino. ¡Guardias, detenedle!

Los dos vigilantes que permanecían en la entrada del Areópago se encaminaron hacia las gradas del público. Titus les detuvo.

—Un momento. Todavía tengo que hacerle una pregunta. ¿Cómo murió Lycos?

—Ese imbécil estaba oculto cerca de la casa del arconte y nos siguió hasta la Tumba de Sócrates. Uno de mis hombres le descubrió y le hirió, pero logró escapar.

Titus sacudió la cabeza y dejó pasar a los soldados. Apolodoro estaba solo en su banco. Sus vecinos se habían apartado de él horrorizados. Él no se había movido. Sacó algo de debajo de su túnica. Titus, que acompañaba a los guardias, vio un recipiente de cerámica. El jefe de la Academia le sonrió.

—Contenía cicuta. Tomé la precaución de cogerlo antes de venir. Cuando apareció Filebo, supe que estaba perdido y me la bebí. Ya no siento las piernas. El veneno llegará pronto al corazón y todo habrá acabado.

Apolodoro se tumbó en el banco de mármol. Los guardias se habían parado en seco, y Titus con ellos.

—Adiós, Titus Flaminius. Ha sido algo así como una competición entre nosotros y me he divertido mucho. Has ganado, te felicito. Te vaticino un brillante futuro...

Esta vez, los soldados agarraron al criminal, que había cerrado los ojos y no se movía. Instantes después, experimentó una especie de contracción. Estaba muerto. Otra vez se instaló el tumulto entre los asistentes, y de nuevo el arconte dejó oír su voz llamando a la calma:

—La muerte de Apolodoro pone fin a la acción judicial. ¡Que saquen su cuerpo de esta sala!

Los soldados cogieron el cadáver y salieron del Areópago. Les ordenaron que depositaran al difunto delante del templo de las Euménides y que se quedasen junto a él por si se daba el caso, improbable, de que la muerte fuese fingida. Tras un momento de dispersión, Quinto de Ramnonte volvió al debate propiamente dicho, que todos habían olvidado con la sucesión de acontecimientos. Se dirigió a Titus:

—Te hablo como representante de la acusación. Parece que, en efecto, tu adversario no es culpable ni del asesinato ni de la tentativa de asesinato de los que se le acusa. Eso no quita para que haya atentado varias veces contra tu vida. Te corresponde pedir la pena para él.

Sin dudarle, Titus respondió:

—No ha matado ni herido a nadie. Sólo es un pobre infeliz que se ha visto envuelto a su pesar en un turbio asunto. Reclamo para él la clemencia de Atenea.

El Areópago deliberó durante unos instantes y su presidente anunció el resultado de la deliberación:

—El tribunal atiende tu petición. El acusado queda libre.

Normalmente, todo habría terminado, pero nadie se movió porque, a una señal del arconte, los areopagitas se habían puesto a debatir otra vez. ¿Cuál era el objeto de aquella nueva deliberación? De todos modos, duró poco. Quinto de Ramnonte se puso en pie, seguido de sus colegas.

—Titus Flaminius, te comunico que el Areópago ha decidido por unanimidad concederte la ciudadanía ateniense. Rechazaste esa distinción como descendiente de tu antepasado, pero ahora se te otorga personalmente. Gracias a ti, la ciudad se ha salvado de una grave amenaza y siempre te estará agradecida. Ven a recibir el abrazo de tus conciudadanos.

En medio de las aclamaciones de los presentes, Titus subió los escalones que llevaban a la tribuna de mármol. Pocas veces en su vida se había sentido tan emocionado. Era un honor inmenso. Ahora formaba parte de ese pueblo que iluminaba el universo con su arte y su pensamiento. Era compatriota de Platón, de Sócrates, de Esquilo, de Fidias, de Filebo...

El nuevo ateniense fue saludado por los altos dignatarios de la ciudad, así como por sus amigos y conocidos, que habían abandonado las gradas para felicitarle. Entre ellos estaban Iris y Ariadna. Mientras que la primera, según su costumbre, saltó a su cuello y le besó sin miramientos, la segunda se limitó a dirigirle una emocionada sonrisa. Quinto de Ramnonte llegó en ese instante junto a sus hijas. Él también parecía emocionado.

—Me alegra que seamos conciudadanos, Titus. Pero de ti depende que nos una un lazo aún más estrecho...

Titus esperaba escuchar esa proposición en algún momento. La situación era delicada. Intentó contestar con el mayor tacto posible:

—Te agradezco este honor, Quinto, aún mayor que la nacionalidad ateniense, pero lo rechazo. He de regresar a Roma y, de todas formas, todavía no estoy preparado para el matrimonio. Llevo una vida demasiado aventurera y no podría hacer feliz a tu hija.

Se volvió hacia Ariadna. Estaba pálida y hacía visibles esfuerzos para contener las lágrimas.

—Tu hilo es de oro, Ariadna, pero es de todos modos una atadura y yo necesito libertad. Estoy seguro de que con tu belleza, tu inteligencia y tu educación, conseguirás el mejor de los maridos. Os deseo toda la felicidad del mundo.

Ariadna se obligó a sonreír.

—Yo también te la deseo, así como a la que llegará cuando estés preparado. ¿Cuándo partes?

—Mañana por la mañana, después del funeral de Lycos. Mi barco está ya en el fondeadero de Eleusis.

—¡Llévame!

Era Iris la que acababa de hablar. Su hermana había conseguido no llorar, pero ella se deshacía en sollozos.

—¡Llévame contigo! ¡No puedo vivir en Grecia! Aquí, la mujer no vale nada, el amor está reservado a los chicos. Quiero ser una romana, poder cambiar de marido, tener amantes...

Titus intentó calmarla, pero no sirvió de nada. Fue preciso que su padre se la llevase a la fuerza del Areópago.

ADIÓS, VE HACIA LA DERECHA

Los últimos momentos de la estancia de Titus en Grecia llegaron. La pira funeraria de Lycos había sido instalada en la playa de Eleusis, en el mismo lugar que la de Cloe. Era una mañana radiante de finales de verano. La temperatura era ahora tan suave como fría la otra vez. El dorado resplandor de la arena había sustituido al manto de nieve; los tintes aún rosados del cielo, a las nubes plumizas; el canto de los pájaros, al silbido destemplado del viento. A lo lejos, en el puerto, en el mismo lugar en el que el hierofante había tirado su nombre, se podía ver la trirreme, una embarcación con tres filas de remeros, que trasladaría a los romanos.

El clima había cambiado, pero el ceremonial de los funerales era el mismo e idéntica emoción rodeaba al joven difunto que, ocho meses antes, a la muchacha desaparecida. El clero de Eleusis se había desplazado al completo. Los pequeños iniciados del altar, que acababan de transportar el cuerpo desde la posada y de depositarlo encima del montón de ramas de pino, formaban un cerco a su alrededor. El grupo seguía resultando cautivador: llevaban los cabellos peinados con rizos y tocados con una corona de hojas de olivo, la falda ceñida a la cintura, que les llegaba justo por encima de la rodilla, y uno de los pies descalzo y el otro calzado con una sandalia.

Detrás de ellos, había doce mujeres de negro, vestidas de gran duelo con un velo que les cubría parte del rostro y caía hasta los pies. Entonaban de forma desgarradora el treno, la melopea fúnebre que se remontaba a la noche de los tiempos. No era posible escucharlo sin estremecerse.

Los sacerdotes lucían de nuevo sus ropas ceremoniales: el hierofante, su túnica dorada; el daduco, la plateada. Más lejos, estaba el resto de los asistentes: Bruto y Estratón, que pronto partirían en compañía de Titus, y Filis, que lloraba dulcemente. Junto a ella, Filebo permanecía serio y rígido. Se adivinaba que sufría otro duelo, el de la muchacha de dieciocho años que había pasado por su vida de manera tan breve y trágica.

Titus estaba solo delante de la pira. Terminaba una gran aventura, pero no pensaba en ella. Había olvidado el glorioso final de su investigación y todos sus pensamientos iban hacia aquel adolescente que no había presenciado su conclusión porque había elegido sacrificarse por él.

El momento más importante llegó. Mirto, la sacerdotisa de Plutón, se situó junto a él, tirando de una cabra negra atada por una cuerda. La acompañaba el sacrificador, armado con un largo cuchillo, que cortó rápidamente el cuello del animal y se retiró. Mirto colocó la víctima sobre la pira, cerca del cuerpo. Un pequeño iniciado del altar se aproximó con una antorcha encendida y se la tendió a Titus. Éste creía que uno de los sacerdotes sería el encargado de prender el fuego, pero sin duda habían pensado que le correspondía a él hacerlo.

Acercó la llama a la pira. La madera, seca a causa del calor que había hecho durante días, ardió bruscamente, proyectando chispas en todas direcciones. Se elevó una gran humareda blanca y gris. Titus escuchó a la sacerdotisa de Plutón pronunciar las palabras misteriosas que ahora comprendía:

—Adiós, ve hacia la derecha.

Él completó la fórmula que había oído en los Grandes Misterios:

—Hacia las praderas y los bosques sagrados de Perséfone...

Mientras la sacerdotisa continuaba con sus plegarias en voz baja, Titus cerró los ojos. Su pensamiento vagó hasta las regiones subterráneas, junto a los que habían perdido la vida en aquella aventura. Le pareció que todos acudían a su encuentro: Cloe, con su risa cristalina, que era la juventud y la vida mismas; Publio Volumnio, el rostro iluminado por su pasión por el arte; la daeiritis,

sonriente a pesar de su miseria; Lycos, ágil y bello como un pavo real.

Juntos, salían del bosque lúgubre de los asesinados no vengados. Con los gestos lentos y un poco irreales de los muertos, le saludaban. Le daban las gracias, gracias por haber encontrado a su asesino, gracias por haberlos vengado. Los saludó a su vez. Les deseó, no que fuesen felices — nunca es posible serlo en el hogar de las sombras—, sino que alcanzasen la paz en las verdes praderas de Perséfone.

Les prometió que iría a visitarlos cuando llegase la hora que la Parca había dispuesto para él.

Los muertos se despidieron con un último gesto de la mano, pero se quedó más tiempo con uno de ellos, aquel cuya envoltura terrenal se dispersaba en el aire puro de Eleusis. Sorprendido, Lycos permanecía cerca de él. Tenía aquel aire tímido de cuando se le declaró ante el templo de Eros. Titus le habló con la voz del alma. Le pidió perdón por no haber sido capaz de corresponder su amor. Sólo le había entregado lo que había podido: el primer beso que había dado a un muchacho, y el último, sin duda...

Lycos desapareció también, sin responder. No parecía guardarle rencor, le sonreía, y Titus se sintió inmensamente feliz. Volvió a abrir los ojos. Las llamas seguían elevándose. Clavó la vista en ellas, evitando mirar el cuerpo que se transformaba a toda velocidad en esqueleto, y continuó con sus penosas reflexiones.

Avivadas por la brisa marina que se había levantado, las llamas pronto redujeron todo a cenizas. Abandonó el lugar. Era la hora de las despedidas y los primeros a los que debía decir adiós eran los sacerdotes de Eleusis. Se encaminó hacia el grupo cuando le abordó una mujer joven a la que no había visto hasta entonces y que había asistido desde lejos a las exequias. Reconoció a la nueva daeiritis.

—No quería irme sin desearte buen viaje, Titus Flaminus. Acabo de hacer un sacrificio a Daeira. Te promete un mar y unos vientos favorables.

Titus le dio las gracias y le aseguró que, a partir de entonces, no olvidaría a Daeira en sus plegarias. La sacerdotisa prosiguió:

—No estuve ayer en el Areópago, pero me he enterado de lo que pasó. Yo también te doy las gracias en nombre de mi predecesora.

Le tendió el chal de lana que llevaba alrededor del cuello.

—Cógelo. Te protegerá de las brumas durante la travesía.

—Es tuyo. No puedo aceptarlo.

—Tómalo. Te recordará que sabes cumplir tus sagradas promesas. ¡Adiós, hombre de honor!

La daeiritis le dejó con estas palabras. Los sacerdotes de Eleusis, que se habían mantenido a distancia mientras estaba acompañado, vinieron hacia él. El daduco no le dirigió la palabra, pero le hizo un signo con la cabeza y le dedicó una sonrisa. En respuesta, Titus se inclinó respetuosamente. La sacerdotisa de Deméter le dirigió algunas palabras amables, pero era sobre todo con el hierofante con quien Titus deseaba hablar. Quería despedirse de él, por supuesto, pero también tenía una pregunta que hacerle. El asunto que acababa de cerrarse estaba totalmente resuelto, a excepción de un punto: las apariciones en los Misterios del hombre con la máscara de Plutón. ¿Quién podía ser? Dado que aquello había sucedido durante las ceremonias, quizá los sacerdotes de Eleusis tuviesen una respuesta.

Titus planteó la cuestión al hierofante y le vio sonreír.

—Haces bien en dirigirte a mí. No sólo sé de qué se trata, sino que soy yo el responsable. Era necesario que entendieses que terminar tu investigación era más importante que proseguir tu iniciación. Así que pedí al actor que interpretaba a Plutón en el drama de Deméter que representase ese papel. Lo comprendiste, aunque el joven Lycos insistió en reemplazarte y ha pagado con su vida su generosa iniciativa.

Titus no dijo nada y se limitó a escuchar en respetuoso silencio el discurso. El sacerdote continuó:

—Tu verdadera iniciación comenzó cuando arriesgaste tu vida por esa verdad que buscabas. Pero, a partir de ese momento, era preciso que llegaras hasta el final. Lo hiciste y has demostrado

ser digno de los manes de tu antepasado. Adiós, Flaminius.

—No olvidaré jamás tus palabras. Adiós, Hierofante.

El religioso se alejó con paso majestuoso. Pero Titus no había terminado con el clero de Eleusis. El vestido negro de la sacerdotisa de Plutón sustituyó a la túnica bordada en oro.

—Te saludo, Titus Flaminius. Si me he quedado para el final, es porque el dios al que sirvo tiene siempre la última palabra. ¡No lo olvides!

—Yo también te saludo, Mirto. Te saludo y te doy las gracias. Sin embargo, te equivocas. La muerte no tendrá la última palabra. En todo caso, no esta vez...

Con un último vistazo a las cenizas, que los iniciados del altar arrojaban al mar después de haber llenado con ellas unas ánforas rituales, Titus dejó el lugar de los funerales para ocuparse de la última tarea que debía cumplir en Grecia y que, como había dicho a la sacerdotisa de Hades, era un homenaje que quería rendir a la vida.

Tomó el camino de la posada. Filebo le aguardaba a mitad del recorrido.

—Mis esclavos ya se han encargado de todo durante la ceremonia.

—Te lo agradezco desde lo más profundo de mi corazón. ¿Vienes conmigo?

—No. Sería muy doloroso para mí volver a verla.

Se despidieron con sobriedad. Tras los dramas compartidos, no quedaba nada que añadir y Titus continuó solo su marcha. En la posada le esperaba un espectáculo extraordinario. La estatua inacabada de Ismena había sido colocada en el centro del comedor. Filis estaba allí contemplándola incrédula, al igual que algunos clientes, tan asombrados como ella.

Hay que decir que había motivos para enmudecer. El rostro, de una pureza admirable, parecía flotar por encima del cuerpo inacabado de mármol, lo que la hacía semejante a una aparición. Titus tuvo la impresión de que nunca había sido más grande el parecido con Cloe. Sonreía ligeramente, con los labios entreabiertos, como si estuviese a punto de decir algo.

En el decorado de aquel albergue, con las paredes cubiertas de humo y de grasa y el suelo de tierra batida, con mesas cojas de mala calidad, aquella estatua, hecha para reinar en medio de las columnas y el pavimento de un templo, resultaba aún más admirable. Concentraba en ella toda la atención, todas las miradas. La incongruencia multiplicaba su esplendor. Parecía haber sido depositada allí por un dios desde el cielo. Filis se volvió hacia Titus, con un nudo en la garganta a causa de la emoción. Consiguió balbucear:

—¿Por qué? ¿Para mí...?

—Filebo aceptó regalármela. Te corresponde. No es tu hija, pero se parece más a ella que a la que fue su modelo. Filebo amaba a esa joven y creo que se nota.

La posadera sacudió la cabeza, todavía incapaz de hablar. Titus prosiguió:

—No he podido devolverte a tu hija viva. Cloe no era una diosa, no podía regresar de un viaje sin retorno. Pero, gracias al genio de Filebo, ha vuelto a la vida al modo imperfecto de los mortales, por el arte.

Titus se acercó y tocó con un dedo el rostro de mármol.

—Observa bien sus labios. Al principio no ocurrirá nada, pero si los miras lo suficiente, verás que se mueven imperceptiblemente, como el ala de un águila que planea.

Filis hizo lo que le decían. Se produjo un largo silencio y finalmente exclamó:

—¡Está viva!

APÉNDICE

MISTERIOS DE ELEUSIS

Los Misterios de Eleusis fueron unas prácticas religiosas que existieron en la realidad y estaban tuteladas por el Estado ateniense. Se trataba de ritos dionisiacos secretos en honor de Deméter y Perséfone. Tenían lugar en el mes de *boedromion* (septiembre-octubre), época de la recolección.

La ceremonia comenzaba con una procesión que iba desde Atenas a la cercana ciudad de Eleusis, y allí, en el santuario de Dioniso, tenían lugar los ritos. Su divulgación se consideraba un sacrilegio y parodiarlos suponía la mutilación de alguna parte del rostro o los brazos para el infractor. Con frecuencia, las juergas y borracheras de jóvenes acaban en estas burlas, por lo que acarreaban el castigo expuesto. Para poner denuncias sobre estas infracciones no era necesario ser ciudadano sino que incluso un esclavo podía hacerlo.

PRINCIPALES ESCUELAS FILOSÓFICAS DEL PERIODO HELENISTA EN LA GRECIA ANTIGUA

Tras la muerte de Alejandro Magno (320 a. C.), el mundo griego se dividió en reinos y ciudades autónomas que poco a poco fueron cayendo bajo el control de la emergente Roma. Sin embargo, su influencia cultural, artística y filosófica creció, y, curiosamente, fue por vía romana como el helenismo se extendió por Europa. El peso político de Grecia empezó a ser secundario, pero su cultura alcanzó un prestigio tal que patricios romanos, príncipes orientales y nobles egipcios se daban cita en la capital intelectual del momento, Atenas, para formarse con los filósofos y científicos que enseñaban en la Academia.

Por otro lado, Alejandro Magno quedó tan impresionado de la cultura y la ciencia orientales, que favoreció su entrada en Grecia y el Mediterráneo. Con el tiempo, los llamados ritos orientales o filosofías y religiones iniciáticas penetraron en la cultura griega con formas sincréticas nuevas.

Fueron muchas las corrientes de pensamiento que se desarrollaron durante este periodo, desde continuadores de Platón y Aristóteles, hasta otras que adquirieron gran auge a partir de los siglos II-I a. C., pero, sin duda, la que más influencia ejerció en la época fue el estoicismo, pues hasta Marco Aurelio, siglo II d. C., creó y financió una cátedra de esta corriente.

Escepticismo: Más que una corriente filosófica es una ética, un estilo de vida que se elige. No es sólo un discurso teórico, sino una práctica que busca alcanzar la felicidad. Ésta se alcanza cuando se consigue la *ataraxia*, que no es otra cosa sino la serenidad absoluta, la imperturbabilidad, la carencia de inquietudes. Este gran distanciamiento de las cosas hace que con frecuencia, y error, se identifique el escepticismo con la indiferencia o la apatía; en realidad, está más cerca de la duda sistemática.

Como es imposible para esta corriente expresar juicios universales, el filósofo escéptico emite exclusivamente sus opiniones y, por lo tanto, nunca polemiza. El creador de esta corriente fue Pirrón de Elide, que acompañó a Alejandro Magno en sus conquistas. Tuvo la oportunidad de conocer muchas culturas diferentes, lo que le llevó a concluir que ninguna tenía por qué ser la única y verdadera. Diógenes Laercio fue su representante más reconocido.

Cinismo: Es una de las manifestaciones más radicales de la filosofía. El término cínico ha perdido su significado original (*kynicós*, “como el perro”), basado en la elección de vida tan dura que hacían y seguían sus adeptos. El cinismo es una filosofía teórica-práctica, que busca la sabiduría por la ascesis, la práctica continua del ejercicio mental y físico. No es indiferente a la sociedad, sino que la ataca en sus fundamentos y creencias. Su modelo es la naturaleza y los animales, y es en la observación de éstos de donde sacan sus principios de comportamiento ético que consideran ineludibles para alcanzar la felicidad. Sus métodos de enseñanza se basan en la parodia, la sátira, la anécdota o la burla, pero siempre de forma escandalosa y provocadora. El cínico se diferencia de los demás por su desvergüenza radical, por adoptar modos de vida escandalosos para su sociedad, por predicar la autosuficiencia, la libertad de palabra y la austeridad como cosas necesarias para alcanzar la tranquilidad de ánimo y, con ello, la felicidad.

Epicureísmo: Esta corriente filosófica persigue la sabiduría y felicidad. Toma su nombre de su creador Epicuro de Samos, quien se instaló en Atenas en 306 a. C. y sostenía que el conocimiento científico de la realidad es necesario para conseguir la felicidad, la cual está vinculada al placer (*hedone*), entendido como alejamiento de las pasiones (*apatía*), y aleja miedos irracionales, supersticiones o creencias erróneas. Se presenta como una actividad que potencia la fe en el individuo, en la amistad exactamente, y desconfía de las instituciones y el descrédito de la moral tradicional. Fue en el periodo romano cuando esta corriente sufrió una gran transformación, ya que el placer (*hedone*) se interpretó como dar rienda suelta a los deseos.

Estoicismo: El estoicismo fue fundado por Zenón de Citio, a finales del siglo IV a. C. El nombre procede de la palabra *stoa*, 'pórtico' por ser el lugar en que Zenón impartía sus lecciones, un pórtico cerca del ágora. Como el funcionamiento del universo está regido por una inteligencia superior, el ser humano debe adaptarse a ella, sin forzarla, a través del autocontrol del cuerpo y sus pasiones. Es así como alcanzará la sabiduría, que es en sí la meta buscada para ser sabio, el ideal individual del ser humano. Los estoicos deben sustraerse de las influencias de la sociedad, apegadas a cosas materiales, pero a la vez tienen que ayudar a otros seres para ponerlos en el buen camino de la sabiduría. Guarda una cierta relación con el escepticismo y, a veces, hay representantes que sintetizan las corrientes, como Marco Aurelio o Séneca.

Aristotelismo: Aristóteles fue preceptor de Alejandro Magno y se instaló en Atenas el año 335 a. C., en un lugar llamado Liceo, donde fundó su escuela filosófica. La importancia de su obra, en sí misma y por sus ramificaciones, hace que sea una de las corrientes filosóficas más influyentes del mundo, incluso hoy día. Por lo tanto, en la época romana también contaba con grandes y buenos adeptos.

Platonismo: Platón fue un discípulo de Sócrates que decidió formar a la juventud griega siguiendo las supuestas enseñanzas de su maestro Sócrates. Ubicó su escuela en la zona boscosa que había cerca del gimnasio ateniense, llamada Academia. La influencia del idealismo platónico no sólo fue boyante durante la antigüedad, sino que todas las etapas o movimientos culturales idealistas siempre tienen una deuda con Platón.

CALENDARIO GRIEGO

El primer calendario documentado de la Grecia clásica fue lunar, en él las estaciones no se adecuaban a los días del año. Pero, en el siglo V a. C., Metón de Atenas estableció que a un período de 19 años solares le correspondían 235 ciclos lunares, y a través de unos cálculos se estableció un calendario lunisolar para este periodo. El cálculo comporta un error que fue corregido en sucesivas aproximaciones hasta que se adoptó una era que suponía 441 meses de 29 días y 499 meses de 30 días, aproximación bastante buena, pues en este ciclo sólo se perdía un día cada 304 años.

En los primeros tiempos de Atenas, el año comenzaba con el solsticio de invierno, luego se pasó al solsticio de verano, coincidiendo con el año (*etos*) délfico y el olímpico. Otras repúblicas iniciaban el año con la primera luna nueva de otoño, o en el equinoccio de primavera.

Los meses en Atenas eran:

Hecatombeon (30 días): julio-agosto

Metagitmion (29 días): agosto-septiembre

Boedromion (30 días): septiembre-octubre

Pyanepsion (30 días): octubre-noviembre

Memacteriom (29 días): noviembre-diciembre

Posideon (30 días): diciembre-enero

Gamelion (30 días): enero-febrero

Antestorion (29 días): febrero-marzo

Elafebolion (30 días): marzo-abril

Mynidison (30 días): abril-mayo

Targelion (30 días): mayo-junio

Esciroforion (30 días): junio-julio

El mes que se intercalaba para adaptarse al sistema astronómico era *posideon deúteros*, 30 días.

El mes se dividía en tres décadas de diez días. La primera década se llamaba *noumenia* (luna nueva). Los días se numeraban con el ordinal de cada década (segundo de *noumenia*, por ejemplo). En la tercera década también se podían nombrar diciendo los días que faltaban para final de mes. El día comenzaba con el crepúsculo.

Los griegos contaban los años teniendo en cuenta los arcontes que mandaban ese año, pero también se consideraba la era Olímpica, que comienza el 8 de julio del 776 a. C. Cada ciclo de cuatro años se llamaba *olimpiada*.

Tras la unificación de griegos y macedonios, y la entronización de Filipo II, Macedonia adoptó el calendario griego, aunque los nombres de los meses estaban dedicados a sus dioses, cosa que no interfería, pues cada república siempre llamó a los meses de formas diferentes. Tras las conquistas de Alejandro Magno este calendario se extendió por todo su imperio.

URBANISMO GRIEGO

En la Grecia antigua se planteó por primera vez el uso de unas construcciones pensadas para población. Tres son sus construcciones civiles más emblemáticas: el *agora*, la *stoa* y el *teatro*. Otros edificios singulares son la casa, el templo y el gimnasio.

Ágora: El mercado o la plaza pública de las ciudades-estado. Es el centro político y social de la ciudad, donde tienen lugar las asambleas de los ciudadanos (es decir, varones libres). Su origen se remonta al siglo VIII a. C.

Stoa: Espacio urbano concebido como lugar de esparcimiento y descanso de la población. Consta de una zona abierta rodeada de pórticos que protegen de las inclemencias del tiempo.

Teatro: El término *teatro* significa «lugar donde se mira», o bien, «lo que se mira». Más tarde, por extensión, pasaría también a significar la obra representada y el género literario. La construcción tiene siempre forma semicircular y se construye en la ladera de una colina para aprovechar la inclinación con el fin de que se vea el escenario desde cualquier punto del graderío. Está formado por la *orchestra*, espacio circular donde se sitúan los músicos o el coro característico de los dramas griegos; el *proscenio*, donde los actores se sitúan antes de entrar en escena; y la *escena*, lugar donde se representa la obra.

Casa: Hasta el siglo V a. C., en Grecia, incluidas las ciudades, la casa cumplía la misión de cobijo, pues la vida social se practicaba en los espacios públicos. Adobe y otros materiales poco nobles fueron los primeros empleados. La casa, en su interior, se organiza en habitaciones en torno a un patio del que se toma la luz y el aire. No hay preocupación urbanística y las edificaciones se suceden o acumulan desordenadamente. A partir del siglo V a. C., creció el interés arquitectónico asociado a los cambios políticos y económicos. Las casas de los ciudadanos ricos eran más lujosas y cómodas y además se añadieron unas habitaciones destinadas a recibir vistas que constaban de vestíbulo y comedor y estaban en la parte más accesible y fácil de la casa. Los salones destinados a los varones recibían el nombre de *andrón*, y el *gineceo* era el de las mujeres y los niños y niñas, que estaba en una zona más recóndita o en el primer piso. Tenían pocos muebles, divanes que servían para comer o dormir y baúles. En los barrios humildes, había casas de una planta construidas con materiales poco nobles y con tres habitáculos como mucho.

Gimnasio: En su origen, era el espacio en el que se formaba tanto física como intelectualmente a los jóvenes. Los ejercicios físicos que se practicaban eran: carrera, lanzamiento de disco, salto, lucha (incluidos el pugilato y el pancracio), pentatlón y danza. Todas las ciudades tenían un gimnasio o más, como Atenas. Con el paso del tiempo se construyeron edificios techados. Sus dependencias más sobresalientes eran: el pórtico, una galería de columnas que rodeaba el edificio para protegerlo de la lluvia, bajo el cual los estudiantes dialogaban; y la palestra, uno de los lugares más relevantes, pues era la escuela de lucha y donde tenían lugar los combates (con el tiempo palestra fue adquiriendo el significado de espacio educativo y social, por lo que también tenían lugar en ellas conferencias de filosofía u otras materias). El estadio empezó siendo un terreno espacioso, semicircular, cubierto de arena con gradas para que el público pudiese ver los eventos. Con el paso del tiempo se convirtió en edificio exento y ajeno a la escuela por la importancia que cobró. En él tenían lugar tanto espectáculos deportivos como artísticos, o religiosos en algunos casos, como los Juegos Olímpicos en honor de Apolo. Los archivos y documentaciones se guardaban en el *gramateo*.

Templo: El culto a las divinidades en Grecia se practicaba en parajes naturales, cuevas o templos. El espacio se acotaba para que el viandante pudiese saber que entraba en terreno vedado o religioso. La zona sagrada se denominaba el *témenos*, y el *períbolos* era el espacio reservado para el mundo profano. La ubicación se decidía por algún hito o elemento ancestral relacionado con el culto o por la presencia de un árbol sagrado, una fuente, una gruta, una montaña o cualquier otro elemento susceptible de culto, pues se consideraban manifestaciones de la divinidad, en griego, *cratofanías*. Un lugar sagrado debía reunir tres cualidades: tener agua, una buena orientación con respecto al sol y una hermosa vista para favorecer el éxtasis. La forma canónica del templo griego determina: el *pronaos*, un vestíbulo o pórtico que precede a la *naos*, y la *naos* o *cella*, que es el templo propiamente dicho donde se encuentra la imagen del dios. El *opistodomos* era un falso pórtico que podía haber en la parte trasera de la *naos* y el *adyton*, una sala privada que habría entre la *naos* y el *opistodomos*, comunicada sólo con la *naos* y cerrada al exterior.

ÍNDICE

PRÓLOGO: GRECIA CONQUISTA ROMA
LA VIDA DE HARINA
EL DÍA DE PERSÉFONE
LA PIEDRA TRISTE
LA DAEIRITIS, EL HIEROFANTE Y EL DADUCO
LOS PEQUEÑOS MISTERIOS
LAS INCERTIDUMBRES DEL ALMA
EL DÍA DE CORE
LA DERROTA DE MARATÓN
LOS SERVIDORES DE LA MUERTE
EL TRÍPODE FATÍDICO
MORIR EN ELEUSIS
ARRÉFORAS Y ERGASTINAS
LOS DESAPARECIDOS DE ATENAS
LA CÁRCEL DE PLATA
LOS GRANDES MISTERIOS
LA TUMBA DE SÓCRATES
EN EL AREÓPAGO
ADIÓS, VE HACIA LA DERECHA

APÉNDICE